

2,6994

D/2032

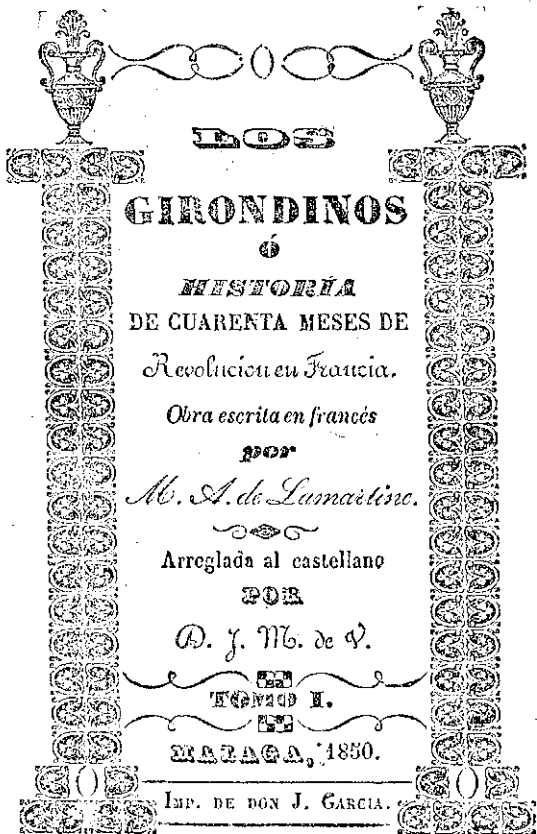
X-61-1345 17-9

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104417729

J. L. ESTRADA



LOS

GIRONDINOS

ó

HISTORIA
DE CUARENTA MESES DE
Revolucion en Francia.

Obra escrita en francés

por

M. A. de Lamartine.



Arreglada al castellano

POR

D. J. M. de V.

TOMO I.

MADRID, 1850.

IMP. DE DON J. GARCIA.



PROLOGO

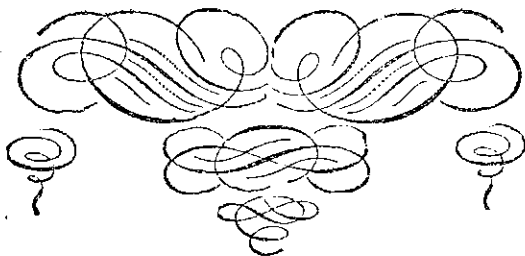
DEL TRADUCTOR.

Otros, antes que nosotros, han emprendido y llevado á cabo con una constancia y un tino que les honra, la narracion que nos proponemos hacer de los cuarenta meses de revolucion que conmovieron á la Francia: otros, antes que nosotros, han dado á luz las sábias y escogidas memorias de M. de Lamartine, y el éxito que ha obtenido su trabajo, ha sido tan brillante, que debiéramos desconfiar á vista de nuestra insuficiencia, de alcanzar un lugar al lado de aquellos otros, no obstante, y nos atreveremos á decirlo, el deseo de ser útiles

á nuestros conciudadanos, de inocular en el ánimo del pueblo las mejores ideas á vista del ejemplo, de poner de manifiesto en fin, las consecuencias de una revolucion, ora sea bajo este sentido ó aquel, ora sea justa ó injusta, nos ha decidido á echar sobre nuestros débiles hombros, la pesada responsabilidad que vamos á contraer: esenta de comentarios irá esta obra, y desnudos enteramente los hechos: pudiéramos aplicar situaciones á situaciones, casos á casos, accidentes con accidentes; pero la historia debe ser severa y muda en opiniones; las cosas hablan y el ejemplo basta: sobre el libro de lo pasado han de estudiar los hombres las páginas del porvenir más ó menos aprocsimado á la verdad, porque la infalibilidad de los sucesos està reservada á Dios, y necio aquel que pretenda adivinarla: luto y llanto, sufrimientos y dolores, privaciones y miserias, sangre y lágrimas, van á nutrir por desgracia nuestras mal trazadas líneas: pero si al terminarlas nuestros

compatriotas han hallado en las úlceras ajenas el bálsamo para curar las propias, nosotros seremos felices... nosotros gozaremos..... nosotros estaremos tranquilos, dejando al tiempo el cuidado de utilitar nuestros afanes: no receje el labrador abundantes y óptimos frutos del árbol que planta hoy, sino que transcurran los años, y los años traen en pos esa abundancia que desca.

J. M. de V.



LIBRO
PRIMERO.



I.



La historia de unos cuantos hombres que Dios señaló para representar los primeros papeles en uno de los dramas mas lúgubres que han presenciado las generaciones, és lo que me pro-

pongo escribir: estos hombres que han reasumido en sí mismos las ideas, pasiones, virtudes y yerros de toda una época, son los que constituyen el foco de la revolucion de mi patria, son los que empujaron su carro, son los que marcharon á su lado, son los que se alzaron, son, para terminar, los que se hundieron á vista de la Francia, atropellados por un empuje sobrenatural.

Este libro, lleno de sufrimientos y dolores, será ó debe ser de útil enseñanza para las naciones; y digo debe ser, porque jamás han tenido lugar tantos accidentes lamentables en un tan reducido espacio de tiempo, ni jamás tampoco se han visto aparecer tan súbitamente los efectos tras de las causas. En cuantos anales conserva la historia de los antiguos tiempos, se hallan tan cercanos y tan eslabonados de la debilidad el error, de este el crimen y del crimen la espacion..... Nunca ha mostrado más patentemente el Eterno la imparcial balanza de su recta y divina justicia para remu-

nerar las faltas de sus criaturas.... nunca, y concluyo, la ley moral se reparó por sí sola tan despiadadamente de los agravios recibidos. Dos años no mas pasarán, sin embargo en ellos se verterá tanta sangre que bastaria para enrojecer la corriente del mas rápido, ancho y caudaloso rio: dos años no mas pasarán, y sin embargo las víctimas serán tantas que la mas mortifera epidemia no hubiera podido arrebatargas quizá del seno de las consternadas familias: su número servirá no solo de terror à los que me oigan, sino que tambien de leccion para los hombres de todos los partidos: esta és la principal idea que me propongo.

La verdad desnuda de la historia se asemeja á la imparcialidad del juez, que escucha, vé, examina y pronuncia. Los anales no son enteramente la historia: ésta, para llamarse así, ha de estar adornada de la más pura conciencia, porque ha de llegar un dia en que sea la del mundo y no la de los hombres. La narración, animada por la verdad, calculada

II

con la sangre fría del que piensa y armonizada con la ciencia, és lo que se ha llamada siempre historia, y lo que yo tambien ambiciono, con la ayuda del cielo, dejar á mi pais y á todos los paises, consignado en este fragmento.

II

El último aliento de la vida habia escapado de los lábios del célebre Mirabeau: nada más quedaba del hombre admirado del pueblo, que la inmunda materia que tambien, bien pronto, habia de desaparecer.... inmenso gentío se agolpaba ante las puertas de aquella mansion del luto, y este gentío, aunque en silencio religioso, parecia como querer arrancar de entre el paño mortuario las inspiraciones que habian debido en vida al que ya no existia: inútil afanar; aun cuando Mirabeau hubiese vivido, nada hu-

hiera hecho, porque Mirabeau había cedido en su impulso ante el impulso de la revolución de quien era padre.... había rodado impelido por el movimiento universal á que él había dado vida, y malamente yá se sostenía sobre la tribuna. Las postreras memorias que escribió para el monarca y que se hallaron en el armario de hierro, unidas, á las incontestables pruebas de su venalidad, ponen de manifiesto que aquella inteligencia se había entorpecido, y que el aliento se había agotado en aquel corazón. Sus consejos eran nulos y hasta ridículos; pues hacía consistir á veces la salvación del estado, en una fiesta, en comprar á los que aplaudían en las tribunas ó en otras insulceses de este género: no era el tiempo ni la ocasión de obrar así: los peligros siempre crecientes, aumentándose á cada momento, cada vez más amenazadores, reclamaban otra cabeza, otro brazo, otro poder: pero desatentado y perdido en el confuso laberinto de sus propias ideas, ca-

minaba arrastrando la cadena con que él propio se había subyugado: había levantado la voz para abrir al pueblo un camino que le era desconocido, se había puesto à su frente, había llevado su esfervescente ecsaltacion hasta un punto á donde nadie había osado, y la obediencia de la revolucion se había concluido: queria sugetarla, calmar los áuimos, era tardè y el héroe del pueblo se había convertido en un cortesano, que buscaba bajo los pliegues del manto real la paz que ya le negaban las cosas que había ordenado: con las palabras de *nacion y libertad* en su boca y sus protestas y sus juramentos, era, por fin lo que los demás palaciegos: el semi-Dios había caido de su pedestal y el enorme poder del tribano, su ciencia y su saber, se habían reducido á la nulidad, á la impotencia: había descendido sin gloria porque esta no acompaña nunca sino á la virtud.

Diseñan los poetas en sus ideales concepciones ese giro magestuoso de las

nubes, de las que dicen que toman la forma de los puntos sobre que cruzan y que al llegar á los llanos se estienen y desarrollan, pero sin perder jamás la forma que concibieron. Hay hombres que nacen y se asemejan desde su primer momento á estas nubes, y Mirabeau fué uno de estos hombres: su talento fué colectivo, amoldado á su época, á las costumbres de sus padres, á la forma que concibió de sus antepasados; pero pronto en accion en aquellos dias formó la individualidad del pais que lo vió nacer. Si se alambica escrupulosamente, no inventó la revolución, pero le dió impulso, la hizo conocer, la llamó, la trajo, la organizó y sin él, no hay duda que todo hubiera ecistido sin variacion alguna: de aquí que al verla crecer, digera la multitud asombrada, *«este es el hombre: este el enviado de Dios: esta la verdad: él es la verdadera fuente.»*

El nacimiento de este hombre tan grande y tan pequeño, fué de padres nobles, si

Bien no de origen francés y si toscano: refugiados sus predecesores en Provenza, cuando la espulsion de Florencia de las principales casas, habianse aclimatado, mas por precision que por gusto, en el pais extraño: abundantes en las ideas de aquellos dias todos los hijos de su patria, habian pasado al destierro sin abandonar sus turbulentas condiciones ni sus inventerados pensamientos de revueltas: el espiritu de Maquiavelo sobrevivía en ellos: en su condicion habian debido á Dios cierta irritabilidad de pasiones que no se satisfacia con la medianía de las cosas. Las mugeres ó eran buenas hasta el extremo ó malas hasta el crimen; los hombres eran, ó libres y grandes ó esclavos y pequeños: jamás acometian una empresa sino decididamente y una vez metidos en ella, nada los arredraba; pero decididos á no empezarla ningun poder humano era bastante á sacarlos de su abyeccion. Hasta en sus asuntos mas pequeños, en aquellas minuciosidades do-

místicas, se deja traslucir la grandiosidad de sus caracteres. Los predecesores de Mirabeau hablan de estas minuciosidades que aludimos, con aquel lenguaje en que se espresa Plutarco para contar las enemistades de Sila y Mário, de Pompeyo y César. Eran hombres científicos, hombres de valía, que por naturaleza les gustaba descender á fatilidades mezquinas: natural era que Mirabeau se acostumbrára yá por el origen de su sangre, yá por el contacto de su juventud, á aquella magestad y energía.

No se estrañe sea tan difuso sobre estos pormenores, que acaso se acusáran como ajenos á mi narracion, por que ellos la ilustran, y por que estoy convencido de que el origen del carácter está casi siempre en el linage de cada cual, y en las familias el horóscopo del destino.

Así como el carácter está casi siempre engendrado en el linaje de cada uno, también la educación es una de las cosas, ó el todo, para el porvenir del hombre: difícilmente se podrá calcular qué sería el niño abandonado á sí mismo; en el más completo abandono: los instintos del bien y el mal que Dios reparte obrarian á su antojo, y sería ó una planta que pudiera brotar fruto tan venenoso como el veneno mismo, ó una flor lozana llena de encanto y de pureza: esto es, no obstante lo más difícil: pero la educación de nuestros padres, sus máximas, su ejemplo y sus consejos, tuercen á veces las propias inclinaciones y no queda de lo que Dios nos dió, sino un fondo de luz que aparece cuando hemos llegado á la edad de

la razón, y que nos hace conocer y diferenciar lo bueno de lo malo, aunque ya no podemos practicar, según las circunstancias, lo uno ó lo otro, por que nuestros primeros hábitos, nuestras primeras costumbres no esten en armonía con el pensamiento, que desaparece bajo la fuerza de la costumbre: la costumbre és casi una ley: he aquí por qué tambien diré algo acerca de la educación del hombre de que ahora me ocupó.

La educación de Mirabeau fué dura, severa, árida, y tal como podia esperarse de manos de un padre á quien llegaron á apellidar por su hipocresía *el amigo de los hombres* y á quien adornaban las malas cualidades de voluble, egoísta, vanidoso, mal esposo y tirano de sus hijos. Por consiguiente la única virtud que imprimieron su alma, fué el respeto hacia el honor, palabra que por entonces no tenía otro significado que lo que hoy se apellida *dolo ó engaño*, és decir, que siempre que

con fútiles apariencias se pudiese á cubrir el decir de la sociedad, bastaba para que los individuos hicieran alarde de reputacion sin mancha y de conciencia tranquila. Desde muy jóven fué destinado al servicio, y notorio es que esta carrera suele traer por consecuencias la depravacion, el vicio y el libertinage: Mirabeau aventajó á muchos en este sendero de vergonzosa perdicion. Por todas partes alcanzábale la mano de su padre, pero nunca para apartarlo de los escollos, sino que á veces para ponerlo más aislado en medio de los mayores compromisos. Su juventud se desgastó en las prisiones y sus pasiones tomaron grandeza, se acrecentaron en el retiro y soledad: aquel entendimiento hasta entonces no trabajado, lo fué entre las paredes de los calabozos y su alma se inutilizó á toda sensacion noble, recto de las primeras buenas inclinaciones. Puesto en libertad con acuerdo de su padre ocupase en llevar á cabo un ventajoso casamiento con la Señorita Marignan, heredera de

una cuantiosa fortuna y sucesora de una de las primeras familias de Provenza: pero como quiera que este enlace, contrariado y repellido por muchos, le abriera el camino de adestrarse en los manejos de la intriga accesoria en tanto grado á la politica, lució con habilidad las nuevas prendas que en su encierro habia adquirido, y con ellas consiguió al fin su deseo: no debian parar aqui sus locuras y escándalos: no bien casado, una nueva pasion despertada en su pecho, lo hizo objeto de persecuciones nuevas y al fin de nuevas prisiones: las puertas del castillo de Pontarlier se cerraron tras de él: tarde ó nunca hubiera vuelto á gozar de la libertad, sin la cooperacion de una muger que ha hecho harto conocida, con todas sus debilidades, las nominadas *Cartas á Sofia*. En union con madama de Monnier á quien arrebató del lado de su anciano marido, huyó á Holanda, en donde vivió algunos meses, al cabo de los cuales y aprendido en union de su complice, fué trasladado

á la fortaleza de Vincennes, interior que
 ella lo fué á un convento. El amor,
 esa pasión sublime en su esencia, pe-
 ro que algunos hacen madre de las más
 feas manchas, fué madre también en Mi-
 rabeau, para despertar en su alma los
 instintos apagados de grandeza y gloria.
 El amor incitabale á vengarse á toda
 costa y por cualquier medio: ansiaba la
 libertad, pero esta para hacer víctimas
 de las que lo habían detenido en su
 marcha: mas para alcanzar esa libertad,
 esa venganza, el amor malogrado, las ilu-
 siones perdidas, era necesario un cami-
 no; y un camino diáfano, ancho, espa-
 cioso que fuera tan grande que en su
 marcha no le presentára obstáculo ni pie-
 dra en que trepezar... ¿cual camino me-
 jor que la gloria?... tras esta se dirigie-
 ren sus afanes: entró en su prisión, os-
 curo, pobre, desconocido, sin porvenir,
 abandonado, y salió de ella grande, sá-
 bio, orador, hombre de gobierno y ca-
 paz de todo.... todo, así de lo bueno
 como de lo malo, porque estaba per-

vertido y había abjurado hasta del último principio de delicadeza: era ya hombre capaz de venderse en cambio de fortuna y celebridad.

Trazado en su imaginacion el medio de emprender lo que soñaba, aguardó con paciencia la primera ocasion en que aparecer en la escena: no debía esta hacerse retardar demasiado: supo aprovechar su tiempo. Pocos años pasaron desde su salida de Vincennes hasta su presentacion en la asamblea, y sin embargo hizo tal acopio de escritos, de discursos, de oratorias, que á cualquiera hubieran rendido y que á el solo fatigaron. El banco de San Carlos, la obra acerca de Prusia, las instituciones de Holanda, su estilo y posicion, los grandes informes sobre asuntos de guerra, equilibrio europeo y hacienda, su pugna con Beaumarchais y sus invectivas en contra de los hombres que ocupaban entonces los primeros puestos y dignidades, y otras que seria imposible enumerar, mas que estaban selladas con

aquel language tantas veces oido en el foro romano por las épocas de Clodio y Ciceron: en aquel language que hace aparecer, reproducir al hombre de los antiguos tiempos, dilucidando las cuestiones del dia. No admitido, en mengua de la nobleza, á que como he dicho pertenecia, en las elecciones de Aix, busca en los brazos del pueblo la ocasion de distinguirse seguro de doblar la balanza del lado que emplee su erudicion y talento. Marsella y Aix á la vez eligenlo y ya aparece distinguido con este primer favor; despues un discurso, sus manifiestos, enchidos de una energia hasta entoaques desconocida, su grandeza que asombra y sus palabras que arrebatan, llenan la patria de su nombre y es mirado en breve como el eco de la revolucion, tiene la habilidad de saberse comparar con los hombres que invoca á cada paso y el pueblo se acostumbra á nombrarle grande como aquellos, como aquellos heroes y predestinado. Prepara los ánimos, se levanta. sa:

cunde su terrible látigo y bajo de él cae herida aquella orgullosa aristocràcia, en todos tiempos odiada de los pueblos: anunciase así mismo como el destinado á crear, formular y consumir la revolución, y la patria de los galos lee en su manifiesto á los marseleses este apóstrofe que forma la historia de lo que piensa. *«Cuando el último Graco espiró, levantó al caer el polvo de la tierra que pisaba, y de aquel polvo se engendró Mario! Mario, que fuè mas grande que por «esterminal á los Cimbrios, por destruir «en Roma la aristocràcia de la noble- «za.»*

Ocupa en fin, la tribuna de la asamblea nacional, y él basta para llenarla toda, refundiéndose en él, el pueblo todo; mira y manda y se obedece... propone y todos callan, porque sus propuestas son golpes de estado. Se levanta, se eleva, llega hasta el nivel del sòllo soberano, los grandes conócense y se confiesan vencidos por aquel hombre que ha salido de entre sus miem-

hros, y que han dejado escapar en un momento de imprudencia, y el clero, que pertenece al pueblo, le dá su ayuda porque vé que él y solo él puede entronizar la medianía de sus individuos destruyendo á los obispos. Nada dura, nada vive ante la magnética palabra de este hombre, y en un átomo de tiempo mírase destruido lo que ha costado siglos enteros edificar y construir: todo és polvo ante su vara mágica, y él queda solo en medio de tantas ruinas, como el recuerdo de lo que fué, como triunfador glorificado.

Ha concluido en su mision de tribuno y ocupa la de hombre de gobierno, siendo aun mas grande en esta que en aquella. Todos vacilan, todos dudan, todos se arredran..... él solo marcha con segura planta, sin titubear ni temer. La revolucion ha cambiado de forma en su imaginacion: no és un impulso de ira, sino un proyecto con sus tendencias, con sus resultados alambicados por la ciencia. Sale de sus lábios, criada, robustecida,

llena de vida la filosofía del siglo XVIII, pero encerrada, sujeta al cálculo del político, sus palabras todo lo esclarecen, todo lo esplican, todo lo dicen y lo dicen con decision, porque él conoce que tiene sobrado denuedo para hacerlo. Desprecia la envidia y ríese de la murmuracion; se hace superior à sí mismo, é impone silencio á las pasiones que hasta entonces lo han dominado; las rechaza porque le son innecesarias; habla á los demás invocando su talento, título que lo eleva sobre todos y basta para ser obedecido: sobresale por cima de los partidos, que si lo odian, lo acatan porque le temen: nadie puede jactarse de llamarle su amigo, pero utiliza á todos los hombres, los pone en juego, les dá accion, comercia con ellos: fija las bases de la constitucion reformada, sin temor de que un paso tan agigantado lo hunda y precipite: legislacion, diplomácia, hacienda, guerra, religion, economía, equilibrio del poder, todo lo toca y lo decide, no como el que obra segun mentidos

sueños, sino como el político profundo: sus resoluciones son siempre el medio entre lo ideal y lo positivo; acomoda la razón á los hábitos y las instituciones á las costumbres: piensa en que el trono debe apoyar á la democracia, que en las cámaras exista libertad, y que en el gobierno de la nación, la voluntad del pueblo sea la superiora sobre toda otra consideración: Mirabeau, juzgado por muchos y comprendido por pocos, no era tan osado como esacto. A la magestad de la espresion añadía el buen sentido, sin que ni aun sus vicios pudieran dominar á la sinceridad de su inteligencia. Antes de haber comenzado su vida pública, era un hombre sin pudor, y sin virtudes... despues de ocupar la tribuna era un hombre honrado. En fin, aun en los dias en que negociaba tratos secretos con las potencias estrangeras, en que ocultamente se vendía á la corte para satisfacer sus costosos placeres, conservó siempre la incorruptibilidad de su talento: solo le faltó ser íntegro para poseer todos los or-

nates que condecoran á un grande hombre. El pueblo, esa voz que incesantemente no se apartó de sus labios, en nombre del cual se hizo conocer, grada por la que subió hasta su altura, no fué para él ni un Dios ni una religion, sino un instrumento; su verdadera religion, su Dios verdadero, fué la gloria, ese dorado fantasma de relucientes y plateadas alas; su fe, la posteridad, la historia, el porvenir. No tuvo jamás conciencia, sino en su propio talento, la ecsaltacion de sus ideas era de todo punto humana, y el materialismo de su siglo robó á su alma la movilidad, el poder, y las consecuencias de las cosas imperecederas: sus últimas palabras fueron dignas de aquel hombre, del hombre que dejamos bosquejado. *«Cubridme, dijo, de esencias olorosas, coronadme de flores para que baje á la mansion del descanso, para que duerma tranquilo el eterno sueño.»* Vivió para su tiempo, y no supo dar á sus creaciones el sello de lo infinito: no inmortalizó sus sentimientos, ni sus actos,

ni sus ideas, porque era un ser realmente material. Si por el contrario la luz de la religion hubiese reflejado en su corazon, si hubiese creído en Dios, hubiese sido tal vez un mártir, y hubiera dejado á su patria y al universo, la religion de la verdad y el imperio de la democracia. Mirabeau, este hombre tan conocido como acatado, personificó y és la razon de un pueblo, pero nunca fué ni será la fé de la humanidad: no cabe acerca de él otro juicio, siempre que este sea franco, leal y desinteresado.

IV.

Bajo de sorprendentes y magestosas ceremonias, bajo esteroidades destimbradoras, bajo de la apariencia de un luto general y una consternacion sin limites, guardáronse los ocultos pensamientos que acerca de la muerte de Mira-

beau, albergaban la mayor parte de los magnates que lo rodeaban. Las campanas poblaban el espacio con sus plañideros sonos, el bronce retumbaba en hórrido estampido, los cánticos fúnebres elevados al Todo-poderoso desde el sagrado recinto de los templos y los rezos de más de doscientas mil personas que concurrían á sus exequias y que acompañaron el cadáver del tribuno hasta su última morada, régia y magnífica y no obstante estrecha y pobre para la ambición y la gloria del ciudadano, fueron la máscara que escondió el pensamiento real de cada uno de los partidos sobre que había imperado el que había dejado de ser: busquemos el materialismo de las cosas, la verdad en su esencia, la interioridad de los corazones.

El monarca, que tenía hacia muchos días, comprado la elocuencia de Mirabeau, y la reina, que oculta y secretamente había celebrado misteriosas conferencias, sentían quizá verse privados del último apoyo para el combate que se preparaba:

con todo, la magestad del trono herida, rebajada la prepotencia de la corona, escabada en su cimiento la autoridad unitaria del rey al doblegarse bajo la imperiosa ley de recibir de un vasallo las inspiraciones siendo no más que el brazo egecutivo de aquel, si bien temian, no llegaba el temor hasta aterrorizarse: el gigante habia desaparecido y entregados á sus instintos debian luchar, y esta lucha les honraba aun cuando hubieran de sucumbir en ella. En cuanto á la corte, la muerte de Mirabeau, era la venganza de todas las ofensas de él recibidas. Los altos dignatarios, la orgullosa nobleza, preferia sucumbir que verse sujeta al capricho de un hombre que la impulsaba hácia el abismo por su solo y omnimodo poder: la aristocrácia francesa nunca vió en el grande hombre de sus dias más que un desertor rebelde de sus propias filas, de quien les hubiera sido vergonzoso y humilde recibir algun dia la restauracion. El duque Orleans, que temia con tanta causa que

una sola palabra pronunciada por Mirabeau, diese al suelo con el vasto edificio de su ambicion, descubriéndose todas sus faltas, no podia menos de celebrar un suceso que lo aseguraba la impunidad de sus hechos. Hasta Mr. de La Fayette, el gefe del partido de la mediania, debia rendirse ante el erador popular, sabida la rivalidad ecistente y las fuerzas del contrario: el dictador de la *Cité* (1) y el de la Tribuna no podian avenirse, si bien nunca se atacaron de frente.

El tribuno popular no habia nunca marchado de hecho ó intento para destruir ni los discursos ni las ideas de Mr. de La-Fayette, pero en el trato social, en medio de aquellas conversaciones entabladas al parecer sin objeto pero que en realidad lo tienen, habia dejado escapar palabras que dichas en su boca eran sentencias fulminadas en con-

(1) *Cité*: voz que servia para espresar la *clase media*: lo advertimos, porque habremos de emplear esta palabra muy comunmente.

tra de su rival. No existiendo Mirabeau, La-Fayette era mas grande, mas elocuente, más docto, lo mismo que los demás oradores de la asamblea.

No podían existir rivalidades, pero si envidias. Su elocuencia popular en si, era la del patricio: sus sentimientos populares eran, considerados bajo de cierto aspecto, una liberalidad de su ingenio: al conquistar para el pueblo derechos y franquicias parecia ser el mismo quien les concedía, y al hacer la reseña de los tribunos que desde Graco hasta él habian abogado por el pueblo hacia aparecer á estos salidos de entre los patricios y adheridos à la democracia por convicciones de virtud y de justicia. La filosofia de sus ideas, su talento, su elevado language, sus reflexiones y todas las prendas que reasumia no podian tener iguales: habia debido à la naturaleza lo que la muerte sola podia destruir y aniquilar, dejando el campo libre para eualtecerse las infinitas me-

dianias, que en vano hasta entonces habían trabajado. Así que aquellas lágrimas vertidas sobre el féretro del hombre superior à ellos, aquellos estremos de un dolor mentido, aquellas demostraciones tan públicas como llena de dobléz, eran una paradoja, un entremés representado para satisfacer al pueblo sobre el cual contaban alzarse: este sólo era el que verdaderamente sentía, el que lloraba con el corazón, por que el pueblo no tiene celos por que és demasiada su grandeza, y por que léjos de ser para él un lunar el nacimiento elevado de Mirabeau, era un triunfo, un galardón, una victoria, haberlo arrancado de entre los suyos, grandes, poderosos y deslumbrantes: además, la nación entera, que una tras otra iba viendo desaparecer sus instituciones sus derechos, sus concesiones, que alcanzaba demasiado prócsimo un desbordamiento general, necesitaba un hombre capaz de oponer un dique tan fuerte que contrarrestará las demasias e hiciese respo-

petar los derechos tan amenazados de extinguirse: qué hombre más apto para ello que Mirabeau? muerto él, las tinieblas despues de la luz, los escollos y las tempestades despues de la bonanza, y el abismo profundo despues del lleno y alfombrado valle. Una sola fraccion mostrabase satisfecha; los jacobinos, por que solo aquella poderosa palanca podia contrapesar sus fuerzas.

La asamblea nacional tornó à abrirse en 6 de abril de 1791, y el lugar que Mirabeau habia ocupado permanecia vacante: ¿qué más prueba de la imposibilidad de reemplazarle? La multitud inmensa que desde las tribunas aguardaban el desenlace de aquella desgracia, las consecuencias de la falta del tribuno orador, convenciósese de que todo iba á mudar, que habian desaparecido con él, los génios secundos è inspirados: el dolor se ratataba en los semblantes: profundo silencio reinaba en el espacioso salon cuando Mr. de Talleyrand, anunció á la asamblea que iba á

leer un discurso póstumo de Mirabeau. Quisieron oírle, y así lo manifestó el público en medio de festivas aclamaciones: la memoria del hombre no había muerto como su cuerpo, y el eco de los últimos pensamientos del tribuno parecían que retumbaba saliendo de entre las losas de su sepulcro. La lectura fué triste; los ánimos contraindidos por la melancolía y el dolor por la ansiedad y la impaciencia, gozaron sí, pero un goce lleno de amargura, por que aquella era la voz de despedida: entre tanto los partidos, sin temer, pues no existía quien los apaciguára, anhelaban venir á las manos para debatir sus superiores: no tardó esto mucho en suceder como diré en breve.

V.

No comenzaremos á analizar la situación de los distintos partidos, sin habernos ocupado antes, aunque no muy

al pormenor, de las causas que originaban aquella revolucion, y del terreno que esta habia caminado, asi como de los principales gefes que contaban con dirigirla y llevarla á cabo.

Dos años no eran aun pasados desde que la opinion se habia comenzado á presentar hostil con la monarquía, y ya sus ventajas eran inmensas. Pobre de espíritu y de resolucion el gobierno, habia reunido la *asamblea de los notables*: el espíritu público doblegó al poder y reunió los estados generales: estos ya formados, la nacion llegóse á persuadir que era suprema é indestructible: una sola palabra pronunciada con energia y en buen tiempo, era el lazo que debia romperse para pasar desde aquella posicion á la insurreccion legal, y esta palabra la pronunció Mirabeau. La asamblea nacional levantóse, y se levantó tanto que se puso al nivel del solío, á su frente y pronta á demandarle estrechas cuentas. La popularidad de Mr. Necker á fuerza de

concesiones, habiase estinguido y perdido el acierto, conoció que no ecstistian para contentar al pueblo más que miserables despojos insuficientes á acallar-lo. Ministro de una monarquia que se hundía, que despues de haber sido señora iba á ser esclaba, su fin era vergonzoso y ruin, yendo á ocultar su ignominia fuera de los confines de la patria. El rey quedaba como prenda de rehenes en manos de la nacion. La célebre declaracion de los *derechos del hombre y del ciudadano*, única chispa revolucionaria hasta entonces desprendida, daban á la revolucion un significado universal y social. Mucho, y en diversos sentidos se habló de este documento, que si bien estaba nutrido de desusados errores, podiase hallar en el fondo las ideas del nuevo dogma.

VI.

Cosas existen en lo criado, cuya naturaleza forma y dimensiones no se alcanzan sino á mayor distancia, pues tanto impide para analizarlas la excesiva procsimidad, como la extraordinaria separacion: no sucede de otro modo con los notables sucesos: los decretos del Eterno, que pueden leerse por do quiera en las cosas de este mundo, se ocultan sin embargo tras de un espeso velo que no deja penetrar el modo por el cual son conducidos à su egecucion ni el resultado que podrán producir. La revolucion del pueblo francés se anunciaba grande, imponente, sublime; asi al menos debia congeturarse: el desarrollo de una nueva idea hasta entonces oscurificada para los hombres, la emancipacion del poder monárquico y el entro-

nizamiento de la democràcia y su gobierno, era un suceso grande, imponente y sublime como decimos antes.

Esta nueva era, digámoslo así, que iba á trazar y á traer en pos de sí las nuevas ideas, era un resultado del cristianismo. Este, que encontró á los hombres esclavos de un yugo férreo en toda la redondéz del globo, levantóse para librarlos de èl á la terminacion del poder de los romanos, como una venganza justa, como una espiacion de los opresores: pero levantóse bajo la forma de la paciencia, del sufrimiento, repitiendo sin embargo las tres sagradas palabras que al cabo de tantàs generaciones debian repetir muchos pueblos del orbe, y por las que tanta sangre se ha vertido: *libertad, igualdad, fraternidad* entre los ciudadanos: pero estas tres palabras llenas de vida y de esperanza, quedaron encerradas como en un santuario dentro del pecho de los cristianos, esperando el dia en que poderlas pronunciar libremente. Débiles en un prin-

cipio para contrarrestar el rigor de las leyes civiles, digeron à los grandes: «Os cedemos aun todavía por algun tiempo el poder sobre el mando político: nos contentamos con el moral: proseguid, si aun podeis hacerlo, con más rigor, esclavizando, rebajando, martirizando y dividiendo à los desgraciados pueblos: pero nosotros emanciparemos las almas: pasarán muchas generaciones para conseguirlo; perecerán muchos infelices, víctimas propiciatorias á los ojos de Dios; el sol de la nueva luz alumbrará despues de siglos con débiles rayos al principio ... pero amanecerà en su dia cercado de brillo, de resplandor, de vida y de salud, y en ese dia, la doctrina predicada sola dentro de los recintos de los templos, saldrá á la calle para hacerla oír al pueblo, que escuchará nuestros consejos y se generará por sí propio.»

Ese dia con efecto amaneció tan grande como aquellos lo soñaron. Precedióle un siglo de filosofia, incrédula en la apa-

riencia, pero creyente en realidad, puesto que el escepticismo del siglo pasado solo curábase de las exterioridades, y adoptaba con profundas convicciones, aquello mismo que desechaba en público. Lo que llamaba el cristianismo revelacion, la filosofía llamaba razon..... és decir, que las palabras sonaban de otro modo, pero su sentido era igual. El mismo principio seguia la emancipacion de los hombres y de los pueblos..... pero los antiguos se emancipaban en nombre de Jesus y los modernos en nombre de los derechos concedidos á las criaturas por ese mismo Jesus padre: ambos hacian depender su emancipacion de Dios; y no pudiendo la revolucion crear una palabra ni más llena de verdad, ni más divina, ni más inteligible que la que emplearon los cristianos al levantarse en Europa, adoptaron la de *fraternidad*.

Si esteriormente la revolucion francesa estaba opuesta á la religion que reinaba, era porque esta se hallaba emulada en los gobiernos monárquicos y

aristocráticos que esa revolución debía destruir: he aquí la explicación de esa contradictoria aparente lucha de incompetencia entre el espíritu del siglo XVIII que admitía el cristianismo y al mismo tiempo destruía los tronos. Mas había entre ambos contradictorios procedimientos, una fuerza sobrenatural que los unía, que los acercaba, que los enlazaba, y por la cual se hallaban siempre enfrente, aguardando el momento del triunfo de la libertad para eslabonarse indestructiblemente.

Hé aquí las tres cosas que alcanzaban con certeza los que se paraban á pensar un momento sobre el porvenir, en abril de 1791: la primera de todas, que al fin del camino de revolución que se había emprendido, estaba el bien para la humanidad, con todos sus derechos y prerrogativas anexas al hombre y al ciudadano, destruyéndose la tiranía, las excepciones, las preferencias y el egoísmo, no solo del trono, si que también de las leyes ci-

viles, de la administracion, de los cargos, del trabajo y de las familias. La segunda, que aquella imparcialidad y rectitud seria regida y arreglada por leyes que giráran sobre el principio democrático que habia sustituido á la situacion caida, representantes del pueblo, cuya sería la soberanía bajo del órden republicano confiado á uno ó varios individuos. Y la tercera, que la emancipacion política y social seria la madre de la intelectual y religiosa; que la libertad de pensar, hablar y egecutar, no tendria la sugesion de la libertad de créer; que los misterios de Dios, encerrados en los Tabernáculos de los templos, saldria para dar luz á las conciencias, siendo esta luz de revelacion para los unos, y de razon para los otros, llegaria á alumbrar la verdad y la recta justicia, que desde el celeste trono bajan á la tierra de los míseros mortales.

VII.

El pensamiento del hombre, lo mismo que el Creador, hace el mundo á su imágen.

Este pensamiento fuè renovado por medio de un siglo entero de filosofia.

Tenia que transformar y por consecuencia trastornar el mundo social.

Hé aqui por qué la revolucion del pueblo francés, en su esencia, llevaba el sello de un espiritualismo sublime, y su idealidad tan grande como universal. El entusiasmo que debia producir, traspasó los confines del pueblo que se emancipaba e inundó á las naciones de la tierra. Los que tal no confiesan, mienten. *Era la concurrencia de tres soberanias morales.*

o La del derecho y la razon, sobre la fuerza de los tiranos.

La de la inteligencia sobre las necias y ridículas preocupaciones.

La de los pueblos sobre sus mandatarios.

Revolucion en los derechos, la igualdad, en los hombres, para administrarles la ley.

Revolucion en las ideas, el razonado discurso sobre el mandato caprichoso de la autoridad.

Revolucion en los hechos, la soberania popular.

Un evangelio en los derechos de sociedad: otro de los deberes: una ley de humanidad.

La Francia se constituia en apóstol de este evangelio, y en la lucha de aquellas ideas, amalgamaba cien aliados en la sobre haz de la tierra, en todas clases y condiciones: hasta en los tronos.

VIII.

Como una consecuencia precisa de aquel decreto de Dios que condena á morir á todo lo que ecsiste, que destruye todo lo que fué y que crea sobre las primeras ruinas el edificio de lo nuevo, de lo hermoso, de lo desconocido, como consecuencia, repito, de este decreto, tienen tambien los pueblos en su vida politica, sus épocas que mueren para dar vida á otras nuevas: sécase la raiz del árbol de la humanidad, y húndense apolilladas y carcomidas por el tiempo las instituciones de ayer para hacer lugar á las creaciones de hoy. Egemplos mil nos ha dejado la historia y los antiguos monumentos que han traído hasta á nosotros los vestigios de añejas glorias y de inmemorables acontecimientos. En cada uno de estos, en

que generalmente ha sido envuelta la suerte de los imperios, han perecido multitud de ideas y han nacido nuevos y fecundos manantiales de civilización. La China, el Oriente, Egipto, Roma y Grecia, sintieron este sacudimiento inesplicable en sus gérmenes, como provechosos para los hombres: el Occidente presenció cómo cedió la aristocrática druidica el puesto al gobierno de los romanos.... Bizancio, la misma Roma, el imperio, lleváronlo á cabo por propio instinto, cuando avergonzados del politeísmo, se alzaron al clamor de Constantino, contra sus dioses, derribando en un momento y como impelidos de una fuerza poderosa, los templos, las creencias y los cultos á que el crédulo é ignorante populacho daba adoraciones y ofrecía holocaustos, y de que ya habían abjurado la parte sensata y culta. Cayó en su día la regeneración hecha por Constantino y Carlo-Magno, y después de diez y ocho siglos comenzó una nueva era: las creencias que habían marchado

como sostenedoras del altar y del trono fueron deshechas á la luz del cristianismo: el sacudimiento fué inmenso, terrible, y como casi siempre sucede, el poder se hundió porque vaciló la fé. La Europa monárquica fué del catolicismo, pues que la política venia á contribuir al remedio de la iglesia: la supremacia tomaba su apoyo sobre un misterio; el derecho emanaba de Dios, el poder era como la fé; divino: y siendo sagrados los objetos ante los ojos de la multitud, debia por consiguiente ser sagrada tambien la obediencia de los pueblos: poner en tela de juicio ó examinar las causas de aquellos poderes, era blasfemar, y el descendimiento, la humillacion, el servilismo en fin, meritorio y plausible. El espíritu de filosofia que tantos dias atrás y secretamente, se habia sublevado en contra de una doctrina desvirtuada, desmoralizada por los escándalos, por los excesos y demasías de los dos poderes reu-

nidos, vino despues á hacer desaparecêr la divinidad los objetos que asi negaban, para avasallar y esclavizar à los pueblos, hasta el raciocinio de la razon: véase la prueba: mientras el catolicismo fué la doctrina de la Europa, mientras que la fè fué acatada y no investigados los pormenores de ciertos preceptos, no hubo alteracion en los ánimos ni division entre los individuos del gran gremio: el respeto á los príncipes, el libre uso que estos hacian de su poder; las confiscaciones de bienes, las prisiones, los suplicios, la inquisicion, las hogueras, fueron miradas como las palancas necesarias para sostener el doble dogma político y religioso, base de los dos citados poderes.

Mas la imprenta, esa invencion material, es cierto, pero que debia dar tantos frutos intelectuales, ese foro de luz enmedio del caos de la ignorancia, apareció de repente iluminando á los seres, para raciocinarlos, para hacerles conocer sus derechos, sus prerrogativas,

su poder. Nació Guttemberg, y con él nació la nueva regeneracion. Al inventar el arte de comunicarnos las ideas, aseguró la independenciam de la razon, y cada uno de los signos que llamamos letras que salia de sus manos, tenia más fuerza por sí mismo que la espada del primer conquistador, que las mas aguerridas falanges, que los más fulminantes rayos de los papas, vicarios de Jesucristo. La iglesia utilizó esta invencion en su principio y aplicóla para vulgarizar sus ideas... pero esto duré poco, por que no tardó en ser la imprenta el instrumento que comenzaba á labrar los cimientos de lo que se intentaba asegurar de nuevo: los dogmas del poder temporal y espiritual, tardaron, se vieron proscritos, primero de los ánimos, y despues en las cosas. La inteligencia habia encontrado el arma de la palabra, y estos dos poderes, que constituyen la fnerza del hombre, debian ser un dia su egida, su salvacion, su felicidad.

Muy en breve segregaronse de la comunidad católica pueblos y naciones enteras, y el imperio del cristianismo fué reduciéndose y amenguando en gran parte: Suiza, Alemania, sino en totalidad, una mitad al menos; Holanda, Inglaterra y provincias de la Francia. Se combatió, se puso en duda la autoridad divina del catolicismo, y quedó á merced de los instintos de los pueblos la autoridad real: la filosofía, más fuerte que la sedición, acercóse á él, con mas valor, con mas entereza. La historia podia ya llegar al porvenir la narracion de los delitos, de las flaquezas de las tiranias de los monarcas; los publicistas comentaron estos delitos, estas flaquezas y estas tiranias, y los pueblos empezaron á deducir los efectos de aquellas causas. Se pensó en las instituciones sociales, bajo el aspecto de la conveniencia que podia resultar para el comun; los mas cercanos al poder, hablaron á los reyes de sus deberes y á las naciones de sus derechos y alzóse, en fin, hasta en la misma cá-

tedra del Espíritu-Santo, la voz del verdadero cristianismo, ante un soberano poderoso como Luis XIV, y por los labios del memorable Bossuet; mezcladas á las adulaciones, al rey iban los consejos para calmar á los pueblos... al lado de la lisonja, las amonestaciones. Fenelon, el oráculo evangélico y lleno de ternura de la nueva ley, trazó las páginas de su *Telémaco* en el palacio de un monarca, y sobre la mesa del gabinete del heredero de la corona, pasando desde su boca á los oídos del nieto del gran Rey, presente este, la filosofía política del cristianismo, ó de otro modo dicho, la insurrección de la justicia en favor de los débiles. Fenelon sembraba en el alma del duque de Borgoña una revolución radical y completa, y aun cuando Luis XIV lo comprendió así y trató de parar el mal, era ya tarde por que germinaba ya dentro de su propia casa la política revolucionaria. Los pueblos la estudiaban en las páginas del santo arzobispo, y Versalles, iba á ver-

se convertido en breve, merced á Fennelon y á Luís XIV, en el foco de la revoluciou y en la cuna del despotismo. Montesquieu, ahondó diestramente las instituciones, desmembró y analizó las leyes de las naciones; comparó en seguida los distintos gobiernos y los juzgó á continuacion. El juicio puso à cada paso de manifesto la diferencia ecisistente entre el derecho y la violencia, las prerrogativas y la igualdad, la libertad y la opresion.

Juan Jacobo Rosseau, de menos ingenio, pero con mas elocuencia, estudió la política, pero no en las leyes, sino en la naturaleza: su alma libre, si bien opresa y doliente, y los impulsos de su generoso corazon, dieron brios á todos los hasta entonces resentidos de la odiosa desigualdad de las condiciones sociales. Aquella lucha era la lucha de la idealidad con lo positivo. Roseau, fuè el misionero de la naturaleza, el Graco de los filósofos; no formó la historia de las instituciones ni de sus efectos, pero cau-

tó su sueño, y este sueño, venido del cielo, lo engrandeció levantándolo hasta él. Al escucharle, se alcanzaban los proyectos y la sabiduría de Dios, su amor á los mortales, su balanza niveladora, pero no la debilidad de los hombres. El sistema de Roseau, era la utopia de los gobiernos; por esto cautivaba más. Para entusiasmar, para enardecer, para alhagar y recoger abundantes frutos en el ánimo de los pueblos, és necesario vestir el materialismo, árido y estóico en sí mismo, con las galas de la idealidad, que embelesa el ánimo, crea convicciones y enaltece el espíritu: el que se entusiasma, lo hace porque las imágenes que concibe, oye ó lee, son superiores, pertenecen á otra esfera que aquella comun en que ha nacido, de que se ha visto rodeado y que ha formado el periodo de su vida: lo que se llama idealismo, és el encanto, ese poder que trasporta á la mas suprema altura, y de aqui el fanatismo, susceptible por si para engendrar virtudes sublimes de todos

géneros y condiciones. Rousseau, el ideal de la política, llena de bellezas, como Fenelon lo había sido del cristianismo.

En Voltaire nació el talento para criticar, mofar y escarnecerlo todo, destruyéndolo todo. El consiguió que el mundo se mofase de sí propio, se escarneciese y se rebajase, para levantarlo despues à doble altura: él le puso de manifesto sus debilidades, sus pasiones, sus miserias, su ignorancia y esclavitud y le echó en cara todos sus males con la risa del desprecio. Vivió ochenta años, y esta larga vida sirvióle para regenerar su pasado siglo modificando el siguiente, muriendo al fin como vencedor. Sus discípulos llenaban los salones, los palacios, las tribunas, interio que por el contrario los de Rousseau, yacian postergados en puestos oscuros y medianos. Uno de estos dos hombres, fué el defensor afortunado de la aristocrá-cia y el otro el consuelo secreto y amado con el corazon por la democrácia.

Rosseau, desdichado y perseguido á la vez puso à su Dios de parte del pueblo, sublevando con sus doctrinas el corazon, al paso que santificaba el espíritu: sus palabras envolvian algun tanto de venganza, pero mucho de devocion, y nadie pudo arrojarle en el rostro un deseo imoderado de lo primero. Voltaire, enseñaba al pueblo que podia derribar altares, y Rosseau que podia restablecerlos: el uno prescindia de la virtud, aviniéndose al fin, con los monarcas, y el otro habia menester de un Dios y no podia avenirse mas que con las repúblicas.

Sus numerosos discípulos seguian el mismo método, habiéndose asi hecho dueños de todos los órganos del pensamiento público, y habiendo logrado trastornar desde el sagrado del púlpito hasta la ciencia geométrica con la filosofía del siglo XVIII. D' Alembert, Rainal, Diderot, Condorcet, Buffon, Bernardino de Saint-Pierre, Saint Lambesse, Helvacio y la Harpe, fermaban la nue-

va iglesia, animando á todos un solo pensamiento; la renovacion de las ideas. Cada cual por su camino, caminaba á un mismo fin, á un solo principio: todas eran palancas útiles en aquellos hombres de profundo ingenio, de aventajado saber: Guarismos, ciencias, política, economía, historia, teatro, moral, poesia, todo era empleado sábiamente por la filosofía moderna. La mano de Dios, que no pudo ser otra, colocò sobre el suelo de la Francia en aquel siglo, tantos hombres grandes, mientras que en los demás países no descollaba ninguno: desde los fines del reinado del gran rey Luis XIV, hasta los principios del de Luis XVI, pródigamente aparecieron tantos ingenios, que apenas bastarian largos catálogos para enumerárlas: asi que los pueblos del orbe volvian siempre la vista sobre la Francia para hallar en ella lo que no encontraban en su seno: desde Cornuille hasta Voltaire, desde Bossuet hasta Roseau, desde Fenelon á Bernardino de Saint-Pierre, habiase cons.

titud en Francia el foco de la luz para ilustrar al mundo. La autoridad moral del espíritu humano, no residia ya en la ciudad de los Césares y de los Papas; la señal y el impulso se daban en Paris, y la intelectualidad de Europa era francesa. Ecsistia tambien y ecsistirá siempre en el carácter de estos, además de su carácter poderoso y de su esplendor brillante, el fervor animoso que invade generalmente los corazones, ese espíritu de comunicacion que encierra en sí cierto atractivo para inspirar sus ideas à la Europa el deseo de imitarlos. La España de Cárlos V, és altiva, arrogante... la Alemania, grave y meditabunda..... la Inglaterra sagáz..... pero Francia és apasionada, y de aquí nace su principal poderio. Blanda y accesible de ser seducida, seduce con facilidad. Las demás naciones no tienen más que su carácter; pero la Francia posee además su corazon y lo enseña abierto como un libro, en sus pensamientos y en sus escritos, tal como

en sus actos de nacionalidad. Cuando Dios quiere hacer al mundo la revelacion de una nueva idea, de un nuevo pensamiento, lo hace nacer en la imaginacion de un francés, y esta prenda trasmisiva del carácter de este pueblo, esta atraccion que no ha decaido nunca, era por la época á que nos vamos refiriendo, el precursor del siglo. Y hasta en la atencion con que de todas partes se dirigian las miradas sobre aquel solo punto de luz, dejase leer la preferencia con que el cielo ha dictado á este pais. Paris, absorvia á toda Europa, y la menor cosa acaecida dentro de su recinto resonaba como la vibracion del acerado metal herido con violencia: otras naciones han egercido su influjo por medio de la guerra, por sus riquezas, por su poder.... Francia por sus talentos, por la literatura, contando la monarquia intelectual, antes que con héroes, con escritos, con libros y con teatros. Irresistible conquistadora por medio de la inteligencia,

su ejército y su poder era la imprenta.

IX.

Demos una ojeada á los partidos en que se encontraba dividida la nacion, despues del fallecimiento de Mirabeau, fuera de la asamblea, la corte y los jacobinos: dentro de ella los dos lados derecho é izquierdo, el uno ciego por innovaciones, y el otro tenázmente inclinado á la resistencia: en medio de estos dos bandos, otro compuesto de aquellos que ya por pusilanimidad ó por convicciones, deseaban que el término medio, fundado en que cada cual de los primeros cediese algun tanto en sus deseos: és decir, que el uno cesigiese sin violencia, y el otro otorgase sin resentimiento. Estos eran los filósofos de la revolucion: pero no era el momento

para la filosofía, sino para la victoria: las dos opiniones que controvertían entre sí, anhelaban combatientes que engrosáran sus filas, no jueces que fallasen, y que no podían ser atendidos en medio de los generales choques.— Citemos ahora quienes eran los primeros caudillos de estos bandos, para que despues que nos sean conocidos los veamos obrar, avanzando cada uno por su camino para conseguir sus respectivos frutos.

Luis XVI contaba á la sazón no mas que treinta y siete años de edad, y sus facciones llevaban el sello que caracterizára y distinguiera á sus predecesores, aunque un poco más pronunciados por la mezcla de sangre alemana por parte de su madre, princesa de la casa de Saboya: sus ojos eran azules, de espresion y rasgados, aunque más cristalinos que deslumbrantes: su frente era redonda y algo deprimida hácia su vértice; su nariz roma y algo ancha, lo que le hacia perder la forma de agui-

leña; boca pequeña y de amable expresión en su continuo sonreír. Lábios gruesos, si bien por esto no mal perfilados, el cutis fino, y coloreado de un vivo carmin algo desigual no obstante: era pequeño de estatura y algo grueso: su actitud tímida y el andar inseguro: estando parado solía mecerse sin descanso, apoyándose, ya sobre la una pierna, ya sobre la otra, pero sin adelantar terreno, costumbre adquirida ó por la precisión que tienen los reyes de escuchar largas audiencias, ó por la movilidad que siempre és accesoria en los ánimos indecisos. Su porte era honrado, con demasía, haciéndolo aparecer vulgar, razón sobre que se apoyáran mas de una vez sus enemigos para satirizarlo y escarnecerlo, queriendo hallar en él, para mostrarlo al pueblo, el sello de los vicios que querian inmolar en la corona: más la verdad dicha, és lo cierto que aun cuando de configuración algo obesa, no estaba esento de la magestad de rey: su todo contenia algun parecido con la

fisònomía de los últimos Césares, en los tiempos de las cosas y las dinastías: el agrado de Antonino; la macisa obesidad de Vitelio. Esto en cuanto á lo que hace al hombre material: ecsaminemos á continuacion su intelectualidad y capacidades.

X.

Luis XVI habíase educado enteramente fuera de la corte del rey su padre, y las ideas que infestaban en aquellos dias los ánimos de los que en ellos nacieran no habian hallado cabida en su corazon ni en su cabeza: asi es que interin Luis XV trocaba su real morada en un lugar sospechoso, el heredero del trono crecia en los apartadas salones del palacio de Meudon, cultivando sus inclinaciones los mas hábiles y religiosos preceptores, que sabian inocular

en él las máximas más poderosas y convenientes; respeto á su dignidad, odio al trono y amor á sus vasallos, sobre los que algun dia habia de gobernar como señor. No parecia sino que Fenelon, despues de dos generaciones habia resucitado, para dirigir la educacion de aquel principe: el alma de este hombre habia sobrevivido y comenzaba á habitar en el cuerpo del régio discipulo. Lo que más estaba en contacto con el vicio, coronado sobre el sólio, era tal vez lo más purificado que existia en Francia, y si el siglo no hubiera seguido las mismas máximas del soberano, es decir de disolucion y de escándalo, quizá hubiese vuelto sus ojos hacia aquella parte, para consagrarle su amor y su veneracion: no era, repetimos, la época para estas consideraciones reflexivas: habia avanzado hasta un punto, en que la pureza era ridicula y en que se pagaba con el desprecio el poder y la vergüenza: finalmente; la at-

mósfera de corrupcion cubria en su estencion total, desde las gradas del dosel, hasta el humilde techado.

Casado el heredero de la corona á los veinte años de su edad con una hija de Maria Teresa de Austria, no habia influido esta circunstancia para variar en lo más mínimo, ni sus hábitos, ni sus costumbres, ni su retiro ni su soledad: así vió llegar la fecha de su advenimiento al trono. La Europa, entonces, descansaba tranquila en el hermoso sueño de la paz; y la guerra, escuela de los principes, no habia desplegado practicamente para el jóven monarca, todas esas distintas faces, todas esas alternativas de glorias y de peligros de ardor y de valentia en que se aprende el verdadero modo de mandar y de conocer el corazon de los hombres; así que Luis XVI, aparte del prestigio de su nacimiento, no tenia ningun otro á los ojos de sus vasallos, que algun tiempo le consagraron su estimacion pero jamás el favor. Integro, instruido y que-

riendo el bien para sus súbditos, buscó à Turgot y descansò en su probidad y rectitud: conocia era llegado el tiempo de las reformas, pero faltábale cabeza para emprenderlas y coordinarlas: su alma era buena pero su pensamiento nulo, por que carecia del talento y de la decision precisas para acometer planes que habian de conmover en los principios de su egecucion. Los que lo rodeaban, eran hombres vaciados en el mismo molde, ó más claro dicho, hombres que suscitaban las cuestiones, pero que las ahogaban en su gérmen sin llegar jamás á resolverlas; agrupaban inmensidad de combustibles, prendian el fuego... pero no sabian contenerlo á su debido tiempo ni tampoco dirigirlo.... ¿qué extrañar, pues, que este fuego los abrasase un día?

De Maurepas à Turgot, de este à Calonne y de este à Necker y últimamente à Malesherbes, nunca halló el rey otra alternativa que dejar un hombre de bien por un intrigante ó un filósofo por

un banquero: la consecuencia ya se desprende por sí misma: Dios que había querido colocar y colocado sobre el suelo de la Francia tantos hombres de cuya fama está lleno el mundo, no había hecho nacer por entonces ningún hombre de gobierno. Promesas y engaños, mentiras y fingimientos era el pan cotidiano, el abecedario de aquellos políticos, que producían con su sistema las reclamaciones de la corte, el descontento de la nación y en todos la mala fé: las oscilaciones eran simultáneas y consecutivas: asamblea de los notables, estados generales, asamblea nacional, todo fracasaba en poder de aquel monarca, que guiado de los mejores intentos, de los más sanos deseos, había creado una revolución mas trascendental y horrible que la que hubiera causado sus vicios y su despotismo. Delante de Luis se alzaba ya esta revolución, grande, amenazadora, imponente... la asamblea nacional era su foco, y él no contaba ni con un solo hombre capaz de salirle al

encuentro, detenerla, destruirla y aniquilarla, porque ni aun siquiera podian comprenderla. Los hombres de fuerza en aquellos azarosos dias, preferian á ser escudos del soberano, hacerse los defensores y ministros de los poderes populares.

Mr. de Montmorein, era afecto al monarca, pero impopular á la Francia: el ministerio no tenia ni iniciativa ni resistencia: lo primero estaba en el partido jacobino, lo segundo, ó sea el poder egecutivo en los tumultos y en los motines: asi és, que el rey sin nadie que levantase su voz por su causa, sin fuerza meral ni material, sin una cabeza que pensase, yacia cargando con toda la execrable responsabilidad de la anarquia, y siendo asimismo el punto céntrico á donde se dirigian los tiros de los partidos, que, cada cual á su modo, concitaban el furor del pueblo. Mirabeau, Pétion, Robespierre, Barnave, y Lameth, destruian los cimientos del trono con sus discursos y sus oratorias desde la tribuna, y los mezquinos escritores

asalariados y venales que viven á la sombra de los partidos, publicando centenares de folletos insolentes en que se hacia aparecer al rey como un semillero de vicios estólidos, embrutecido, conspirador contra su reino y otras acusaciones semejantes, echaban por el suelo al hombre, no por el hombre, sino porque llevaba la corona: *el tirano embrutecido y embriagado que sucumbia á los caprichos y liviandades de la muger desenvuelta de la reina sin pudor*, buscando en su propia conciencia la confirmacion de tales aserciones, dormia no obstante, porque su conciencia estaba pura y nada decia que acusase al monarca de faltar á sus deberes. ¡Pobre rey, pobre hombre que no comprendia que no basta la pareza del corazon cuando las cosas decretan la ruina de una institucion, personificada en un ser! Volvia su rostro aqui y alli, demandando un consejo, una aclaracion, un medio, una esperanza, y su debilidad haciale aceptar todos los consejos, y todos eran

estéiles. Los unos le hacian ver podía acallar la tormenta popular, haciendo estas ó aquellas concesiones, y prometiéndole una popularidad que no llegaba á ecsistir; los cortesanos, de ideas mas enérgicas y violentas, le indicaban la resolucion y la energia; la reina el valor, que ella encerraba en su pecho, mas que no podia trasmitir á su esposo; los intrigantes, la corrupcion; los medrosos, la fuga..... todo era empleado, pero era tarde: el mal estaba hecho: elegir èrale necesario á Luis XVI entre la vida y el trono, pues que ambas cosas á la vez, era sueño querer conservar; y estaba escrito en el inapelable libro del destino, debia perder las dos con escándalo del mundo.

Al trasladarse por un momento el hombre que piense, á aquellos dias y á sus situaciones, y en particular á la situacion de aquel infortunado rey, será cosa muy dura considerar que el hombre que no habia delinquido, que habia sentido siempre en su pecho latir un

generoso corazón, hubiera de conformarse con la idea de perecer: la salvación era imposible; no había ningún camino. No ya mandaba en el rey el libre albedrío; la omnimoda voluntad, la entera decisión de donde emanaba en el hombre sus resoluciones para el porvenir, no: Luis XVI se hallaba en uno de aquellos momentos supremos, en que, sea cualesquiera la dirección que tomara de hallar delante su fatalismo y su desgracia. Sobre él recaían todos los odios añejos, toda la venganza contenida, todos los odios simulados que contra el trono existían: los errores de sus predecesores, sus yerros y sus vicios, se habían reunido con paciencia, para lanzarlos sobre su rostro, los agravios del pueblo, el deseo de derribar la institución monárquica, sentenciaron su cabeza, que espí por todos los fueron en los pasados siglos. Las épocas, como los dogmas y las religiones, quieren sus víctimas, que son sacrificadas para inaugurar las reformas, y estas víctimas ge-

neralmente son los que en quienes se personifica la institucion que quiere destruirse. Pues bien, Luis XVI fué una de estas víctimas, inmolada en desagravio de los vejámenes recibidos de los monarcas sus abuclos... víctima inocente, sacrificada para escarmiento de la magestad: para leccion á los soberanos.

Como generalmente acontece, habia el cielo destinado para esposa de este monarca, una muger que contrastaba enteramente y en todos los extremos con su real marido: dotada de mil bellas cualidades, y sobre todo del valor mas varonil, las desgracias de esta muger, hacen aumentar doblemente el luto que cubre las páginas del libro de la historia: era necesario que el gran drama del acoutecimiento político que hemos comenzado á narrar, fuese sellado con el infortunio de aquella reina, que ha hecho inolvidables sus virtudes y hermosura. Hija de Maria Teresa de Austria, habia visto correr sus primeros años en la corte de la monarquia de sus mayo-

res, rodeada de turbulencias y revueltas, y aun habiendo formado parte de los actores que allí figuraron cuando la emperatriz su madre, se presentó á sus leales húngaros á pedirles para sus hijos y por los que ellos juraron morir, primero que consentir en su desgracia. Maria Antonia habia nacido dotada de un corazon grande, de un alma heróica, de un ser verdaderamente régio. Llegó á Francia para unirse á Luis XVI, y Francia admiró su belleza, entonces en todo su esplendor y lozania. Era alta y delgada, pero bien contorneada: una verdadera Tirolesa. Dos hijos dió á luz sobre el trono, y estos nacieron para honrarla, porque añadian á los atractivos naturales, la magestad de su madre y el corazon de sus abuelos: no obstante, en la época á que nos referimos, de un lado las tristes escenas ocurridas en Versalles, el secreto presagio de sus próximas desdichas y sus incesantes dudas y temores, y del otro algunos quebrantos en su salud, habian hecho de

saparecer en algun tanto, el lustre de sus encantos; si bien nunca su magestad, ni la gracia de sus acciones: su alabastro cuello, tan idealmente torneado, conservaba las inflecciones que dan tanta espresion como caracterizan la bondad. En Maria Antonia se veia la muger tras de la reina y la pura esencia de ternura de aquel corazon, bajo la grandeza de su nacimiento. Sus cabellos eran largos, rubios y sedosos; su frente despejada, si bien un tanto abultada, describiendo hácia las sienes ciertas curvas, marca que revela la sensibilidad del pensamiento y el alma en las mugeres: sus ojos azules, limpios y despejados, imágen del cielo de su patria, su nariz aguileña, abierta en su base y levemente inflada, signo de esfuerzo varonil; su boca no muy pequeña, con una dentadura igual, brillante y diminuta, que se dejaban ver por entre dos labios salientes y perfilados; su rostro ovalado y fisonomía movable, llena de espresion apasionada y que añade á las

dotes concedidas por Dios, ese entusiasmo indescriptible, ese encanto comunicativo que hace sentir al que los mira y que cubre al semblante con un velo esmaltado, parecido al vapor, y que ilumina los objetos cuando sobre ellos raya la argentífera luz del astro del día: última tinta de la belleza, pero tinta que no puede ser esplejada, sino concebida y admirada: únase á todo lo dicho un alma ambiciosa de amor, una sonrisa melancólica y una inteligencia precóz, no prodigada comunmente, con algunas intimidades domésticas, y hallaremos completo el retrato de Maria Antonia reina de Francia, considerado como muger.

XIII.

Suficiente por sí sola para hacer la felicidad de un hombre, y el mejorador

no de una corte, no era bastante sin embargo para aconsejar y dirigir el ánimo de un rey sin energía, voluble y temeroso: el Estado por tanto, y mas en aquellos días, necesitaba mas: hacía-se necesario talento gubernativo, y de este don no estaba adornada la reina. Todo cuanto desde su tierna edad habia pasado ante ella, la habia hecho aprender el arte de hallar los recursos para contener á los hombres ni para sugetar las borrascas del tempestuoso mar de las pasiones: así que, fuera de su álbeo, veíale crecer, y amenazar el trono sin poder hallar un medio de recojerlo á su cauce: su misma desgracia no la habia dejado espacio para reflexionar. El cántico de las fiestas, la algazara de los placeres y del general entusiasmo que produjo su llegada á la corte de su esposo, resonaba todavía en sus oídos: habia dado fé á las públicas demostraciones de sus vasallos, y habia dormido en la mala seguridad, de que el imperio de su belleza ejerceria siempre sobre los ánimos,

la misma fuerza, la misma soberanía, Oía los primeros alaridos que se levantaban en rededor de su sòlio y los oía impassible sin asustarse ni temer: veía levantarse en el horizonte nubes oscuras y amenazadoras, y reía de su densidad porque las conceptuaba evaporarse al primer soplo del màs debilitado viento: ¡cuánto se engañaba! El pueblo en quien confiaba, y la corte en quien se creía apoyada, eran, el primero hòstil, y la segunda ecsigente. Arrastrada por un solo pensamiento, que era la salvacion de su esposo, prestábase à ser el instrumento egecutivo de las intrigas y planes de los nobles, favoreciendo primero y combatiendo despues en el ánimo del soberano, cuantos pensamientos de reformas se suscitaban y que eran encaminadas à evitar ó alargar la crisis: la parcialidad era su táctica, y su sistema el dar oido à todos, aunque fuesen en contradas sus ideas, siempre que se le hablase en nombre de la salvacion de rey. Más que otros muchos de los mag-

nates que la rodeaban, logró su confianza el conde de Artois, joven de elevadas maneras, de caballerescos modales y príncipe de buena sangre, invocaba en su espada, contaba con la nobleza, reía de la situación, mofaba de cuanto se hablaba en contacto con revoluciones y escitaciones políticas, intrigando en contra de los ministros, y desbaratando en más de una ocasión, las transacciones que aquellos en nombre de la corona, habían entablado con los que podían sugetar el carro de la desgracia. María Antonia, adulada por este caballero y otros, durante el transcurso del día alcanzaba de su esposo, que por la noche desbaratase y retractara lo que por la mañana había dicho, prometido y hecho, dejándose ver en todas las determinaciones y accidentes de la situación, la influencia de la reina, mal aconsejada y peor dirigida por la ignorancia ó la mala fé de sus cortesanos. Dentro de sus salones reuniase la nobleza, y allí se conspiraba contra la nación, se fragua-

ban planes, se hablaba de yugos, de esacciones, de nuevas medidas para avasallar al pueblo, que, entretanto lo veia, lo deploraba y lo sufría: pero este sufrimiento debía degenerar en otra cosa; en aborrecimiento hacia la persona bajo de cuyo amparo y presidencia tenían lugar semejantes reuniones: el pueblo aborreció de muerte à Maria Antonia, y su nombre fuè la fantasma de la contrarrevolucion: este aborrecimiento no podia ser estéril, y así produjo su fruto, sucediendo que, arrastrados los hombres por sus pasiones, la reina era insultada en inmensidad de papeles que pululaban contra ella, y en los cuales no perdonando su honra, pintábanla como una muger perdida, foco de liviandades, de impudèz, de sensualidad, de escándalo, de relajacion y de miseria: tal vez la reina en algun dia de su vida, pudo dar entrada en su corazon, alguna de aquellas emociones de ternura de que no se halla libre el trono: lo mismo que la cabaña, pero misteriosa

SI

y mienten, los que-llevadōs no mās que de la apariencia de su carácter dulce, tierno y abandonado, la hacen descender hasta el ridículo. Sus sentimientos de pasión si ecsistieron, fueron tan secretos y quizás tan inocentes, que jamás pudieron señalarse como escándalos denigrantes y asquerosos. La historia tambien tiene su velo de honestidad, y no seremos nosotros los que intentaremos separarlo, para profundizar ni descender á las inmundas pequeñeces de que el odio de los pueblos se vale, para añadir á su propio encono nuevos combustibles que haga acrecer la llama, pero que á veces degradan la santidad de un principio; la legitimidad de un derecho, la justicia de una causa.

XIV.

Amanecieron los días 5 y 6 de Octubre, y estos dos días fueron el desengaño de un error para la pobre reina: el aborrecimiento de su pueblo se ostentó tanto, que no pudo haberle ya el mas leve átomo de duda: la venganza fué decretada y con resolucion firme fué emprendida: empezó la emigracion, y á cada ciudadano que se espatriaba, un nuevo placer para satisfacer el pensamiento vengativo: triste espectáculo por cierto, desgracia inaudita cuando los pueblos y los reyes emprenden semejante camino que siempre guia ó à la esclavitud del primero ó al cadalso del segundo. Todos los amigos de la reina estaban en Coblenza, sabiase que ecsistia complicidad positiva, y propagóse esta nueva con la de que se estaba organizando un comité austria-


co para conspirar contra la nacion: las acusaciones ya fueron hechas á veces por las calles de París, y la cabeza de la reina pedida con repetidos y furibundos gritos. Cuando el pueblo se levanta, necesita un objeto en quien ensañar su encono..... la reina fué escogida, y hé aqui como una muger, solamente una muger, fué la enemiga de toda una nacion. La altivéz de esta muger, desdeñó el desbaratar aquellas ideas, no quiso allanarse á satisfacer á los tumultuosos, se aferró más y más en su resentimiento, y vióse obligada, para huir de los escarnios del pueblo, á encerrarse en las mas apartadas habitaciones del palacio de las Tullerías, llena de congoja y sobresalto al mas leve rumor, á la mas insignificante noticia. Tristes sus dias, tristes sus noches, siendo cada hora un tormento, cada accidente un padecer, vivió dos años, sin interrumpir sus zozobras que aumentábanse con su amor por sus hijos y por su esposo á quienes ya miraba presa de la revolucion.

Su corte estaba aislada, sola, estéril, nadie comparecía ante ella, y solamente los ministros, las principales autoridades y Mr. de La Fayette, ante el cual bajaba la vista y enmudecía, eran los que llegaban hasta su persona. Cien delatores existían dentro de su mismo palacio, sus criados ejercían de tal suerte el espionaje, que era necesario guardarse mucho para no ser víctimas de la menor indiscreción ó de una palabra hablada por casualidad con alguno de los pocos verdaderos amigos que la quedaban: si estos habían de llegar hasta ella alguna vez, era de noche, en la oscuridad, por secretas escaleras y oscuros pasadizos, á través de puertas escondidas entre los tapices, y movibles por resortes desconocidos, y aun casi nadie caminaba seguro: pero estas juntas tenían mas el sello de conspiraciones que de otra cosa, y una vez efectuadas, en ellas se reincidía en el mismo objeto; la formación de nuevos planes, que alarmando y envolviendo el ánimo contradictorio de

rey, hacian que su conducta fuese la del aturdimiento de una muger en la última y mas apurada situacion.

Las determinaciones sucesivas y contradictorias que se tomaban por el rey aconsejadas por la reina, acrecieron los compromisos: ya la decision de resistir con la fuerza, ya el pensamiento de corromper á la asamblea, ya el cálculo de concretarse á una estricta observancia de la Constitucion, ya el hacer alarde de la dignidad real, el arrepentimiento, el terror, la debilidad, la huida... toda esta escala de maniobras ponian en juego y se recorria tan ligeramente, que lo acordado por la mañana, era nulo por la tarde, amaneciendo luego otro dia de nuevas indecisiones y de nuevas y vergonzosas dudas. El espíritu de la muger, heróico en sus sacrificios, és escaso en imperturbabilidad y constancia, tan preciso para cualquiera plan político, porque la política de las mugeres está en su corazon y no en su cabeza: las que deben al destino nacer para ocupar un tro-

no, tienen la virtud del denuedo, en la generalidad entiéndase; pero esta virtud y nada mas: son héroes, sí, pero jamás hombres de estado: Maria Antonia es un ejemplo de ello y su carácter, tal como se esplica, causó al rey infinitos sinsabores, aumentando sus padeceres: tenia mucha más energia que su esposo, más alma, más decision; pero ahogaba estos buenos instintos con su veleidad é inconstancia en materias de gobierno: así que aquella misma superioridad que Luis XVI hallaba en su muger, solo produjo su ruina, porque ciegamente se abandonaba á sus encontrados pareceres: la reina fué para él, á la vez que sus encantos en medio de sus desgracias, el principal motivo de su perdicion, de sus desventuras y de su muerte: ella condujole por la mano hasta las gradas del cadalso en donde á la vez ocupó su puesto pereciendo á su lado bajo el peso de la cuchilla revolucionaria.



XV.

La derecha de la asamblea nacional estaba compuesta de hombres contrarios à toda idea de innovacion: la nobleza y el alto clero, aun cuando debe confesarse que no todos lo eran en el mismo grado, ni bajo igual punto de vista. Las sediciones al nacer, son en su cuna miserables é insignificantes; las revoluciones son gigantescas y formidables; por que las sediciones son las iras del pueblo y no otra cosa, y las revoluciones son la obra de las ideas que se regeneran, de la ilustracion que abre un camino y de las épocas que piden reformas. Las ideas son concebidas en la mente sana que piensa lo que puede ser útil, crecen y toman cuerpo, se comunican y estienden, y hé aquí que Dios es el autor de los resultados que dan

de sí, por que Dios ha dado luz al entendimiento y razon al pensamiento: la revolucion francesa nació y creció en los hombres de cabeza, de razon y de fortuna, y vió su primera luz en los dorados salones de la aristocracia: desgraciadamente descendió hasta el pueblo el pensamiento aislado y no bien desenvuelto todavia para que pudiera comprenderlo, y lo que pudo apellidarse generoso, fué preciso calificarlo de arma innoble y oscura contra la nobleza, el sòlio de los reyes y la religión del Crucificado. Lo que pudo apellidarse filosofia en la boca de algunos, fué preciso calificarlo, en los lãbios de la plebe, motin, escision, desórden, escándalos. Apesar de todo: las primeras familias de Francia, dieron predicadores á la revolucion, y los estados generales, antigua institucion antiguo teatro que presenció los triunfos de los predecesores de la nobleza moderna, sirvieron como de espejo de reflexion para los que ansiaban tambien la gloria adquirida en la tri-

hana: no les detuvo, para conseguir su objeto, que era preciso en aquellas circunstancias adherirse á un partido y á una clase, y á unos intereses y á unas tendencias notoriamente en contradicción con los intereses y las tendencias de la nobleza: repelieron este escúpulo y decidieronse á militar bajo una bandera que podia proporcionarles lo que codiciaban: gloria. Harto cara pagaron su exaltacion irreflexiva. Los Montmorency, los Noailles, los Clermont-Tonnerre, los La-Rochefoucauld, los Virieu, los Lally-Tolendal, los Lauzun, los Montesquieu los D' Aiguillon, Los Lameth, los Mirabeau, el duque de Orleans primer principe de la sangre, el conde de Provenza, hermano del monarca y más tarde monarca de Francia bajo el nombre de Luis XVIII, y otros muchos que no pudieramos enumerar, impelieron en las innovaciones y llevaronlas hasta un punto que llegó su día en que tan atrevido vuelo los arrastró, intentando tarde desprenderse de la argolla con que á

la revolucion se habian unido: la reputacion, la gloria, popularidad adquirida con tan poco trabajo, se derribó como un palacio sin cimientos, y aquellos apóstoles de las doctrinas nuevas, aquellos teóricos de la obra que germinaron, arrebatados por la corriente de las cosas y las circunstancias, abandonaron sus puestos y refugiaronse ya á los pies del trono, ya en lejanos paises, para evitar las consecuencias de un mal á que habian dado entrada en el interior de ellos mismos: estas fueron las consecuencias de las jornadas del 5 y 6 de octubre. Algunos, firmes en el lugar que ocupaban, combatieron pero sin resultado, afanándose por sostener el poder monarquico que se huadia y que entregado en manos del pueblo, era un recuerdo lleno de befa y de escarnio: estos últimos perdieron el áura popular que los adormecia, por que abandonando lo que habian defendido, volvieron la cara para defenderse asi mismos, defendiendo al rey y á la nobleza. Entre

ellos se encontraban Cazalés y el abate Maury, Malhouet y Clermont-Tonnerre, oradores de nota en aquel partido agonizante.

Malhouet y Clermont-Tonnerre, eran, más que oradores, hombres de estado, y como tales, sus discursos estaban nutridos de reflexiones profundas, que hablaban claro á la razon. Pedian, abogaban por un justo medio tan difícil entre la libertad y el trono, poniendo por tipo de semejante sistema el equilibrio guardado en Inglaterra, entre el soberano y las cámaras. Oídos con respeto y atención por los moderados de ambos partidos, y siendo estas ideas ni bien populares y anárquicas, ni bien monárquicas absolutas, no escitaban ni aborrecimiento ni amor; ni ira ni templanza: pero si dentro de la asamblea nacional eran escuchados, yá por sus miembros, yá por los oyentes de las tribunas públicas, no así lo eran por los acontecimientos, que apartandose de ellos, daban resultados más absolutos cada dia.

Maury, y Cazalés eran las dos palancas del lado derecho, no eran tan filósofos y de diversa naturaleza, pero iguales en fuerza oratoria à los primeros. Maury era el representante del clero á cuya clase pertenecía, y Cazalés lo era de la nobleza, de quien formaba parte: Maury, adiestrado de mucho tiempo atrás en las polémicas sagradas, habia enriquecido su elocuencia en la cátedra y ahora la empleaba en la tribuna, oriundo de una de las clases mas abyectas del pueblo, únicamente su ropa era perteneciente al pasado régimen, y atrincherado en su talento y en su lógica era el campeón de la religión y del sòlio, mirando estas dos palabras como un testo cualquiera que se hubiese propuesto deslindar, comentar, analizar y defender: sus convicciones no eran de su corazón, sino de su profesion, aun cuando de naturaleza tal, que otras cualquiera tambien se le hubieran amoldado con igual facilidad: mas de un modo ò del otro, és evidente que lidiaba con denuedo y

sostenia con dignidad aquello que en su situación se había propuesto defender. Muy acostumbrado à graves y profundos estudios y dotado de una locución rica en afluencia, viva y animada, sus discursos eran tratados claros y explícitos sobre las materias à que se contraían: único antagonista de Mirabeau, faltábale no más para igualarse à su rival, que su causa hubiese sido más nacional y menos perecedera; pero el sofisma de los excesos y de los abusos, no podía haber empleado mejores razones, para persuadir de las ventajas del régimen añejo, que las que aducía Maury al hablar en la tribuna. Sus argumentos iban preñados de citas históricas y sagradas y la arrogancia de su carácter suministraban à su entendimiento palabras tan llenas de vida, imágenes tan brillantes, que aun saliendo vencido, quedaba coronado: su hermosa figura, su sonora y agradable voz, su acción llena de magestad y sobre todo su serenidad y la sonrisa con que

parecia mofarse del auditorio que lo escuchaba en silencio, producian muy frecuentemente arrebatos en los espectadores, que aplaudian con entusiasmo, contándose en este número, hasta sus propios enemigos. El pueblo, que se conceptuaba señor, que no se asustaba de aquel alarde de fuerzas, gozaba tambien en presencia de aquel poder importante, mirando à Maury como al gladiador à quien se anhela ver entrar en la lucha y resistir á la pujanza del leon, por màs que no se ignore que ha de sucumbir al cabo en la lucha misma. Un mal apesar de todo esto combatia en contra de Maury: la autorizacion de la palabra: és decir; que ni su nacimiento, ni su fé, ni sus costumbres, estaban de acuerdo con sus discursos, y de aqui el poco respeto de sus oyentes, que no miraban en él sino al actor en vez del hombre; al abogado en la causa por que habia una distancia colosal entre el orador en sí, y las palabras que pronunciaba. No perteneciendo á la

clase que pertenecía, no obligado á llevar el hábito que formaba su traje, es seguro que hubiese aceptado con gusto un lugar entre los innovadores y en él hubiera lidiado con la misma arrogancia y entereza: por esto digo más arriba que sus convicciones no eran del corazón, sino de su profesion: hombres como el que acabo de diseñar, oradores de este jaez, dan ornamento á un partido, sea el que sea y en cualquiera situación; pero no lo salvan jamás, por que no pueden salvarlo: por que carecen de fuerza moral y la material de su erudicion, és impotente para conseguir el objeto.

XVI.

Cazalés, el otro hombre que hemos citado, era de esos seres, que ni aun

ellos mismos han comprendido su valor moral, no obstante de sus años, y de la experiencia. Uno de esos seres, repito, que atravesando su vida constituidos en la obligacion que se han impuesto, no alambicado su talento ni sus alcances y que viven y mueren sin dejar en pos de si rastro ni recuerdo, si una circunstancia escepcional y puramente de casualidad, no los pone en el compromiso de hacer alarde de sus fuerzas, reuniéndolas y poniéndolas en accion. Oficial del ejército, sin mayor gloria ni renombre pasó un día á la tribuna por un esabrupto de la suerte, y en ella comprendió que su mision era mas grande y que era orador; pero no deslindó en su alma cual era la causa que más debia defender, si esta estaba de acuerdo con la justicia, con la legitimidad y la obligacion del patricio: dentro de él no ecsistia mas creencia, deber ni justicia, que la justicia, el deber y la creencia de la legitimidad del trono, como realista; de los derechos de la nobleza

como noble, y como vasallo, las prerrogativas del monarca: los hábitos del servicio militar, las obligaciones impuestas por el uniforme que vestía, formaban su religion y sus convicciones; fuera de esto no habia nada. Necesario era que un hombre de semejante jaez, elevase dentro del recinto de la asamblea su voz para sellar con sus palabras las virtudes inherente à su carácter: necesario era que la palabra fuera considerada por el como una espada nueva que con lealtad caballeresca podia dedicar y dedicarlo á la causa de la monarquia. Era indolente y tambien falto de instruccion, pero en trueque contaba con una vivacidad admirable é hija de su buen sentido, no siendo sus creencias monárquicas, los errores de lo pasado, sino que se allanaba á admitir para el futuro las reformas acequibles de efectuarse, siempre que estas estuviesen en armonia con la dignidad real en todo su valor y la accion del poder egecutivo.

Mirabeau y él eran dos hombres que se apartaban muy poco en el fondo de sus tendencias, de sus respectivas religiones políticas; solo que el primero buscaba la libertad, adhiriéndose al pueblo rey y el otro al hombre soberano: dividíalos la línea que media entre la aristocracia y la democracia: Mirabeau se lanzaba en medio de las masas y Cazalés no desamparaba el pedestal del trono. La elocuencia y los discursos de este tribuno, eran en perfecta armonía con la desesperada situación de la causa por que abogaba: mas que discutir, protestaba á cada paso en contra de todo, y por todo, y oponía con teráz sangre fría á los triunfos de la izquierda retos de amarga ironía y de despreciativa indignación, que causando á sus rivales asombro dejabanlo implorar y recobrirse por un momento, aunque busca tanto que lograse el menor paso de ventaja la más pequeña victoria. El trono y la nobleza de Francia se hundieron, pero se hundieron con gloria, por que Cazalés hasta en sus peñeros

desfayecentes sostuvo con enérgica elocuencia sus prerrogativas y la legalidad de sus derechos: fué, pues, un batallador heroico y tanto más cuanto que le asistia el convencimiento de que la ruina de aquellos poderes era segura é inevitable.

Más bajo, macho más bajo de estos dos hombres, solo habia un partido escacervado por la desgracia y los continuos reveses, fulto de aliento y hasta de unión al presenciar su abandono, odiado de muerte por el pueblo, deshechado por el trono, nutrido de quiméricas y disparatadas ideas, y revestido de la injuria y el desprecio general, guardando profundamente su rencor y buscando ocasiones en que satisfacer las injurias recibidas: este partido no alzaba ya su esperanza, sino con el proyecto muy puesto por desgracia en accion, de una intervencion estrangera: Luis XVI ante sus ojos era no mas que un monarca encadenado á quien no podia librar sus súbditos, sino la Europa reu-

nida: de aquí que el honor, la nobleza, la buena fé, el heroísmo y el poder para ellos estaba en Coblenza. Vencido y humillado por do quiera, careciendo de gefes capaces para hacer honrosa la retirada, sin fuerza moral contra las ideas que germinaban y que se adelantaban más y más y malamente imbuidos en que no era llegado el día de transigir, el lado derecho no podía seguir otro camino que el de la venganza y su política no era otra que imprecaciones y de-
nuestos.

Mirabeau había muerto y con él el gefe, el señor, el dueño de los ánimos y de los corazones á quienes sabia hacer sentir y palpitár el sonido de sus palabras: el lado izquierdo acababa de perder á su caudillo y la nación el hombre de estado, conciliador, animoso, de prestigio y de ciencia, quedando en su vez los hombres puramente de partido como Barnave y los dos Lameth: avergonzados estos de la superioridad de aquel, ya habían intentado en vida con-

irarrestar la supremacia de su talento, presentando para combatirla máximas y discursos esagerados. Mirabeau era el apostol... ellos consiguieron ser los facciosos de la época. Los celos llegaron á hacerles creer que á fuerza de adquirir popularidad oscurecerian la clara antorcha que derramaba tan viva y deslumbrante luz: estúpida ignorancia de las medianías que juzgan remontarse á la altura de los grandes hombres esagerando la razon y sacando de ege el raciocinio de la prudencia. Una escision de cerca de cuarenta votos, habia tenido efecto en el lado izquierdo, inspirada por los Lameth y Barnave, los cuales eran secundados fuera de la asamblea por el club de los amigos de la Constitucion, ya trocado en el de jacobinos, y estos eran los que atizaban sin descanso el fuego de las conmociones populares, el desasosiego, y el descontento calmado á cada paso por Mirabeau; que dirigia como vá dicho, en contra de ellos, la izquierda, el cen-

tro y á los hombres prudentes y de sana razon del partido del ala derecha: pero murió Mirabeau y el lugar suyo no era posible llenarlo ni habia ninguno de entre tantos que reemplazarlo pudiera.

Los Lameth, que debian á las bondades reales su educacion, su elevacion, inmensos favores y pensiones crecidas, tomando por tipo á Mirabeau respecto del pueblo, y sin tener las excusas de los agravios de aquel, para con la monarquía, ostentaban con un descaro inaudito su misma ingratitud, haciéndola aparecer como una virtud y convirtiéndola en título para grangearse el favor del pueblo. Criados en palacio, habian aprendido las artes del cortesano y sabian disimular bajo el exterior del patriotismo su desmedida ambicion: no obstante, su amor á la revolucion era franco, aunque dejase colegir que este amor proviniera por ver en esa misma revolucion el escalon de la altura que soñaban. Vencidos cien veces por Mirabeau,

ecipsados sus talentos por él y rebajados á la vista de la asamblea, no desperdiciaban una ocasion para grangearle enemigos, buscando un competidor que oponerle dotado de las mismas fuerzas y apto para lidiar y vencer: no era esto fácil, porque solo hallaban envidiosos. Mas apareció Barnave, y rodeándolo, ensalzándolo y aplaudiéndole, enaltecieron su valía, llegándole á persuadir que la política estribaba en cierto número de frases, y no otra cosa, bastando ser buen retórico para ser tambien un excelente hombre de gobierno.

Mirabeau, era harto grande para temerle, pero demasiado sensato para despreciarlo. Barnave, jóven abogado del Delfinado, habia empezado su carrera con muy buenos auspicios, mediante los conflictos del parlamento para con el trono, que tanto habian alterado su provincia, dando campo, aunque en reducido circulo, para aguzar la elocuencia de los hombres del foro. Contaba treinta años, cuando en union con Mounier, fué en-

viado á los estados generales, abandonando á muy poco á su protector y maestro, como tambien abandonó al partido monárquico para buscarse la gloria lanzándose entre los predicadores de la democracia. Una palabra mal dicha, arrancada no de su corazon, sino pronunciada maquinalmente por sus lábios, torturaba incesantemente su conciencia. Cuando el primer asesinato producido por los efectos de la revolucion en uno de sus discursos, dijo: «Pues qué, tan pura és, «señores, la sangre que corre?»— Estas palabras marcaron sobre su frente el signo de los facciosos, no siéndolo, porque Barnave no merece semejante calificación, ó á lo menos no lo era más que en aquellos momentos en que necesitaba, en que ansiaba ser aplaudido y en que, para conmover, solia mezclar alguna palabra eesaltada y en contra de su mismo corazon. Como orador, fuè estremado; como hombre, nunca. Era estudioso, pero pobre en ideas; fecundo, pero sin entusiasmo; de mediana inte-

ligencia, voluntad vária, corazón recto y buena índole. Hábil para enlazar algunas consideraciones vulgares, abundante en pomposas palabras y grave para decir-las, su talento no fué otra cosa que un arte estudiado y aprendido, por más que no faltase quien en sus días, osase compararle á Mirabeau: la superioridad que se notaba en su improvisación, era una superioridad aparente, que se desvanecía tan luego como se ecsaminase con alguna detencion: esta era una costumbre adquirida en los tribunales. Hubo, como antes queda dicho, quien lo alzó, engrandeciéndolo sin merecerlo, para compararlo en seguida con Mirabeau; pero cuando Barnave quedó reducido á su tamaño, y desnudo de las galas que le colgaron mientras fué preciso presentar un fantasma ante el hombre de aquella época, apareció pequeño y notóse la distancia que mediaba entre el gigante y el pigmeo. Barnave fué el hombre grande de un mediano partido, y el héroe de un partido envitoso, lo cual equivale á

una desgracia, ó lo és en realidad: era digno de una suerte mejor y le estaba reservada con efecto, pero aun no era llegado el día de obtenerla.

XVII.

En último término, arrinconado y oscuro, relegado á los bandos de que se ha hecho mencion, comenzaba á agitarse un hombre tan desconocido, que apenas los miembros de la asamblea y los concurrentes á las tribunas, habian podido vislumbrar sus fuerzas, sus tendencias ni pensamientos: no obstante, este hombre inquieto, en expectativa, dominado siempre por un espíritu misterioso, bullia, maquinaba y no hallaba descanso, contrarrestando á la vez á todos los partidos y hasta al mismo Mirabeau. Arrojado en cien encuentros de la tribuna, con imperturbable osadía, volvía á

aparecer en la siguiente sesion; sufriendo los sarcasmos, los murmullos de desaprobacion; la burla y el desprecio, con que al ser rechazado, era insultado por los atletas que contrabalanceaban en distintos pesos la opinion pública: cada uno de sus inconsecuos discursos era un nuevo desengaño, una nueva derrota... pero continuaba sin desmayar. Parecia que dentro de aquel hombre habia algo de sobrenatural y profético que decia á su razon cuan vanos eran todos los que lo rodeaban, y que todos habian de estrellarse ante él, porque él poseia una cosa mas fuerte que ellos; la constancia y la paciencia: escuchando solo á esta voz secreta que constituia su fuerza, cruzaba su camino sin pararse en nada, sin arredrarle nada, sin considerarlos en nada, porque todos aquellos que lo vejaban y escarnecian no eran más que figuras colocadas sobre su tablero y que él habia de mover, desunir y derribar cuando llegase el dia en que aquella revolucion que huia de él, dando inmensas

vueltas, viniese á reconcentrarse en él, poniendo en sus manos los hilos de su madeja; el eje de su rueda. Este hombre singular era Robespierre.

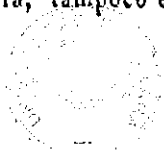
Existen misterios tan oscuros, tan impenetrables arcanos, que nadie es osado á profundizarlos, así como también existen caracteres, en los cuales nadie se pára, nadie se detiene ni nadie analiza, porque no presentan en su faz, ninguna apariencia que obligue ni remotamente á ello. Oscuro, tétrico y terrible és el análisis de aquellos arcanos y de estos caracteres, y pesada obligación haber de desenvolverlos: mas la historia, que con su imparcial razón y con la experiencia del tiempo, no debe pararse en los horrores ni en la oscuridad de las cosas, está forzada á poner de manifiesto con amplitud para hacerlo comprender, aquello que ha de relatar.

Maximiliano Robespierre era natural de Arras, é hijo de padres pobres, si bien dignos de respeto por su honradéz y virtudes: siendo estos de origen inglés y

corriendo por sus venas la sangre mas puritana, desde que vió la primera luz, nutrióse por decirlo así, con las ideas de sus mayores, las mismas que han de verse desarrolladas en el transcurso de esta historia. Huérfano desde pequeño, pues que el autor de sus días habia muerto en Alemania, debió á la piedad del Obispo de Arras, su educacion y estudios, en los cuales sobresalia, tanto como por su aficion al estudio y las costumbres austeras que profesaba; sus constantes ocupaciones eran la abogacia y la literatura: habia hecho en la imaginacion del jóven Macsimiliano, tal y tan profunda huella la filosofia de Juan Jacobo Rousseau, que animando su voluntad, dió frutos ópimos y saludables, siendo para él un dogma, un fanatismo, un culto casi religioso las máximas de aquel gran hombre: sabido és que en el alma enérgica de un sectario, cualquiera conviccion profunda se trueca en secta. Robespierre, pues, era el Lutero de la política: desde su oscuridad y abyeccion,

dentro de su cabeza y en su corazón, alimentaba el pensamiento de la regeneración del mundo social y religioso, como una ilusión dorada aparecida en un sueño: pero aquel pensamiento era estéril, pobre, oscuro, porque le faltaban los medios para alzarse hasta la altura necesaria desde donde pudiera ser oído y sus deseos puestos en acción: sepultados enteramente hubiérase quedado en él aquellos ambiciosos proyectos, sino hubiese aparecido de pronto en el horizonte político, el huracan revolucionario: una revolución érale necesaria á Robespierre para comenzar su obra, y la revolución venia á franquearle la primera puerta, que él no dejó de aprovechar, pasando desde su provincia y como diputado del estado llano en los generales, á los salones en donde se iban á reunir tantos hombres, de tantas ideas y de tanta ambición. El pensamiento de todo un pueblo, lo mismo que el alma que nos dà la vida, y cuyo asiento en el cuerpo humano desconocen los filóso-

fos, existe á veces en un solo individuo, quizá el más pequeño de la inmensa muchedumbre; quizá el más oscuro y de menos apariencias: hé aqui porque ningun hombre debe ser mirado con desprecio, porque el destino no vá impreso sobre la frente, sino en el alma. Ni en su nacimiento, ni en sus luces, ni en su figura, presentaba Robespierre algo que pudiera llamar la atención del observador que pretendiese buscar en él algunos rasgos que lo guiasen á profundizar el desenlace de la vida de aquel hombre: su talento, reducido al círculo de un tribunal, y experimentado no más que en las academias de su provincia, no servía tampoco para más, y en vano habia sido colocado su nombre en las colecciones literarias de entonces y al pié de algunos discursos, llenos de una filosofía sin fuerza y casi pastoral, y en algunas pobres poesías llenas de defectos: era pues, menos que conocido; era un hombre oscuro de quien nadie hacia caso. Su figura, tampoco era



de aquellas que revelan al hombre pensador, que hace esperar, que prometen..... nada habia en aquel rostro, nada en la construccion de aquella cabeza, nada en fin, en toda su persona: los signos materiales no estaban grabados sobre aquella frente, por que por una excepcion providencial, todo su poder existia interior: en su alma, en su corazon y en su cerebro: era, para decirlo de una vez, Macsimiliano Robespierre, la última palabra de la revolucion; pero nadie podia leerla, por que estaba escrita con caracteres desconocidos.

Robespierre, era pequeño de estatura, delgado y anguloso de miembros; su modo de andar tardo y con trabajo; sus actitudes violentas: sus ademanes sin concierto ni expresion; su voz un tanto áspera y de mal sonido, buscaba sin cesar inflecciones oratorias, no hallando más que sonidos monótonos; su frente agraciada, mas excesivamente pequeña y abultada por encima de las

sienes, como si el peso de sus constantes cavilaciones la hubiesen hecho más diáfana con la constancia de superiores esfuerzos; sus ojos, cargados de gruesas y largas pestañas, casi se ocultaban en la profundidad de las cavidades de sus órbitas, dejando no más entrever un azulado agradable pero vago, oscilante oscuros, como la reverberación del sol sobre la hoja de acero; su nariz pequeña y recta, experimentaba una gran tensión, levantándose hacia arriba y permaneciendo abierta; su boca era profusamente grande y cerrábala dos labios finos y contraídos agriamente en sus extremos; su barba corta y aguzada; su color amarillento, y de un lívido oscuro muy parecido al de un enfermo ó al de un hombre en quien los padecimientos materiales han consumido sus fuerzas, desgastadas por los ayunos y la miseria. La expresión de su fisonomía en los momentos de quietud é inestabilidad, era serena é indiferente, pero mez-

clada á cierta gravedad à que daba más realce una sonrisa de magestad, sarcasmo y desprecio. A veces parecía en su rostro alguna señal de dulzura, pero siniestra, dominando en todo él, la prodigiosa é incesante tension de la frente, los ojos, la boca, y todos los músculos. No era menester afanarse demasiado para leer sobre su frente el pensamiento que agitaba su espíritu y que lo encaminaba; apartando todo otro objeto, al primordial y de más poder: objeto por el cual, sacrificaba sus días, sus noches, su descanso y sus goces; pero hasta tal punto que no desperdiciaba ni un solo segundo, mandando sobre toda otra cualquiera pasión, la voluntad de su carácter, previendo antes los sucesos del porvenir, con tal acierto, como si lo mirase á través de un cristal de aumento, en el inmenso libro de los destinos de los hombres y las naciones.

He aquí, tal en su esencia y en presencia, el pequeño eoano que había de convertirse en colosal gigante; el des-

preciable abogado, oscuro y pobre, que habia de eclipsar bajo su astro, astros refulgentes de luz y claridad que deslumbraban al mundo; tal el hombre que debia absorber á sus dueños, á los que pasaban por su alrededor sin mirarlo siquiera, haciendolos sus victimas, despues de haberse servido de ellos como de instrumentos, como de escalones para llegar á la altura. No habia partido para él, por que no se adheria á ninguno, caminando á la vez con todos, defendiendo hoy al que combatia ayer, cuando el obrar asi le franqueaba avanzar un paso por su árido terreno: en esto residia uno de los principales emolumentos de su fuerza, por que los partidos hallaban á veces obstáculos que les interceptaban, y él no los hallaba nunca, siguiendo siempre adelante. Su idealismo atravesado siempre ante cada movimiento revolucionario, era el punto céntrico á que iba recto, seguido de los que querian alcanzarle; llegaba á él y continuaba más allá acompañado de otros

hombres, sin estraviarse, tambaleando sí, pero sin retroceder nunca: los hombres nada eran para él: las cosas eran su todo. Diezmada, amenguada, casi absorbida la revolución, había de llegar un día en que se redujese á la más mínima expresión, y esta quería ser él, pues para conseguirlo habíala abrazado sin reserva, sin restricciones de ningún género: con todos sus principios, horrores, pensamientos, pasiones y demasías, y abrazándola de este modo era necesario fuese suya en su tiempo: quizá quedábale mucho que batallar, mucho que dejar á un lado, mucho que sufrir, mucho que esperar.... pero él tenía fuerza y sobrada paciencia para no desmayar, y por mucho que tardase, el fruto de sus afanes debía ser recojido, y lo fué, si bien es cierto, que se hizo esperar, hasta llegar á su sazón y madurez.

XVIII.

Robespierre, el mismo Robespierre que mas de una vez y en union con Duport, Barnavé y los Lameth, habia luchado con Mirabeau, tan luego como llegó á conocer que aquellos dominaban en la asamblea, abandonólos de todo punto, uniéndose á Pethion y á otros hombres oscuros y pequeños, formando con ellos un pequeño grupo de oposicion, radicalmente democrática, que daba aliento á los jacobinos de la parte exterior, y atacaban hostilmente á Barnave y Lameth, siempre que intentaban fijarse. Robespierre y Pethion dentro de la asamblea, y Danton y Brissot en el club jacobino eran los verdaderos gérmenes del partido moderno que aceleraba ostensiblemente el movimiento, para trocarlo en convulsiones y catástrofes.

Pethion, era comparativamente un Lafayette del pueblo, que trabajaba sin descanso por adquirirse popularidad, la que alcanzó por fin aun antes de su cólega. Abogado oscuro é ignorante, pero lleno de probidad y que no habia tomado de la filosofia más que los sofismas del *Contrato Social*, jóven, no mal parecido, de arrogante presencia y patriota desinteresado, estaba destinado á ser uno de aquellos seres que nacen para ser ídolos, pero ídolos sin carácter, complacientes hasta la humillacion y pobres de espíritu en esencia, por lo que el pueblo mirábase como un instrumento dispuesto á cortar por donde se le dirigiese: su crédito, así en las calles como dentro del club de los jacobinos, le daba cierta autoridad en la asamblea, escuchándosele por estas circunstancias como el eco de los deseos y voluntades del pueblo. Robespierre aparentábase como respeto, si bien como decimes no hacia más que aparentar.

XIX.

Dióse por fin complemento á la obra de la Constitución, quedando por ella el poder real tan reducido, que era no más que una sombra, un espectro, un resto de su antiguo esplendor; el soberano, según el espíritu de aquel código, no era otra cosa que la mano que ejecutaba; el poder nacional, la mano que dirigía: los ministros de la corona, los rehenes del monarca, en poder de la asamblea. Aun no estaba terminada la Constitución, y ya sus innumerables defectos saltaban á la vista. Discutida, votada y aprobada en medio de las acaloradas reencillas de los ensangrentados ólios, era tan solo el espíritu vengativo del pueblo contra la dignidad monárquica, puesto que el trono quedaba para ocupar el lugar de un poder único

fácil de establecerse en cualquiera parte y que no se atrevían aun á nombrar. El pueblo y los partidos temblaban á la idea de realzar al trono, por temor de tropezar en un abismo, en donde se sepultára la nacion, conformándose y aviniéndose á respetarle, aunque no más que esteriormente, despojándolo, escarneciéndolo y deteriorándolo con ultrages crecientes, en la persona del desgraciado rey á quien tenían encadenado. El desenlace de aquellas circunstancias presagiaba ser triste, muy triste, porque debía ser una desgracia: el ejército, careciendo de disciplina, añadía un incentivo más á la fermentación popular, y abandonado por sus oficiales, que se desterraban en masa voluntariamente, era dirigido por los sargentos quienes enseñaban públicamente á sus soldados las máximas democráticas: afiliados en los clubs jacobinos, de estos recibían las órdenes, de estos las instrucciones, de estos la fórmula de sus procederés, y de ellos los consejos de trocar a los cuer-

pos en sostenedores de la anarquía y en cómplices de los facciosos ó revolucionarios.

El pueblo, á quien se habia hecho casi dueño de los derechos feudales y de la nobleza, como tambien de los designios del clero, temia verse despojado de lo que poseia tan ilegítimamente, y no veia por todas partes sino conspiraciones y secretas avenencias para este objeto, las cuales procuraba destruir, cometiendo nuevos criminales atentados; desposeído de todas las virtudes necesarias para ser hombres libres, escudado con aquel improvisado régimen de libertad mal entendida, para el que no estaba preparado, se entregaba con frecuencia á toda clase de excesos y demasías. Para concluir de una vez, la Francia entera presentaba el mas espantoso cuadro de sedicion y de anarquía, repartiéndose el gobierno en tantos clubs, cuantas corporaciones municipales de alguna entidad habia en el reino.

Pero el que más imperaba, el que arras-

traba más opiniones y contaba con más prosélitos, era el de los jacobinos, centro de los mayores escándalos y demasías. No bien conmueve á una nación una voluntad fuerte y decidida, los hombres se amalgaman y, fiando el individualismo, comienzan las asociaciones, más legales é ilegales, organizándose las pasiones públicas. De este modo comenzaron las primeras asociaciones en Francia. En Versalles hubo lugar la primera, que la compusieron algunos diputados generales, y teniendo por objeto poner la libertad á salvo de las maquinaciones de la corte: fueron los creadores de ella, Sieyes, Chapelier, Barnave y Lameth. Trasladóse á Paris el club Breton en virtud de la reunion de la asamblea nacional, tomando despues de las jornadas del 5 y 6 de Octubre, otro nombre mas importante y enérgico: llámose *Sociedad de los amigos de la Constitucion*: tambien fijó su residencia en el convento de los Dominicos de San Honorato, muy prócsimo del Picadero,

en donde estaba situado el local de la asamblea nacional. Los creadores de esta sociedad, abrieron sus puertas en un principio, no más que á los periodistas y á los puramente llamados hombres de revolucion, mas poco á poco fueron estendiéndose, hasta generalizar á todos los ciudadanos el derecho de pertenecer á aquella reunion. No era necesario para la admision de un nuevo individuo, otra circunstancia que la de ser presentado y recomendado por dos afiliados existentes, y la autenticidad discutida de la buena moralidad del aspirante: por lo demás, el público era admitido á las sesiones, mediante una contraseña de entrada que inspeccionaban los denominados censores. Pero no se crea que estas reuniones carecian de formalidades y preceptos: estaban sujetas á un reglamento, existia una secretaria, habia un presidente, correspondencia, secretarios, orden del dia, oradores, tribunas, en fin, todo lo necesario y establecido en una asamblea deliberante: era una asamblea de

pueblo sin eleccion ni responsabilidad, pero con el carácter de poder y de mando. Las pasiones de sus individuos constituian la fuerza, y sinó formaba leyes, formaba la opinion.

Comunmente las sesiones tenian lugar por la noche, y esto con el objeto de que las clases trabajadoras pudiesen asistir á ellas y los negocios que alli se ventilaban eran, poner en tela de discusion los acuerdos de la asamblea nacional, los accidentes ocurridos y en contacto con la marcha politica de las cosas, el ecsámen de cuestiones puramente sociales, y más que nada las acusaciones más vergonzosas en contra del rey, de sus ministros y de los hombres que formaban el partido del lado derecho. El ódio, era de todas las pasiones, la que más supeditaba los ánimos de los allí reunidos. El pueblo bebia en aquel manantial, el agua podrida de las venganzas y de los excesos, se le enseñaba á ser suspicaz, receloso y atrevido, deslumbrándolo fácilmente para subyugarle

después: señalábase al rey como al único autor de los males que la nación sufría; á la reina, como á la impura mujer animada de venenosas intenciones y como estrangera sanguinaria; á la corte como la sanguijuela que chupaba la sangre del artesano laborioso y trabajador. La ignorancia de los oyentes prestaba mayor audacia á los oradores, ansiando ya aquellos escuchar los nombres de los que habían de aborrecer y y más tarde esterminar: bastaba ser acusador calumnioso, para erigirse popularidad y renombre, y de aquí que tanto lo alcanzaron Barnave, los Lameth; después Danton, Mirat, Brissot, Demoulin, Camilo, Pethion y últimamente Robespierre: estos hombres no tuvieron otro talento más que el de engrandecerse con las iras del pueblo, y el de alimentar-la para conservarse grandes á la altura. Tal afición llegóse á crear por estas sesiones de los jacobinos y franciscanos, que las tribunas públicas de la asamblea nacional, llegaron á verse de-

sietas, interin que la de los jacobinos pobladas de un inmenso gentio; y la minoria formada en aquella, y vencida por superiores adversarios, recojia sus laureles entre las segundas, fulminando protestas, acusaciones inauditas, amenazas y dictorios.

Hasta Mirabeau, el grande orador, el prudente hombre de Estado, el sábio tribuno, hubo de ser víctima de las re- criminationes y ataques de Lameth, no desdeñándose de ir á escuchar por sí mismo los cargos que se le hacian, y rebajándose á contestar á ellos. Puede colegirse la fuerza, la preponderancia que habria adquirido aquella asociacion, que veia ante sus miembros para responderles y traído voluntariamente, al que sujetaba á sí los animos de toda la Francia y de los mas encarnizados hombres de partido: esto aconteció á pocos dias antes de la muerte de Mirabeau, y con motivo de la ley sobre emigraciones. Dirémoslo de una vez: los clubs, eran la fuerza esterier, en que apoyaban su po-

der los alborotadores de la asamblea, para intimidar á la representacion nacional. Esta no tenia á su lado, en su mano, en su derecho, más que las leyes... pero los clubs contaban con el pueblo, con la sedicion y hasta con las bayonetas, porque ya hemos dicho el estado lamentable é indisciplinado del ejército.

XX.

Constituida así en asociacion perenne y por todos los ámbitos de la nacion, la opinion pública daba un impulso incapaz de resistir á la revolucion que se adelantaba; no bien hecha una proposicion, cuando comunicada á todos los clubs de provincia, casi simultáneamente, era discutida, votada y puesta en accion, bastando una sola chispa para inflamar en instantes los ánimos de los más remotos afiliados, que ascendian á millo-

nes. Las sociedades mantenían correspondencias mutuamente y más en particular con la superior central ó directiva, siendo el impulso de esta tal, que día por día notábanse las consecuencias. Aquello era el símil de un gobierno ilegítimo que envolviendo entre sus hilos al legal, lo desconcertaba, lo asesinaba, lo desmoralizaba y destruía: era la lucha de la ley con la anarquía: pero la ley aparecía, muda y sin ningún valor, y la anarquía elocuente, fuerte y acatada con respeto y admiración: tracemos si posible nos és, el cuadro de aquellas sesiones borrascosas que daban por fruto la organización del clubs de los jacobinos.

Comunmente y como se ha dicho, comenzaban al ponerse el sol y á esta hora en que cada cual vá dando lugar al descanso de las fatigas del día, veíase que de todos los ángulos de la gran ciudad, multitud de ciudadanos de todas clases, condiciones y edades, acorrían casi tumultuosamente al lugar en

donde, los unos para perorar y los otros para oír, todos tenían un sitio más ó menos estrecho, según era la afluencia de espectadores. El local es prolongado, pero de informe construcción y su logreuz apenas es disipada por algunas amarillentas luces que llevan los afiliados: las paredes están desnudas; hasta sùcias si se examináu: todo el adorno de aquel lugar son unos miserables bancos de madera, y una tribuna mal sostenida sobre una mesa. En rededor de esta és donde se agrupan; para alcanzar la palabra, algunos oradores que constituyen el eco de los deseos del pueblo y que son tan queridos de este: no falta entre aquella multitud para darle más variado colorido, algun representante de las diversas clases de la sociedad: ricos, pobres, soldados, artesanos, plebe... mugeres que inspiran pasion, ternura, entusiasmo y lágrimas, donde quiera se presentan, ancianos graves por el peso de la edad que son el retrato el re-

cuerdo de lo que fué, niños que son alzados en brazos como para que mejor se infeccionen y empapen, por decirlo así, en aquella atmósfera de furor y de sangre, aprendiendo desde pequeños aquellos dogmas de destrucción y desenfreno..... Tales son los espectadores de aquellas sesiones. En medio de aquel local abovedado y turbando el silencio en que durante el día ha permanecido, se lanza toda esta masa informe que hemos descrito, con los mayores gritos, que no bien calmados, dan lugar á los discursos, interrumpidos á cada momento por los aplausos ó los rugidos producidos por las distintas sensaciones que producen en los ánimos las palabras dichas desde la tribuna: estas, las más veces son incendiarias, aunque envueltas entre ideas mágicas que hacen ecxsaltar á la muchedumbre ignorante.... el entusiasmo és general, si bien en unos és efectivo y en otros aparente.... las procesiones en que se conducian en triunfo los bustos y retra-

tos de los mas famosos republicanos, así como se entregaban á las llamas, al escarnio y á la befa, los símbolos de la aristocracia, en medio de los cantos demagógicos... tales las ocupaciones, los entretenimientos, los sucesos que tenían lugar dentro de aquel recinto, sagrado un tiempo, y tan profanado despues: estos los medios puestos en acción para mover al pueblo, sacarlo de su esfera, lanzarlo á la lucha y constituirlo en juez de sus jueces. «Las emancipaciones de
 «los pueblos son santas, son sublimes,
 «son una permision de Dios, és su obra,
 «por que Dios no es padre omnipoten-
 «te de seres esclavos, sino de hombres
 «libres..... pero la emancipación de los
 «pueblos deja de ser santa y sublime,
 «cuando para conseguirla, son los odios
 «los que imperan, la ira la que do-
 «mina, la ambicion la que dirige y la
 «ignorancia ó el embrutecimiento los que
 «egecutan: la sangre de los tiranos rie-
 «ga, fecundiza y dá vida eterna al ar-
 «bol de la libertad; muchos lo han di»

hecho y no carece este principio de un
 «fondo de legitima verdad: pero aun sien-
 «do de los tiranos esa sangre, aun sien-
 «do necesario que estos, victimas de las
 «cosas, de las épocas y de las regene-
 «raciones sociales, sucumban bajo la ma-
 «no del pueblo juez, constituyan este
 «pueblo en debida forma, no abra el
 «camino que debe conducirle à recojer
 «el efecto de sus afanes, con el filo
 «del hacha, ni con el plomo del fusil
 «empleados á discrecion; abra su cami-
 «no llevando sí la espada en la una
 «mano, pero en la otra la balanza de
 «la justicia: los tumultos, los desórde-
 «nes, el desbordamiento, los atropellos,
 «la carniceria, el ódio, la delacion, la
 «calumnias, mancillan la mejor causa, y
 «la historia, justa en sus páginas, al con-
 «signar en el libro de las naciones el
 «recuerdo de un hecho grande, en su
 «principio, se verá precisada á señalar
 «con su dedo incesorable, como ver-
 «dugos de las generaciones á los que
 «sin sus vicios, apellidaria heroes: la

«Francia del pasado siglo, salpicó con
 «sangre el camino de su regeneracion;
 «la Francia del pasado siglo, para con-
 «seguir la libertad, hundió en el sepul-
 «cro yá bajo la cuchilla de la guillo-
 «tina, ya bajo el hierro del asesino, á
 «centenares de hombres virtuosos y bue-
 «nos; la Francia del pasado siglo dan-
 «do lugar á la delación, á la calumnia
 «y á los ódios, oyendo á sus falsos y
 «sanguinarios apóstoles, ennegreció su
 «emancipacion, dejando á las venideras
 «edades, no el ejemplo de las virtudes
 «y del heroismo, sino el retrato de los
 «vicios y las crueldades más inauditas,
 «y oscureciendo á tantos hombres de
 «talento como tuvieron la desgracia de
 «nacer entonces: naciones que se eman-
 «cipan de este modo, no obedecen la
 «prescripcion del Cielo: no llevan á ca-
 «bo el deseo de Dios: no desenrollan
 «el pensamiento que envuelve la digni-
 «dad, la supremacia del verdadero hom-
 «bre libre, ni abogan por la estirpacion
 «de los tiranos: trabajan si, para alzar

«tirános nuevos, que si no se apellidan
«reyes, son dictadores; sino llevan un
«cetro llevan un látigo; si no se sien-
«tan en un trono se levantan sobre los
«hombros del pueblo, aplastando con su
«pié al que se atraviesa en su cami-
«no: cierto es tambien que estos hom-
«bres suelen caer por su propio peso
«para ser victimas de su misma obra:
«este és decreto de Dios y que no bastan á
«conjurar los hombres.» (1.)

XXI.

El clubs de los franciscanos, que so-
lia confundirse con el de los jacobinos,
sobrepujaba á este en desenfreno y es-
cándalo: eran sus principales directores

(1.) Lo marcado con comillas al márgen, no pertenece al original de Mr. de Lamartine; son reflexiones añadidas por el traductor.

Danton y Marat.

El partido constitucional moderado, tambien habia pretendido formar sus reuniones, pero no pudo llevarlo á cabo porque los partidos que están á la defensiva escasean en entusiasmo: los que por el contrario están para la ofensiva, con facilidad reúnen y congregan á las facciones: fundóse despues el clubs de los fuldenses. Las primeras reuniones de aquel primero que dejamos citado, tuvieron la suerte de ser disipadas por el pueblo á pedradas, con que destruyeron en mucha parte la fachada de la casa de Mr. Clermont-Tonnerre, en donde debia tener lugar, interin que Barnave desde la tribuna injuriaba á sus cólegas, de la misma manera y con la misma facilidad que habia reunido á los amigos de la Constitucion. Era pues, la libertad un arma parcial, que se partía sin pudor entre las manos de sus enemigos.

¿Qué reinaba, qué papel estaba reservado para el monarca, cuando tenían

lugar hechos de esta clase? Allí una asamblea que le habia arrebatado todos sus poderes egecutivos: aqui unas juntas revolucionarias que usurpaban todos los derechos de representacion. Sin fuerza en medio de aquellos dos torrentes desbordados, sufría todos los vaivenes de la lucha, siendo siempre el blanco de los tiros y el holocausto ofrecido para adquirir popularidad algunos hombres: solamente existia, como sombra del trono y del órden exterior, la guardia nacional de París; mas esta era una fuerza neutral, que recibia órdenes no más que de la pública opinion y que fluctuaba tambien entre la monarquía y los facciosos, manteniendo á duras penas el órden en las calles: era una fuerza municipal; en ningun modo el sosten de un principio político. Formada por individuos del pueblo, mal podia contrarrestar ninguna disposicion que estuviese en contradiccion con los intereses de este: véase si con razon decimos que no era ni podia ser el ejército del trono ni de la Constitu-

cion. Créose ella sola el 15 de Julio, á las puertas de las casas consistoriales, y sus individuos no reconocian mas órdenes que las de la municipalidad, la que les dió por gefe al marqués de La-Fayette, eleccion la mas á propósito para semejante encargo, porque asi conseguia el pueblo honrarlo, el tener por guia en sus iastintos, al hombre que mejor que otro alguno podia representarlo con toda fidelidad.

XXII.

El marqués de La-Fayette, era patrio y dueño además de un capital inmenso, habiendo contraido enlace con la hija del duque de Ayeu, representante de una de las primeras familias de Francia. Nació en Chavagnac, en Auvernia, el dia 6 de Setiembre de 1757: no tenia mas que diez y seis años cuando

contrajo su enlace partiendo muy poco tiempo despues, en 1777, ansioso de gloria, á conquistarse préz y un nuevo timbre glorioso que añadir á los que heredára de sus pasados. La guerra con América; aquella guerra que enalteció è immortalizó à Washington, haciendo llevar à ambos continentes la fama de sus hechos, era terreno dilatado para que el jóven aristócrata adquiriese el laurel que codiciaba, ya pelease al lado del vencedor ó yá al lado del vencido: dentro de su corazon de niño creóse una ìdea, y esta ìdea era tan grande, que asustaba á él mismo, cada vez que pesándola con detenimiento, reflexionaba en sus inmensas dificultades.

Determinado á prestar auxilios á los insurgentes, armó en secreto dos navios, pertrechándolos y abasteciéndolos de gran número de armas y municiones, y haciéndose á la vela, desembarcó en Boston.

Washington ofreciòle un recibimiento afectuoso como si el marqués hubiera

conducido un auxilio público de la Francia; pues aun cuando de Francia era, el pabellon de San Luis no ondeaba en las antenas de aquellas naves: La-Fayette y sus jóvenes guerreros, habian formado en su alma el juramento de pelear en favor de la independenciam de aquel nuevo mundo. El general americano desde luego empleó aquellas huestes que le llegaban de refuerzo en tan prolija lucha, no desperdiciando el marqués la más insignificante ocasion de hacer de un pequeño combate una batalla naval, que muy en breve diéronle una opinion aventajada y una consideracion gloriosa. Aquella guerra de independenciam, más á propósito para hacer republicanos que guerreros, y que si bien se estudia, veráse que los resultados fueron mayores que los peligros, fué la escuela en donde La-Fayette, bebió, por decirlo así, las máximas que debian formar las convicciones de su opinion para el porvenir de su vida: luchó con arder, sostúvose con herois.

mo, combatió con entusiasmo, y Washington tendió y estrechó con su mano la mano del jóven francés que se habia captado tanto su amistad y cariño: el nombre del marqués de La-Fayette, fué inscripto en el acta de ereccion de una nacion trasatlántica, por mano del que la habia hecho fuerte, independiente y feliz. Este suceso, esta nueva llegó atravesando las distancias, hasta la patria que habia visto nacer al marqués, y su gloria adquirida luchando en pró de la libertad, fué la base de una popularidad inmensa, de que gozó desde su regreso á Francia, y del fanatismo casi ébrio con que el pueblo lo admiraba y contemplaba. Adoptado por opinion, aplaudido en la ópera, coronado por las actrices, recibido con alegría y alhagadoramente por la reina, nombrado general por el rey, ciudadano por Franklin y dueño absoluto de los votos del pueblo, La-Fayette fué feliz, porque habia visto realizado su sueño. Tantas y tan extraordinarias muestras del favor

general, no obraron cambio alguno en las opiniones de La-Fayette, antes por el contrario, las arraigaron, las eternizaron, porque ya no quiso bajar de la altura á que se habia remontado. Los aplausos en sí no constituyen la gloria y algo despues mereció ésta, porque supo dar á la democracia el carácter que él habia debido á Dios: esto és, que supo inocular en el pueblo las máximas de honradéz que en su corazon habitaban.

El dia 14 de Julio fué el designado para que Le-Fayette, se elevase sobre los hombros de los habitantes de París. Mal parado con la corte, hijo de buena casa, noble por su cuna, mas noble por sus merecimientos, democrático de opinion, y circuida su frente con el laurel de sus victorias, de los triunfos adquiridos en América, reasumia todas las cualidades que podian legitimar su mando sobre un cuerpo que llevaba por nombre *Milicia Cívica*, y ser en las grandes reuniones del campo de Marte,

el general de un ejército de ciudadanos. Su gloria americana llegaba hasta París, aumentada con la distancia, que acrece y aumenta los hechos y los resultados: era él el primero en prestigio; era más, era el dueño de las voluntades. Ante su astro eclipsábanse en mucha parte los astros fulgentes de hombres muy doctos y populares, alcanzando esta desgracia hasta á Mirabeau, Necker y el duque de Orleans. La Fayette, por espacio de tres años, simbolizó á una nación entera, siendo árbitro por lo tanto de la fuerza y las opiniones de ésta: dentro de la asamblea, acompañábale la autoridad popular de su eleccion de comandante de la guardia cívica: en medio de las filas de la guardia cívica, acompañábale su concepto como representante del pueblo en la asamblea, y estos dos títulos eran su fuerza y su poder. No era como orador un grande hombre, pues sus palabras, si bien delicadas y llenas de ingenio, eran endebles y no llenas de aquella fuerza que conmueve

los ánimos y enaltece las pasiones. Versado, porque se había educado en ellos, en el lenguaje de los salones, confundía entre los rasgos de una inteligencia diplomática, las ideas del demócrata, hablando de libertad con palabras cortesanas. El acto parlamentario de La Fayette, fué su famosa declaración de los *derechos del hombre* que hizo adoptar á la asamblea nacional. Este trabajo tan útil como digno del que había peleado por la libertad de un pueblo extranjero, fué descubierto en medio de las espesuras de los poblados bosques de la América, y tenía el gran valor de presentar al hombre desnudo enteramente, en su esencia primitiva, enseñándole lo que era y lo que no era, hallando en sus propias preocupaciones el idealismo de sus deberes y de su obligación, respecto de Dios y de la sociedad. Era el grito de guerra que la naturaleza daba contra los poderes tiránicos del mundo, y que debía destruir las añejas prácticas de servidumbre y de cadenas, abrien-

do el camino á las libertades è independencia: por lo demás, este catálogo de *los derechos del hombre*, era una recopilacion de frases metafisicas, más bien que no de política pura y tan inaplicable á una sociedad envejecida, como la desnudéz del salvage á las infinitas y estensas necesidades del hombre civilizado.

La confederacion de 1790 llevó á Mr. de La-Fayette á la cúspide de su gloria, pues en ella y en aquel dia, alzóse, eclipsando al rey y á la asamblea hasta un punto el más culminante. Hallábase ante él, pendiente de su voz, de su accion, del menor de sus movimientos, á la nacion entera, armada y pensadora, y aguardando una señal, porque él era el omnipotente. Pero aquel hombre nada hizo, y su desgracia fué la de su indecision. Irresoluto en sus ideas, miró transcurrir su vida entre encontradas luchas y entre diversos pareceres: si hubiese abrazado con decision uno solo de ellos, hubiera hecho triunfar deno;

dadamente el bando á que se hubiese adherido, siendo dueño de los destinos de su país: porque sin duda alguna, La Fayette tenia en su mano así la república como la monarquía, y bastábale abrirla ó cerrarla para dar vida á una, y muerte á la otra: mas no se decidió nunca sino á abrirla á medias y no resultó sino media libertad. Enardecia los ánimos de los ciudadanos en favor de la república, y defendia á la vez la constitucion monárquica y los derechos del sólio; sus principios y sus prácticas distaban tanto como la luz de la oscuridad; era leal y aparecia tal vez traidor; y combatiendo violento por deberes sociales en pró de la corona, su alma estaba en la república: de una vez; él era á un tiempo mismo, el terror y el refugio del trono.

Una existencia, ni necesita ni puede sobrellevar más que los azares y triunfos de una causa, y ni puede dar impulso verdadero más que á una sola idea: así

el rey comõ la nacion, lo odiaban secretamente; á ambas causas servia, á ambas causas atacaba, y falleció por fin sin la satisfaccion de haber visto asegurado el trono, ni de enaltecida la república: pero si este dolor lo acompañó en la muerte, su popularidad lo acompañó, siendo reconocidas por todos sus virtudes privadas, así como una superior que fué pública, y que bastó á hacer olvidar sus errores y á hacer eterno su nombre entre los franceses: esta fué la de tener antes y despues que todos y más que todos, la conviccion, la asiduidad constante y la moderacion de la revolucion de su patria.

Hé aqui el hombre y la fuerza, sobre que se apoyaban las esperanzas del poder egecutivo, la seguridad de la capital, el trono y la ecsistencia del monarca.

XXIII.

Hé aquí detallado el estado y situación de los hombres y las cosas, la posición de los partidos y el plan de los sucesos, hasta el 1.º de Junio de 1791. De semejantes elementos había de levantarse, como se levantó al cabo, aquella renovación política, que para llegar a su término había de ir acompañada de lucha, desórden, escesos, tropelias, crímenes y asesinatos. Tales efectos nada más podían abortar aquellas causas. No existía ningún partido con razón, ninguna talento con sublimidad, ninguna alma con virtudes, y por último, ningún brazo con fuerza suficiente para oponerse al desencadenamiento de la revolución que esta-

ba encima, para cerrar el caos abierto, sacando de su fondo la justicia, la imparcialidad, la razon, la verdad y la fuerza. Las cosas no producen sino lo que esencialmente tienen en sí. El monarca francés, el desgraciado Luis XVI, era honrado, celoso y ambicionaba el bien; pero sus talentos no avanzaron á advertirle, que cuando un hombre de mando se encuentra á la cabeza de una nacion, y esta por convicciones ó por propios intereses, ó porque siguiendo la marcha de la época se levanta para destruir los pasados dogmas, léjos de presentarse para contrarrestar su voluntad, debe ponerse á la cabeza de los reformadores y coadyuvar al entronizamiento de las nuevas máximas políticas y el fruto de sus doctrinas: no comprendió que obrando de este modo, léjos de haber rodado en el general sacudimiento, hubiera reunido en sí mismo el doble poder de gefe de la nacion y de caudillo de un partido. Esa conducta moderada, intermediadora y conciliable,

quedase reservada no más que para el hombre que posee la confianza del partido que se pretende moderar: y és seguro que Enrique IV pudo conseguirla, porque la puso en práctica despues de la victoria; porque fué la consecuencia de la batalla de Ivry: en caso inverso, hubiera rodado desde su cabeza al suelo, no solo la corona de Francia, si que tambien la de Navarra.

La corte era venal, dominada por el egoismo y corrompida en su fondo, no defendiendo al rey sino por mera especulacion, por propio interès... porque defendiendo al trono defendia la continuacion de sus vanidades y de sus escándalos. El clero, esa clase sobre que tanto se fijan las miradas en general, por el cometido que desempeña, si bien cumplia religiosamente, y aun con exceso quizá, con las virtudes cristianas, no asi con las públicas que con alarde insolente ostentaban desmoralizadas é inmundas: desmembrado del cuerpo total de la nacion, formaba una nacion apar-

te dentro de la misma nacion llevando su presencia hasta crear de su ecsistencia eclesiastica una ecsistencia totalmente independiente de la monárquica, huyendo hasta el último trance de unirse á la monarquia, y haciendolo solo cuando comprendió que el mal que amenazaba, alcanzaba hasta su fortuna y posicion: comenzó entonces á hacer uso de su fuerza, escitando la fé de los pueblos con prolongados discursos, con evangélicos sermones; pero esto por amor á sus riquezas, por temor de la miseria: inútil afanar: los pueblos ya sin fé, no vió en los religiosos sino por-dioseros, ni en los obispos más que exactores. La nobleza emigraba en tur-bion, esperando la salvacion del rey á quien abandonaban, de una intervencion estrangera. El estado, vigilante perenne de su propio bico, ecsigia hasta violentamente el lugar que le correspondia y sus derechos de familias privilegiadas: su equidad y rectitud, más se aseme-jaba al odio que á la justicia. La asam-

Elle reunia dentro de si propia todos estos males que repartidos en las clases quedan citados anteriormente: Mirabeau era venal; Barnave dominado de la envidia; Robespierre fanático hasta el delirio; el club jacobino cruel; la guardia nacional egoista; La-Fayette vario y el gobierno nulo. Cada cual queria, esperaba, deseaba, contaba con la revolucion; pero cada cual contaba con la revolucion para esprimirla en su provecho: esta se hubiera defraudado, se hubiera malogrado, sin una cosa más fuerte que las voluntades humanas, más enérgica que el poder y los afanes de los hombres: la voluntad de los mismos sucesos que no obedecen á la mano que quiere dirigirlos.

Nadie hasta aquella altura podia comprender ni comprendía la revolucion, sino era Robespierre y los puramente demócratas. El monarca, creíala solamente los precedentes para algunas reformas; el duque de Orleans la contaba como el aborrido de una faccion dilatada; Mirabeau

conceptuabala como el lado político; La-Fayette como el lado constitucional; los jacobinos como el campo para sus venganzas; el pueblo como la ocasion para humillar á los poderosos; la nacion la invocaba como por patriotismo; pero el final, el desenlace, ¿quien se atrevia á adivinarlo?

Deber és repetir que por medio de tantâ confusion todo caminaba á oscuras, que no habia luz para iluminar, ni sentidos para discurrir, ni ojos para ver, pues que no existian sino en la misma revolucion; ella sí marchaba recta por su camino y su virtud, era la de conservar la idea en aquellos hombres que debian consumarla, sin pararse en las propiedades é inclinaciones de estos mismos hombres: por que todos ellos, aun los predestinados para ser sus patronos, estaban viciados, corrompidos, infestos por un pensamiento esclusivamente individual; más la idea brillaba siempre divina en su fondo, incorruptible y sublime. Los vicios, el egoismo, las venganzas, la sed de los

resentimientos no satisfechos, no podían menos de mezclar al curso de las cosas infinidad de excesos punibles, entretegiendo con los sucesos, el feo ejemplo de las perversidades y de los crímenes, que son en las pasiones de los hombres, lo que las consecuencias en los principios.

Si todos y cada uno de los pãrtidos que actuaron desde el primer dia en aquellos acontecimientos hubiese podido prescindir de sus tendencias y reecillas particulares, y se hubiese atendido á sus virtudes y no á la mezquindad de las pasiones, los desastres y el desbordamiento que se siguieron, no tiene duda que se hubieran evitado, resultando grandes, grandes bienes, asi á ellos como á la patria, en cuyo nombre trabajan. Si el soberano hubiera mostrado firmeza é inteligencia, si el clero no hubiera sido tan interesado en las cosas puramente terrestres, si la aristocraciã hubiera sido justa, si el pueblo prudente, si Mirabeau íntegro, si La-Fayette

Decidido y Robespierre humano, la revolución en su movimiento natural y magestuoso, se hubiera propagado primero á la Francia y despues á la Europa, no como el fruto de los hombres, sino como la obra de Dios, instalándose como una filosofía en los hechos, en las leyes y hasta en los cultos religiosos.

Mas no era esto lo que debia suceder, y el mas santo pensamiento, se despedaza y ensangrienta, desconociéndolo y reprobándolo hasta los mismos que lo concibieron, al tocar á la humanidad imperfecta: no obstante, ni el crimen mismo, acompañado de todos sus horrores, logra rebajar ni oscurecer la verdad; esta sobrevive siempre, se alza, se eleva y se eterniza á través de los siglos, aun por encima de la sangre derramada por sus víctimas. La mancha que oscurece á los hombres no dà sombra á las ideas, y á pesar del egoismo que las rebajan, de los amaños vergonzosos que las deshonoran y de los crímenes que

la rodean; la revolucion siempre és pura, reconocida, triunfadora y legítima; como lo ha sido, lo es y lo será en las futuras edades.

XXIII.

El fastidio habia sustituido á la animacion y al movimiento, dentro de la asamblea nacional, en los dos años que contaba de vida: su marcha legislativa era floja y ténue, pues desde que no habia tenido yá que destruir, no sabia en qué entretenerse. Los jacobinos la hacian sombra; su popularidad se estinguia, su crédito se evaporaba, los periódicos humillabanla diariamente, los clubs la escarnecian, y hacha sin corte de las victorias del pueblo, compren-

dia muy bien que el mismo pueblo iba á desbaratarla, sino se extinguia por sí propia. Sus sesiones, antes bulliciosas y de interés, carecian de ambas cosas y veíasele próxima à concluir la Constitución, como por una ley obligatoria, más con falta de voluntad, porque estaba cansada de aquel trabajo, no realizado por completo aun. Negaba la subsistencia de lo que apellidaba imperecedero, y sus oradores, que habian conmovido la Francia entera, ó habian sucumbido á la seguridad de la parca, ó habian quedado mudos por la indiferencia que les dominaba: hasta Maury, Cazalés y Clermont-Tonnerre, reconociendo que no podian alcanzar la victoria en una causa en que habían quedado con gloria, callaban uno tras otro dia: solo alguna vez solia interrumpirse aquella usual monotonía con algunos rayos de cólera, producto de los partidos: sirva de ejemplo la disputa habida el 10 de Junio entre Cazalés y Robespierre, á propósito del licenciamiento de los oficiales del ejército.

«¿A qué, exclamaba violentamente
 »Robespierre desde la tribuna, á qué nos
 »proponen los comités que demos fé y
 »creencia á los sagrados juramentos de
 »los oficiales del ejército para defender
 »la Constitucion, si ellos la detestan y
 »desacreditan? Invocan el honor y lo des-
 »conocen: ostentan honor y no cum-
 »plen con sus leyes. ¿De qué honor ha-
 »blan? ¿Qué honor és el que no se fun-
 »da sobre el bien de su pais y sobre
 »la virtud del patricio? Yo por mi par-
 »te, señores, no creo en semejante ho-
 »nor, y és más, que la tal palabra suena-
 »en mis oidos como un eco sordo que nada
 »significa.»

No podia Cazalés, que era oficial, tolerar mudamente esta acriminacion; levantóse lleno de indignacion y dirigiéndose á Robespierre dijo. «Pues yo declaro
 »que no puedo escuchar tranquilamente
 »al orador, porque son calumnias las
 »que acaba de formular.»—A estas razones toda la izquierda se conmueve y agitados murmullos responden á las úl-

timas frases vertidas, las voces de los partidarios de la revolucion sobresalen llamando:—«Al orden.»—Y Cazalés en creciente entusiasmo redobla sus esfuerzos para hacerse entender. «Pues qué, »continúa, no és bastante que haya con- »tenido mi indignacion al escuchar la acu- »sacion hecha contra dos mil ciudadanos, »modelos siempre, en medio de todos los »nazares de las crisis que de algun tiem- »po á esta parte se suceden, de la mas »heróica paciencia? del mas apurado su- »frimiento? Pero como amante que soy »de la libertad absoluta de pareceres y »opiniones, he oido, al preopinanté es- »playar las suyas acerca de la cuestion »suscitada: mudo hubiera seguido sino hu- »biera abusado tan descaradamente de esa »misma libertad, para amancillar una cla- »se tan leal como distinguida: ha des- »cendido hasta el terreno de los ódios, »y debo responder, como lo he hecho, »caracterizando de calumnias las palabras »que vulneran á los oficiales del ejército: »no añadiré más tampoco, porque tan

»mezquina acusacion solo merecerà en adelante mi desprecio. De pensar és, señores, con calma y maduréz la decision de este asunto; porque si se admite el licenciamiento de los oficiales, ¿quién podrá responder de los desórdenes que se seguiràn, entregadas las fronteras á los escesos y saqueos de una soldadesca desmoralizada?...—Quién será tan capáz que asegure no aprovechará el enemigo esta situacion para entrar por nuestra tierra causando robos, destrucciones y muerte?... Esto, esto és lo que se debe tener presente para la postrera decision.»

Estas últimas razones fueron como el eco postrero del moribundo, que espira en medio de los mares: és decir que las lleva el viento, perdiéndose en el espacio: el proyecto de la comision fué aprobado.

Abrióse campo á la discusion sobre la estincion de la última pena, y este campo fue tan dilatado particularmente para Adriano Dupont, que en él halló

logar para inmortalizarse, pronunciando discursos en favor de la abolición, tan llenos de caridad, tan lógicos, tan morales, que su memoria y aun sus copias han sobrevivido al tiempo y á los trastornos políticos: uno particularmente encaminado á protestar contra la ciega atrocidad de las leyes criminales, merece más particular mención. En él, y con profunda lógica probó que la sociedad, al reservarse el homicidio, lo legalizaba en cierto modo para con el criminal, siendo el único medio para deshonrar al asesino y aun hallar su enmienda y arrepentimiento, el mostrar un horror tan profundo á aquel que obraba moralmente en su corazón y su alma. En esta discusión también tomó parte Robespierre, y admirémoslo, el hombre que más tarde había de inmolarlo todo, de destruirlo todo, pedía asimismo se suprimiese la pena de muerte, deshonra de las sociedades cultas y de los pueblos civilizados. ¡Oh! Si las preocupaciones de los juristas hubiesen quedado ven-

cidas por las máximas de la filosofía moral, cuánta sangre no hubiera corrido de la mucha que en Francia fué vertida en aquella revolución. Cuántas cabezas hubieran dejado de rodar bajo la cuchilla del patíbulo, cercenando recuerdos, tan amargos al porvenir, y borrones à las páginas de la historia!!!

Mes todas estas cuestiones, promovidas, agitadas y llevadas á término, dentro del recinto de la asamblea nacional, no eran tan prepotentes que absorbieran la atención pública con mayor preferencia que las escandalosas publicaciones de la prensa periódica. La libertad había empezado y con ella el periodismo, y con el periodismo los abusos de los escritores: de estos los unos especuladores, los otros pagados y los demás fanáticos, no había uno que usase el lenguaje de la moderación, del juicio, de la prudencia: constituidos en concitadores de las pasiones del pueblo, cada un periódico era un cohete lanzado con ma-

no diestra en medio del combustible que se deseaba incendiar y que con efecto incendiaron: á aquel nuevo foro corrieron toda clase de hombres y entre ellos hasta el mismo Mirabeau, el que dejando las tribunas escribió las *cartas á sus comitentes en el correo de Provenza*. Camilo Desmoulin, jóven de talento precóz y privilegiado, mas de pasiones ardientes, arrebatadoras y poco calculadas, esprimia en sus artículos la agitacion febril de sus ideas, llevándole su poco juicio hasta un punto tal, que lo rebajaba y oscurecia no obstante sus luces, porque el deber del escritor, no el del caudillo faccioso que arma y concita á los pueblos para revelarse con la espada en la mano en contra de sus conciudadanos mismos. Muchos otros personajes pudieran citarse, tales como Condorcet, Brissot, Carra, Gorsas, Danton, Prudhomme, Fauchet y Freron que redactaban periódicos tan democráticos como la esencia misma de la democrácia y en los cuales claramente se pedia la

destrucción del trono, considerado por ellos, «como el azote infamante que »deshonraba la especie humana.» Pero más que otro alguno, más que cuantos otros que figuraba en esta clase, sobresalía Marat, el que reasumiendo en sí cuantos ódios y venganzas pululan y acrecen en situaciones semejantes, se había erigido en intérprete de la ira popular, y aparentándola, la sostenía: sus escritos trazados con hiel y con sangre, eran tan ecsagerados como crueles, y de ellos se verá una muestra en el párrafo que vá á continuación.

«Ciudadanos, (escribia), acechad en d'errador de ese alcázar, guarida respetada por vosotros, de todas las iniquidades tramadas en contra de esta pobre nacion: dentro de esa guarida hallase una reina impura y perversa que fanatiza á un rey menguado y se crían los renuevos de esa familia de lobos que han de multiplicar más tarde la tiranía y la opresion: tambien dentro de ella, se encierran sacerdotes no juramentados, lu-

dibrio del ministerio que deshonran, y cuya ocupacion se reduce á santificar las armas de la insurreccion contra el pueblo, la cual dará por resultado una nueva Saint-Barthelemy. Allí, allí se encubre la mente del Austria, en conciliábulos que preside esa muger de testa coronada; allí se hacen señales á los estrangeros, trasmitiéndola por medio de convoyes secretos, todo el oro que sale de vuestros sudores y de vuestros afanes, unido á las armas de Francia que han de pelear despues contra la misma Francia, atravesando las fronteras cuando dormais en el sueño del abatimiento y la abyeccion en que os van sumiendo paulatinamente, porque solamente hambrientos y dormidos pudierau venceros, ciudadanos. Los planes del despotismo se desarrollan y ponen en accion por los emigrados Condé y de Artois, y su venganza será tan sangrienta, cual son feroces los corazones de esas hienas. No basta yá para los proyectos liberticidas de Capeto, la guardia de suizos asala-

lariados que le rodea. Los que durante la noche se toman el cuidado de observar, ven cruzar las puertas escusadas de ese palacio, y desaparecer en sus prolongados pasadizos á hombres que esconden bajo de sus vestidos multitud de armas, y que no son otros que los antiguos nobles, que igualándose á los asesinos, esconden el puñal en su cintura para esgrimirlo á su vez contra el indefenso pueblo. ¿Qué hace La-Fayette? Es cómplice de los traidores, ó víctima de los inicuos? ¿Cómo és que permanecen espeditas las salidas de ese palacio por las que han de arrojarse ó para la matanza ó para la fuga los que se ocultan tras de sus muros? ¿Qué aguardamos que no rompemos la valla que nos divide, y damos cabo á nuestra revolucion gloriosa? ¿Qué aguardamos que no destruimos al enemigo rey que espera entre nosotros hipócritamente la ocasion de destruir la obra de nuestros esfuerzos? ¿No mirais por todas partes la miseria y el duelo? ¿Qué quieren de-

cir esas reuniones de emigrados en las fronteras y ese ejército imponente que se allega á marchas forzadas para encerrarnos dentro del círculo de sus innumerables bayonetas? ¿Nuestros ministros qué hacen? ¿Cómo és que permanecen en pié las casas de los emigrados que el elemento devorador las obrase, cómo és que sus bienes no se han confiscado, cómo és que sus cabezas no han sido puestas à precio? ¿En manos de quién están las armas? .. En manos de los traidores.—¿Quiénes mandan vuestros soldados?... Traidores, nada más que traidores. Mirad á los traidores multiplicarse por doquiera, y dentro de ese palacio al rey de todos ellos. Al traidor inviolable y coronado. Al rey, que os dicen demuestra afecto á la Constitución: mentira para engañaros. Al rey, que os dicen que concurre á la asamblea: mentira hipérita para proporcionarse mejor y más segura la fuga... Ah! velad, velad por vosotros mismos ó temed, porque un gran golpe os amenaza y yá

no, no hubiera sido violento á Luis XVI sacrificar alguna parte de su poder absoluto. Moderado en sus pasiones, no ha habido monarca que más tranquilamente hubiera dejado gozar á su nacion las prerrogativas que codiciaba: era su virtud mayor, la resignacion pasiva para con los hombres y con los sucesos, y esta cualidad és la primera para ser un buen rey constitucional: jamás dió entrada en su imaginacion al pensamiento de vengarse ni de recuperar el poder perdido, porque lo que solo codiciaba, lo que ambicionaba bajo cualquiera forma, era que la Francia apreciase su sinceridad, y que restituyéndose la calma, la paz y la tranquilidad, rigiese un sistema de orden que subsanára los males producidos por la anarquía y el descontento: jamás tampoco, entró en los cálculos de su codicia otra idea que la de que la asamblea devolviese las usurpaciones hechas al poder egecutivo *de las leyes*, revisando en seguida la Constitucion, reparando sus errores, visando sus defectos y enmen-

dando los vicios de que adoleciera, para que, en la parte en que el trono estaba destituido de algunos derechos, necesarios para hacer la felicidad de sus súbditos, fuesen subsanados los daños, y sustituidos con beneficios que, no para él, sino para el pueblo habian de dar fruto en su día.

Maria Antonia así mismo, aunque dotada de diverso caracter que su esposo, reconocia la necesidad de adherirse á aquellas ideas y no contrariaba el ánimo del monarca: pero Luis XVI, aun cuando no tuviera más que esta sola voluntad, tenia dos ministerios y dos políticas: la una de ellas, dentro de Francia con sus ministros y la otra fuera con sus hermanos y representantes en el extranjero. Bajo de su real palabra y autorizacion, hablaban y negociaban el baron de Bretenil y Mr. de Calonne, rivales en tramas diplomáticas y asuntos de gobierno: el rey desde Paris, desaprobaba siempre lo que estos hacian, unas veces de corazón y con sinceri-

está pendiente sobre vuestras cabezas, si no sabeis con anticipacion prevenir con otro golpe más certero, la destruccion de los que anhelan destruir, ¡oh pueblo! tu patria y tu libertad!»

Véase, pues, con qué language hablaba Marat, quizá tal vez sin sentir en su corazon tal ecsaltacion de pasiones: pero se habia hecho clínico para introducirse hasta el fondo en el corazon de las masas, é inventó el idioma de los dementes, fingiéndose loco como el primer Bruto, mas no para salvar á su patria, sino que por la inversa, para conducirla de delirio en delirio hasta tocar los resultados de su demencia: por otro nombre: hasta la destruccion de los mismos á quienes predicaba, porque debian destruirse los unos á los otros.

Marat era el eco esacto de las pasiones mezquinas y sanguinarias de los jacobinos y franciscanos.

XXV.

Examínese ahora el mayor ó menor fundamento que tenían las declamaciones de Marat. Aquel rey que tanto vilipendiaba era bueno é íntegro en el fondo, siendo solo su debilidad las causas por las que aparecía traïdor: porque las acusaciones que se le hacian de conspirar contra su pueblo, eran infundadas, y jamás abrigó semejantes ideas: la reina por su parte tampoco intentaba vender la corona de su esposo, herencia de sus hijos, á la casa de Austria, como se suponía: y si la Constitución que estaba al terminarse, hubiera sido tal que hubiese encerrado los gérmenes del orden para el país y de seguridad para el tro-

dad y otras con verdad, valiéndose para ejecutarlo públicamente de los despachos dirigidos a los embajadores: pero se reservaba despues, el escribir particularmente á los mismos, bajo su nombre individual de simples caballeros. No era tal proceder como pretenden algunos hipocresia malvada: era debilidad solamente, y hasta disculpable debe hallarse, segun su situacion que aquel desgraciado rey, hablase con energia á sus embajadores, y con dulzura y secretamente á sus amigos: Luis XVI estaba como cautivo en medio del pueblo, los clubs y la asamblea, y era necesario desbaratar en público la idea de que el monarca negociaba la cooperacion estrangera, aun cuando luego la descase, la predispusiese y la aguardase. Vease de aqui que no era traicion lo que abrigaba su mente: era sí inconsecuencia y debilidad.

Por su parte, los hermanos del monarca, allá en el estrangero, interpretando su silencio, violentaban su voluntad y se estendian á dar pasos que lo pô-

nian al descubierto comprometiendolo nuevamente. El conde de Artois con especialidad; marchando de corte en corte, solicitaba con las más vivas instancias la cooperacion y ayuda de los príncipes estraños, formando planes para una coalicion europea y amalgamando elementos para incendiar el volcan que habia de arder al cabo: las ideas que germinaban en la Francia comenzábanse á difundir por todas partes y no de estrañar será que aquellos príncipes no pusiesen inconveniente alguno, á prestarse á cortar un mal que amenazaba ser de muerte hasta para ellos mismos. Recibido en Florencia por Leopoldo, emperador de Austria y hermano de la reina Maria Antonia, alcanzó en Mantua muy luego la concesion de un contingente de treinta y cinco mil hombres, dándole casi iguales seguridades y al mismo tiempo los soberanos de Prusia, España, Suiza, Nápoles y Cerdeña. Luis XVI siempre adherido á su sistema de irresoluciones, escogia estos donativos ó los repataba, segun la situacion que regia:

és decir segun los sucesos del momento: las alternativas de su ánimo en este particular, eran las mismas que experimentaba la Francia: és decir que si un decreto conciliatorio, un momento de tregua con la asamblea y algun destello de tolerancia de parte del pueblo, aparecian aunque momentáneamente, escribia á sus representantes no trabajasen en aquella negociacion, pues que estaba prócsimo el momento de concluirse la revolucion que amagaba, de volver todo á su estado normal y primitivo con muy pocas diferencias: su tristeza se calmaba, se retornaba á la calma y era feliz: mas si por la inversa se reproducian las escenas de motin y escándalo que á cada paso se representaban ante los muros del palacio, si continuando la anarquia ya tan arraigada sufría su persona un nuevo ataque humillante para la dignidad de la corona y del hombre, ataques que la asamblea autorizaba con su frio silencio, entonces renovábanse las ideas de apelar á la fuerza, desesperan-

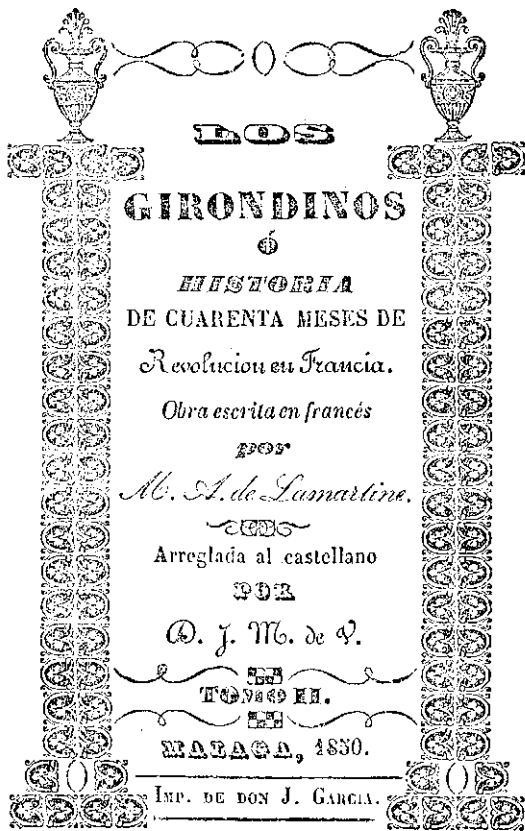
do de la Constitución, contra la que contaba con los aprestos hostiles reunidos allá en Coblenza. Esta falta de decision, esta irresolucion que rayaba yá en ridículéz, esta contraposicion de pareceres, no era hija de su corazon, sino de las situaciones; más de un modo ó de otro, esta conducta comprometia su causa tanto dentro como fuera. Cualquier pensamiento que carezca de unidad, se hunde por sí propio, y del monarca francés, aunque justificado en su esencia, se tambaleaba demasiado para no oscilar al menor impulso de los sucesos, y estos no tenían más que una tendencia directa, segura y fija: la ruina y destruccion del poder monárquico absoluto: muy pronto han de verse suceder los sucesos y ellos harán práctica esta teoría.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ERRATA.

En la página 155, donde dice capitulo XXIII, léase y entiéndase «*Capítulo XXIV.*»

**LOS
GIRONDINOS.**



LOS

GIRONDINOS

6

HISTORIA
DE CUARENTA MESES DE
Revolucion en Francia.

Obra escrita en francés

por

M. A. de Lamartine.



Arreglada al castellano

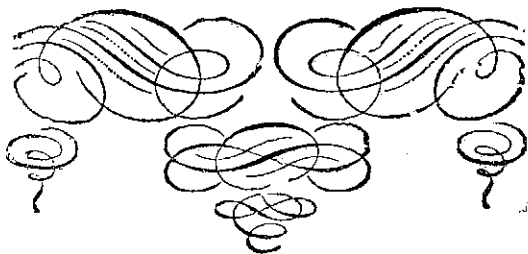
por

D. J. M. de V.

EN
TODAS LAS

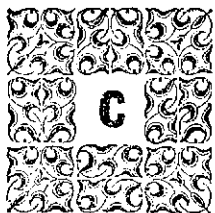
LIBRERIAS,
MADRID, 1830.

IMP. DE DON J. GARCIA.



LIBRO
SEGUNDO.

I.



Como quiera que la historia ha de ser ante todo severa y franca, véase la precisión de confesar, aun á despecho de las tergiversaciones del carácter de Luis XVI, que con realidad, el plan más alhagado en la men-

te del rey, era el de una fuga; fuga estaba proyectada desde noviembre de 1790, y en que estaba totalmente de acuerdo con el parecer del emperador Leopoldo, el que además había ofrecido al monarca francés, poner en marcha hacia las fronteras un respetable ejército, en medio del cual el rey fugitivo pudiese hallar la seguridad de que carecía entre sus subditos. Mas las intenciones que cabían en el ánimo de Luis, cuáles podían ser?.. Salvarse solamente, ó entrar despues á la cabeza de aquel mismo ejército llevándolo todo à fuego y sangre, imponiendo leyes á la asamblea? Lo más verosímil está lo segundo.

El infortunado monarca había repasado con avidéz y muchas veces, los hechos de la historia de las naciones y más particularmente la de Inglaterra, en la cual hallaba ejemplos y situaciones tan parecidos á la suya, que comparándolas veía se encontraba en el caso de perder el trono como Jacobo 2.^o ó la vida como Cárlos I. Este último en es-

pecialidad era su tipo; y pasaba y repasaba las páginas que contenian su historia, y contemplaba su situacion y hasta estudiaba sobre su retrato las huellas de los padeceres que á él tambien le rodeaban. Con efecto, Jacobo 2.^o habia perdido la corona por salir de Inglaterra, y Cárlos I la cabeza por hacer la guerra al pueblo y al parlamento. Debian obrar pues, estos ejemplos lastimosos, y obraron con efecto, inspirando á Luis una adersion decidida á ponerse en manos de un egército que ni era el suyo, ni conocia, ni como tambien á salir del territorio Francés. Solamente llegado al último grado de opresion, solamente estando deprimida hasta en su esencia la autoridad real, solamente en el caso de robárselo toda, toda su libertad y tocar ya el postrero de los peligros, solamente aquel dia en que el terror penetrase hasta el fondo de su corazon y del de su esposa, seria el en que Luis se decidiese á apartarse del palacio de las Tullerias, huyendo de él para salvar

su vida y las vidas de su esposa é hijos.

Pero no habia causas sino para ver este peligro demasiado cerca, por que asi lo probaban los insultos con que era saludado si por acaso se asomaba á sus balcones; los ultrages que le dirigia sin cesar la prensa periódica; las maldiciones de los jacobinos; los asesinatos y escándalos que se reproducian á cada paso en las provincias, los obstáculos insuperables que se atravesaron para impedir su salida para Saint-Cloud y por último y más que nada, el recuerdo de los puñales clavados hasta en el mismo lecho de la reina en los días 5 y 6 de octubre: de aquí sus atroces agonias y la conviccion de que la revolucion, ecsigente é insaciable, léjos de calmarse con las concesiones hechas, era cada vez más amenazadora, más terrible y más activa: ¿cómo podia prometerse que el encono y el furor de los motines se contuviera ante la inviolabilidad prescrita por la Constitucion para con

los reyes, si ya esos mismos motines no se habian detenido ante la magestad unisona, en toda la plenitud de su poder y rodeada de sus guardias? La inviolabilidad prescrita por la Constitucion no eran más que vanas palabras, dorado fantasma, ilusoria prerrogativa, y la única esperanza que podia quedarle al rey para rescatar su vida y la de su familia, no era otra que una evasion pronta y segura.

Decididos al cabo llevar á término tan calculado proyecto, que hasta el mismo Mirabeau, antes de morir habia propuesto á la reina en sus confidencias secretas. Más el plan de Mirabeau, era, entre otros, que despues que el rey se fugase de Paris y tomáse seguro bien entre las tropas, bien en algun punto fronterizo, entrase en tratos con la asamblea, coadyuvando él por su parte, ya desde la tribuna, ya en los periódicos, á reanimar el espíritu público, para hacer producir un arreglo de cosas en el que llevase la mejor parte la autoridad

real tan amenguada y destituida: desgraciadamente Mirabeau dejó de existir antes que esta brillante teoría pudiese reducirse á práctica, porque el rey había resistido largamente á poner su porvenir y aun su persona en poder del más principal y temible faccioso de cuantos encerraba Francia: esta idea está asegurada superabundantemente en su correspondencia secreta. Otra zozobra, otro tormento de diferente género torturaba el ánimo de Luis, y laceraba el corazón de María Antonia: este temor era, las ciertas nuevas que poseían, de que en el extranjero, bien en Coblenza, bien en los consejos del emperador Leopoldo y del rey de Prusia, se trataba de declarar vacante de hecho el trono de Francia, vista la situación oprimida y nula en que Luis se encontraba: á esta declaración debía seguirse, el nombramiento de un regente, cuya elección habría de recaer sobre uno de los príncipes emigrados, para que de este modo pudiese tener una apariencia de legítima y legal la inter-

vencion de un ejército extranjero. ¿Cómo era posible que Maria Antonia y Luis no sufrieran el espectáculo de ver partido su trono por muy menoscabado que estuviese?... ¡Engrie tanto el poder! ¡Deslumbraba tanto una corona!...

Nutrianse á la vez que con los temores, celos tan escaltados, y estos y aquellos formaban el catálogo de las angustias que invadían el recinto de aquel alcázar tan aportillado ya por los sediciosos. La reina particularmente, que aborrecia entonces al de Artois, tanto como lo habia amado otros dias, esclamaba irónica y amargamente sin cesar.... «¡Con que el conde de Artois, va á ser un héroe!» El rey temia por su parte la incapacidad moral con que se le amenazaba bajo el pretesto de dar la paz y la tranquilidad al reino, y tal era su estado, que no sabia á quienes temer más, de quienes confiar menos; si de sus amigos ó de sus enemigos. Únicamente la fuga y despues de esta la cooperacion y defensa de las bayonetas,

podía librarlo así de los unos como de los otros. ¿Pero este ejército siendo extranjero, cómo contar con él?... ¿Cómo contar tampoco con el suyo?... Qué elementos de fuerzas naturales existían?... Muy pronto podrán enumerarse. El proyecto de huida, tan acariciado en su mente, tenía sus males: si el resultado era próspero para él, la incendiaria tea de una guerra civil incendiaría á la Francia, derramándose sangre á torrentes, y el rey no quería ser motivo para verla vertida; y si por la inversa el resultado era malo, se le imputaría la evasión como un crimen, cambiándose en daño de su causa y agravándose su situación: en este segundo, ¿se podría evaluar a donde llegaría el furor y desbordamiento de los partidos todos, de la nación entera?... El destronamiento, la prisión y el cadalso, estaban pendientes de una casualidad factible, ó de un error inadvertido, ó de un descuido momentáneo. Un delgado cabello sostenía nada más su trono, su libertad y su vida, con

las vidas de su muger, sus hijos y su hermana, y este delgado cabello, él mismo, por su propia mano iba á cortarlo para hundirlos à todos.

No menos que ocho meses duraron estas irresoluciones: no menos que ocho meses tuvieron lugar en su cabeza estas angustiosas dudas, sin dar parte de ellas más que á la reina, à madama Isabel y á algunos súbditos, leales à toda prueba, porque estas dudas no salian fuera de su palacio: solo una persona ecsistia que estoviese en aquel secreto, fuera de las ya mencionadas: esta persona era el marqués de Bouillé.

II.

El marqués de Bouillé, era primo de Mr. de La-Fayette, y el más contra-

puesto en ideas y carácter, con este último: parecía que Dios había querido formar el contraste de estos dos hombres, creando al uno, tipo material de las pasiones del otro. Militar desde sus primeros años, honrado, severo y valiente, era afecto á la monarquía por principios y por convicción, y defendía al rey por amor hácia él, antes que á toda otra consideracion política: con tal respeto escuchaba las órdenes de este príncipe, que no había emigrado, no obstante ser la marcha de las cosas tan en poca armonía con sus deseos. Era al mismo tiempo uno de los pocos generales que conservaban su crédito entre las tropas, y que se había mantenido en su lugar á despecho de las zozobras y revueltas de aquellos dos años, trabajando siempre con asiduidad en conservar la fuerza material que produce la esacta y escogida disciplina de las tropas. Gloriosas campañas habidas tanto en América como en las Indias y en las colonias francesas, dábanle una repu-

racion inestinguible para con los soldados que siempre acatan el carácter del valor: esta autoridad aun habia crecido en él, con motivo de la represion heroica de la insurreccion de Nancy en el último agosto, la cual él bastó á domar intimidando á los subordinados. La asamblea con esta ocasion habia dado unánimemente un voto de gracias, por haber salvado á la Francia. La-Fayette, que solo comandaba fuerzas cívicas ó ciudadanas, reconocia la supremacia de su primo, mandando batallones y temiale, aunque lo alhagaba, proponiéndole á veces una coalicion de fuerzas de las que ambos serian los generales.

Mr. de Bouillé, desconfiando de La-Fayette, eludia el compromiso; respondiéndolo, sino con urbanidad, con ironia y tibieza que demostraban su duda y que encubrian mal sus sospechas: estos dos hombres como vemos eran incompatibles: de los dos uno era el retrato del patriotismo moderno: el otro el del honor antiguo: no podian marchar unidos por

ningun camino.

Mr. de Bouillé mandaba las tropas de la Lorena, la Alsacia, la Champaña y el Franco-Condado, estendiéndose hasta el Sambre desde la Suiza: constaban estas de noventa batallones y ciento cuatro escuadrones: pero de estos, únicamente merecian la confianza del general unos veinte batallones de alemanes con alguna fuerza de caballería: el resto, el inmenso resto eran de la revolucion, odiando al rey y acatando las inspiraciones de los clubs: las órdenes de las municipalidades, regian aun á despecho de los gefes militares.

III.

Tenia puesta el rey en Mr. de Bouillé toda su confianza, escribió à este general en febreró de 1791 que le orde-

naria al instante entrar en preliminares de concierto, de acuerdo con Mr. de Mirabeau, y por mediacion del conde de la Marck, personage extranjero, confidente y amigo de Mirabeau: «Aunque esta gente no es del todo apreciable, decia en su carta el rey, y he pagado bastante caro á Mirabeau, creo que me puede prestar algunos servicios. Oid, y no os comprometais demasiado.» Efectivamente, muy poco tiempo despues el conde de la Marck llegó á Metz, é hizo á Bouillé presente el objeto de su comision. Le confesó que habia dado últimamente el rey seiscientos mil francos á Mirabeau, y que le pagaba además cincuenta mil todos los meses; le descubrió el plan de conspiracion contrarevolucionaria, cuyo primer acto debia ser una esposicion de París y los departamentos, pidiendo la libertad del rey, y cuyo plan enteramente se apoyaba en el poder de la oratoria de Mirabeau. Desvanecido con su elocuencia, este orador comprado, ig-

noraba que las palabras que para sublevar tienen tanta fuerza, para calmar no tienen ninguna; las palabras dan impulso à las naciones, pero solo las bayonetas las pueden contener. Mr. Bonillé rióse, como guerrero, de las ilusiones de aquel tribuno; pero sin embargo, no le desalentó en sus proyectos, y prometió coadyuvar á ellos, escribiendo al rey que á fuerza de oro comprase la defeccion de Mirabeau: «Pícaro hábil, que quizá por avaricia podría reparar el daño que habia hecho por venganza», y que tuviese desconfianza de La-Fayette, «entusiásta visionario, embriagado con el favor popular, capaz acaso de ser corifeo de un partido, pero nunca sostén de una monarquía».

IV.

Despues de muerto Mirabeau, el rey siguió aquel mismo pensamiento modificándole, y á fines de abril escribió en cifra al marqués de Bouillé para anunciarle que al instante saldria con toda su familia, en un solo coche que al efecto habia mandado le hicieran secretamente, y además le ordenaba que apostase gente desde Montmedy á Chalons, punto fronterizo, á donde intentaba encaminarse. El camino mas recto de París á Montmedy pasaba por Reims; mas el rey, que habia sido consagrado en esta misma ciudad, temia que le conociesen; y así, á pesar de las observaciones de Bouillé, prefirió pasar mejor por Varennes. En el camino de Varennes habia el inconveniente de no tener todos los puntos paradas de posta: era menester enviar ti-

ros con diferentes pretextos, y estos preparativos podían producir sospechas en la gente de todas aquellas poblaciones. La misma dificultad presentaban los destacamentos de tropas, en un camino que habitualmente no frecuentaban estas; por lo que Bouillé trató de que el rey variase su direccion, manifestándole en su respuesta, que si eran grandes los destacamentos, alarmarian á las municipalidades y las pondrian alerta; y si pequeños, no podrian darle proteccion. Aconsejóle tambien, que no se sirviese de berlina alguna espresamente construida y notable por su forma, sino de dos diligencias inglesas, carruages que entonces estaban en uso y eran mas ligeros; é insistió principalmente en la precisa necesidad de llevar siempre consigo un hombre seguro, decidido y enérgico, que le ayudase y aconsejase en todas las circunstancias imprevistas de semejante viage, designándole al efecto al marqués de Agoult, mayor de las guardias francesas; y por último, le suplicó que de-

cidiese al emperador á practicar un movimiento de tropas austriacas, que fuese amenazar la frontera francesa por la parte de Montmedy, para que la inquietud de las poblaciones sirviese de justificacion y pretesto á los destacamentos y á la reunion de cuerpos de caballeria francesa al rededor de aquel punto. Consintió el rey en esto último, y prometió llevar consigo al marqués de Agoult, pero á todo lo demás se negó. Muy pocos dias antes de su marcha, envió un millon de francos en asignados á Mr. de Bouillé para secretas compras de raciones y forraje, y para el sueldo de las tropas que habian de secundar el proyecto. Ya hechos estos preparativos, despachó el marqués de Bouillé á un oficial agregado á su estado mayor, Mr. de Cuoguetas, para que hiciese un reconocimiento completo del camino y del terreno desde Chalons á Montmedy, y presentase al rey un informe esacto y bastante minucioso. Este oficial vió al rey, y llevó sus órdenes á Mr. de Bouillé,

Mientras tanto se disponia esto á ejecutar todo lo convenido; alejó á las tropas patriotas y concentró los doce batallones extranjeros de que estaba seguro, é hizo desfilar hácia Montmedy un tren de artillería de diez y seis cañones. En tanto entraba en Stenay el regimiento de Royal-Allemand, se encontraba en Dun un escuadron de húsares, otro escuadron se hallaba en Varennes, y dos de dragones debian estar en Clermont el dia en que el rey pasase por allí, los cuales estaban mandados por el conde Carlos de Damas, hábil oficial y de bastante osadía. Tenia este órden para trasladar un destacamento desde aquel punto hasta Sainte-Menehould; y además debian pasar cincuenta húsares desde Varennes á Pont-Sommeville, entre Sainte-Menehould y Chalons, á pretesto de proteger una remesa de dinero procedente de París, para pagar á las tropas. Pasado que hubiese de Chalons, debia hallar el carruaje del rey en cada punto de descanso escoltas de tropas fieles, y los coman-

dantes de los destacamentos debían acercarse á la puertecilla, mientras los caballos se mudasen, para tomar las órdenes que el rey tuviera á bien comunicarles. Si quería continuar el rey su marcha sin ser de nadie conocido, los oficiales debían limitarse á remover los obstáculos que pudieran ocurrir en las paradas, y replegarse con lentitud á su retaguardia por el mismo camino; pero si prefería ir escoltado, lo verificarían los dragones. No cabía plan mejor combinado, y todos estos preparativos permanecían en el mayor secreto.

El 27 de mayo escribió el rey que partiría el 19 del siguiente mes, sobre doce y una de la noche; que saldría de París en un carruage de alquiler; que en Bondy, que era el primer punto de parada, entraría en su berlina; que en el mismo Bondy le esperaría uno de sus guardias de corps, solamente destinado á servirle de correo; que en el caso de que no hubiese llegado el rey á las dos en aquel punto, era señal de que le ha-

bian prendido, y que en este caso seguiria solo el correo hasta Pont-Sommeville á anunciar á Mr. de Bouillé que se habia frustrado el intento, y prevenirle que atendiese á su seguridad y á la de los comprometidos oficiales.

V.

Recibidas que fueron estas postreras disposiciones, Mr. de Bouillé dió orden al duque de Choiseul de salir, con encargo de que se dirigiera á París á esperar las órdenes del rey, y se anticipara doce horas á su marcha. El mismo Mr. de Choiseul debia mandar á sus criados que estuviesen en Varennes el 18, con sus mismos caballos, para conducir el carruage del rey, designándose con anterioridad á S. M. el punto de Varennes en que estarían estos caballos, para que se hiciese el cambio de tiro

sin perder ni un instante. Además llevaba orden el mismo Choiseul para tomar el mundo de los húsares apostados en Pont-Sommeville, esperar aquí al rey, y escoltarle hasta Sainte-Meuhold, dejando allí los caballos, con la consigna de que no permitiesen pasar á nadie por el camino de París á Varènes y de París á Verdun, durante las veinte y cuatro horas siguientes á aquella en que hubiese pasado el rey. Mr. de Choiseul recibió de manos de Mr. de Bouillé varias órdenes firmadas por el mismo rey, en que se le mandaba á él y á todos los demás gefes del destacamento, que usasen de la fuerza, en caso necesario, para la seguridad y salvacion de S. M. y la real familia, arrancándole de manos del pueblo, si este llegaba à apoderarse de su persona. En el caso de que se detuviera el carruage en Chalons, Mr. de Choiseul debía dar aviso al general, reunir todos los destacamentos y marchar á libertar al rey. Recibió además el duque seiscientos luises en oro para repar-

tirlos entre los soldados de los destacamentos, y escitar su entusiasmo en el instante que el rey se presentase y se diese á conocer.

A este tiempo salió para París Mr. de Guoguelas con el fin de reconocer segunda vez todos los puntos, atravesando por Stenay, Dun, Varennes y Sainte-Menehould, y de inculcar bien la topografía en la memoria del rey, debiendo llevar las últimas instrucciones á Mr. de Bonillé, y regresando á Montmedy por diferente camino. El mismo marqués de Bonillé salió de Metz, so pretexto de ir á pasar revista á las plazas de su mando, y se aproximó á Montmedy. El día 15 se hallaba en Longwy, donde recibió un aviso del rey anunciándole que se había retardado la marcha veinte y cuatro horas, por la precisa necesidad de tener que ocultar sus preparativos á una camarista de la reina, demócrata fanática, capaz de denunciarlos, que hasta el 9 no salía de guardia. También añadía que ya no llevaria consigo al marqués

de Agoult, porque Mma. de Tourzel, aya de los infantes, habia reclamado los derechos de su empleo y queria acompañarlos.

Necesitaba esta variacion contraórdenes funestas, pues podian fallar los cálculos de lugares y tiempo, el paso de los destacamentos se convertia en permanencia, y era fácil que se retirasen los tiros preparados; sin embargo, el marqués de Bouillé salvó, en cuanto le fué posible, todos estos inconvenientes, enviando nuevas órdenes á los comandantes de los destacamentos, y avanzando él mismo el día 20 á Stenay, donde halló el regimiento de Royal-Allemand, de toda su satisfaccion. El 21 reunió á los generales bajo sus órdenes; les anunció que pasaria el rey aquella noche por Stenay, y al siguiente dia por la mañana estaria en Montmedy, y encargó al general Klinglin que pusiese bajo los muros de aquella plaza un campamento de doce batallones y veinte y cuatro escuadrones. Debía residir el rey en un

castillo detrás del campamento, que sería el cuartel general, pues parecía mas conveniente y segura su actitud en medio del ejército que en una plaza fuerte. Los generales no mostraron indecision alguna, y Mr. de Bouillé dejó en Stenay al general Hoffelizze con el regimiento de Royal-Allemand, y con orden de hacer ensillar los caballos del regimiento apenas entrase la noche, mandar montar al amanecer, y enviar à las diez de la noche un destacamento de cincuenta caballos entre Stenay y Dun, para aguardar al rey y escoltarle hasta el primer punto.

Apenas llegó la noche, salió Mr. de Choiseul á caballo de Stenay con varios oficiales, y se adelantó hasta Dun, sin querer entrar dentro, para que no sobresaltase su presencia al pueblo. Estuvo allí esperando oculto y silencioso la llegada del correo que debía preceder con una hora de ventaja á los carruages. Pesaban sobre su corazon los destinos de toda una familia real, rey, rei-

na, princesa é infantes. Hacíasele eterna aquella noche; y sin embargo se iba pasando sin que el galope de ningun caballo anunciase á aquel grupo de hombres, ocultos bajo unos árboles, que el rey de Francia se habia perdido ó se habia salvado.

VI.

Pasemos ahora á ver lo que en momentos tan decisivos ocurría en las Tullerías. El secreto de la marcha proyectada se encontraba entre el rey, la reina, Mma. Isabel, varios criados fieles y el conde de Fersen, caballero sueco, encargado de los preparativos exteriores. Es verdad que hacia algunos dias andaban entre el pueblo rumores vagos, semejantes á los presentimientos que hay de una cosa antes de que suceda; pero estos rumores eran efecto mas bien de

la inquietud de los ánimos que dé ninguna revelacion positiva sobre la fuga. Tanto sin embargo se decia, que La Fayette y su estado mayor redoblaron su vigilancia al rededor del palacio, y hasta en lo interior de las reales habitaciones. La servidumbre se habia despedido desde el 5 y 6 de octubre, y no existian ya las compañías de guardias de corps, en que cada soldado era un caballero, cuyo honor, clase, sangre, tradicion y espíritu de cuerpo, aseguraban su lealtad incontrastable; y á la vigilancia respetuosa, que convertia para ellos en un culto su servicio al lado de las personas reales, habia sucedido la recelosa vigilancia de la guardia nacional, de la que podia decirse que espiaba al rey, y no que guardaba al monarca. Verdad es que aun daban las guardias suizas el servicio de las Tullerías, pero en la parte exterior; pues el interior de palacio, las escaleras y las comunicaciones de las habitaciones las cubria la guardia nacional. La Fayette estaba allí á cada instante; ron-

daban sus oficiales durante la noche por delante de las puertas, y tenían orden no escrita, sino tácita, de impedir al rey que saliese de palacio despues de las doce de la noche.

Se agregaba á esta vigilancia oficial, el espionage secreto y mas interior de la numerosa turba de criados, á quienes el espíritu de la revolucion habia estimulado á la infidelidad, santificando su ingratitude; pues allí, como en otras partes, la delacion se llamaba virtud, y patriotismo la traicion. El rey no tenia á quién abrir su corazon en el recinto de la mansion de sus padres, esceptuando á la reina, de su hermana y de algunos cortesanos, que no podian hacer un gesto sin que lo supiese Mr. de La-Fayette. Espulsó este general del palacio atropellada è injuriosamente á algunos gentiles hombres fieles, que acudieron á reforzar la guardia de las reales habitaciones el dia del matín de Vincennes; y el rey, saltándose las lágrimas, tuvo que ver vergonzosamente arrojado de su habitacion, y es-

puestos por su protector oficial al escarnio y ultrages del populacho á sus mas apasionados amigos. La familia real no podia pues tener allí cómplice que favoreciese su evasion.

VII.

El confidente principal y casi único agente de aquella empresa aventurada, fué el conde de Fersen, que siendo jóven, de gallarda figura y adicto al trono, gozó, en los dias bonancibles de Maria Antonia, de las intimas confianzas de Trianon. Dícese que un culto caballeresco, à que solo por respeto dejó de dar el nombre de amor, le unió en aquellos tiempos á la reina; y lo que en el alma del sueco fué entonces culto á la hermosura, se transformó despues en afecto.

tuoso interés hacía la desgracia. No engañó pues á la reina su instinto, cuando buscando á quien confiar la salvacion del rey y la de sus hijos, se acordó de Mr. Fersen, el cual partió de Stockolmo al primer aviso, se avistó con la reina y el rey, y se encargó de preparar el carruage que debia aguardar en Bendy á la familia real. Facilitaba todos sus pasos el título de extranjero, y supo combinarlos con écsito igual, al celo que le animaba. Eligió por confidentes á tres antiguos guardias de corps, MM. de Valery, de Moustier y de Maldan, y les dió algunas instrucciones respecto al servicio que el rey ecsigia de ellos, que era disfrazarse de criados, ir en los carruages, y proteger á la real familia en los contratiempos del camino. Estos tres nombres oscuros de caballeros de provincia, pusieron en olvido los nombres de todos los cortesanos. Si se prendia al rey, sabiaz la suerte que les esperaba; pero en cambio de salvar á su soberano, se

ofrecieron con sobrado valor à ser víctimas del pueblo.

VIII.

Bastantē tiempo hacia que la reina no pensaba en otra cosa mas que en aquella fuga, pues desde el mes de marzo tenia encargado à una de sus criadas que pusiese en Bruselas un guardaropa completo para la princesa, y trages para el Delfin; como tambien habia enviado su maleta de viage à su hermana la archiduquesa Cristina, gobernadora de los Paises-Bajos, so pretesto de hacerla este regalo, y los diamantes y joyas los confió à su peluquero Leonardo, que salió delante con el duque de Choiseul. No se habian ocultado enteramente estos vagos indicios de fuga proyectada, à la pér-

fida vigilancia de una criada suya, que advirtiendo ciertos cuchicheos y señas, y observando que estaban abiertas algunas papeleras, y que faltaban aderezos en los estuches, comunicó sus sospechas á Mr. de Gouvion, edecán de La-Fayette, con quien estaba en relaciones estrechas. El edecán dió parte al corregidor de París y á su general; pero eran tan generalés y frecuentes estas sospechas, y habian sido dèsmientidas tantas veces por los hechos, que no se les daba ya importancia alguna; sia embargo, los avisos de aquella mujer hicieron redoblar aquel dia las precauciones de vigilancia nocturna al rededor de palacio. Mr. de Gouvion, mandó que le acompañasen, bajo diferentes pretextos, algunos oficiales de la guardia nacional que repartió por todas las puertas, y él se quedó parte de la noche con cinco comandantes á la entrada de la antigua habitacion del duque de Villequier, que con especialidad se le habia confiado, diciéndosele, y era verdad, que la reina se comunicaba des-

de su gabinete por medio de un corredor secreto con la habitacion de aquel antiguo capitán de guardias; y que el rey, hábil, como todos saben, en el oficio de cerrajero, se habia hecho con llaves falsas que abrian todas aquellas puertas.

Por último, estos rumores que corrían desde la guardia nacional hasta los clubs, habian convertido aquella misma noche à cada patriota en un carcelero del rey. En el periódico de Camilo Desmoulins, de fecha 20 de junio de 1791, con asombro se leen estas palabras: «La noche se pasó muy sosegada en París. Yo volvía á las once del club de los jacobinos con Danton y otros patriotas, y no hallamos en todo el camino mas que una patrulla: me pareció tan descuidada la capital aquella noche, que no pude menos de hacer esta observacion. Uno de los que íbamos, Freron, que llevaba en el bolsillo una carta, en que se le prevenia que el rey se fugaria aquella noche, quiso quedarse á obser-

var el palacio. A las once vió entrar en él á Mr. de La-Fayette.» El mismo Camilo Desmoulins refiere despues la agitacion instintiva del pueblo en aquella noche fatal.—«La noche, dice, en que se fugó la familia de los Capetos, el señor Busebi, peluquero de la calle de Borbon, se trasladó á casa del señor Hucher, tahonero y gastador del batallon de los teatinos, para participarle su temor respecto á lo que acababa de oír en punto á las disposiciones que tomaba el rey para fugarse. Fueron al momento á despertar á sus vecinos, y reunidos en poco tiempo cosa de treinta, pasaron á casa de La-Fayette á anunciarle que el rey iba á marcharse, y á encargarle que sin perder tiempo tomase precauciones para evitarlo. La-Fayette se echó á reir, y les dijo que se volviesen tranquilos á sus casas; mas para que no lo detuviesen en el camino, le pidieron el santo y él se lo dió. Con el santo ya, se fueron á las Tullerías, donde no advirtieron movimiento alguno, mas que un gran nú-

mero de cocheros simones que estaban bebiendo en los puestecillos ambulantes que hay cerca del portillo del Carrusel. Fueron dando vuelta hasta la puerta del Picadero, donde estaba la asamblea, y no advirtieron nada que les checase; pero al volver quedaron sorprendidos de que no había ya ningun coche en la plaza. Todos habían desaparecido, y esto les hizo presumir que alguno de los carruages estaban destinados á la comitiva de aquella indigna familia.»

Por esta agitacion sorda del espíritu público, y por el rigor de la prision del rey, puede calcularse cuán difícil era la evasion de tantas personas á la vez; sin embargo, fuese complicitad de algunos guardias nacionales fieles, que para aquel dia habían pedido las centinelas interiores, y no vacilaron en infringir las consignas; fuese por la habilidad de las precauciones tomadas por el conde de Fersen, ó últimamente, porque quisiese la Providencia dar aquel postrer destello de

esperanza y salvacion á los que tan presto iban á sumir en los mayores infortunios, quedó burlada la sagacidad de los centinelas, y la revolucion dejó escapar su presa por un instante.

IX.

Recibieron el rey y la reina, como tenían de costumbre, antes de acostarse, á las personas que solian acompañarlos en aquella hora. A los criados no los despidieron hasta el momento en que solian hacerlo, pero en cuanto se quedaron solos, se volvieron á vestir. Pusiéronse trages de viage muy sencillos y conforme al papel que debía representar cada uno de los fugitivos; y reuniéndose con M^{ma}. Isabel y sus hijos en la cámara de la reina, pasaron por una comunica-

cion secreta á la habitacion del duque de Villequier, y salieron de palacio formando grupos separados, y á no poca distancia unos de otros, para no llamar la atencion de los centinelas de los patios tantas personas á la vez. Gracias á la mucha gente, ya á pié, ya en coche, que salia á aquella hora de palacio, asi que se acostaban los reyes, y que Mr. de Fersen habia cuidado sin duda de aumentar y agolpar aquella noche, llegaron sin ser conocidos por nadie hasta el Carrousel. La reina iba del brazo con uno de los guardias de corps, y llevaba de la mano á la princesa. Al cruzar el Carrousel, encontró á Mr. de La-Fayette, con uno ó dos oficiales de su estado mayor, que iba entrando en las Tullerías á convencerse por sí mismo del buen cumplimiento de las disposiciones dictadas por las revelaciones de aquel dia; estremeciése al conocer al hombre que representaba para ella la insurreccion y el cautiverio; pero al verse lejos de su vista, creyó haberse librado de la na-

cion entera, y se sonrió considerando la decepcion de aquel Argos burlado, que al dia siguiente no podria ya entregar al pueblo sus cautivos. Un poco mas atrás iba Nina. Isabel, tambien apoyada en el brazo de uno de los guardias, y el rey quiso salir el último con el Delfin, que contaba entonces siete años; delante del rey, sirviéndole de guia, iba el conde de Fersen, que habia cambiado su traje por uno de cochero. El punto de reunion para la familia real, era el pretil de los Teatinos, donde aguardaban los viajeros dos coches de alquiler. Las criadas de la reina y la marquesa de Tourzel habian salido antes.

Con la turbacion de una fuga tan difícil y arriesgada, la reina y su guia atravesaron el puente real y empezaron á internarse en la calle del Bac; pero al advertir en lo estraviada que iba, comenzó á inquietarse, y volvió atrás con bastante precipitacion. El rey y su hijo, que debian acudir á aquel mismo sitio por calles bien escusadas y por otro puen-

te, tardaron media hora, que se les hizo un siglo á su esposa y á su hermana. Llegaron por fin, y subieron aceleradamente al primer coche. El conde de Fersen ocupó el pescante, cogió las riendas, y condujo à la familia real hasta Bondy, primera parada de posta entre París y Chalons. Aqui hallaron engan- chados ya por la diligencia del conde la berlina constroida para el rey, y un ca- briolé; las dos criadas de la reina y uno de los guardias de corps disfrazados, su- bieron al cabriolé, y á la berlina el rey, la reina, el Delfin, la princesa, Mma. Isabel y la marquesa de Tourzel. Los dos guar- dias de corps restantes se acomodaren, uno en el pescante y otro en la tra- sera. Besó el conde de Fersen las manos del rey y de la reina, y confiándolo al cuidado de la Providencia, se volvió á París, de donde salió aquella misma no- che por otro camino, con direccion á Bruselas, para reunirse mas tarde con la familia real. A la misma hora, el conde de Provenza, hermano del rey, tambien

salía del palacio de Luxemburgo para cocaminarse á Bruselas, á donde llegó sin ser conocido de nadie.

X.

Los cárruages del rey caminaban hácia Chalons, y pocos instantes antes de llegar á las paradas se disponian los tiros de ocho caballos. La multitud de caballos, la amplitud y estraña forma de la berlina, el número de viágeros que iban dentro de ella, los guardias de corps, cuya librea sentaba muy mal á su noble fisonomía y á su actitud de militares, y el aspecto borbónico de Luis XVI, que iba en el fondo y en un rincon del carruage, y que contrastaba con su traje de ayuda de cámara: todas estas circunstancias bastaban para hacerlos sos-

pechosos y comprometer su salvación; pero el pasaporte del ministro de negocios extranjeros disipaba todo recelo, pues iba puesto en estos términos: «En nombre del rey, mandamos que se deje pasar á M^{ma}. la baronesa de Korf, que se dirige á Francfort con sus dos hijos, una doncella, un ayuda de cámara y tres criados;» y debajo: «El ministro de negocios extranjeros, *Montmorin*». El apellido extranjero, el título de baronesa alemana, la opulencia proverbial de los banqueros de Francfort, que sabia el pueblo cuánto gastaban en magníficos y extraños equipages, todo lo calculó perfectamente el conde de Fersen, para que no se fijase la atención en lo sospechoso y desusado de aquella comitiva; y en efecto, no causó ninguna admiración en los pueblos, ni retardó la marcha hasta Montmirail, pueblo situado entre Meaux y Châlons. Aquí tuvieron que hacer una reparacion en la berlina, por lo que se retardó una hora la marcha, retraso que consternó á los fugiti-

vos, porque en el entretanto podia haberse descubierto en las Tullerías la fuga del monarca, y haberse despachado correos en su persecucion; pero sin embargo, reparóse pronto el coche, y volvieron á partir los viajeros sin presumir que aquella hora perdida podia costar la vida á cuatro personas de cinco que la familia real componian.

Llenos de regocijo y confianza caminaban. El buen resultado de su evasion del palacio, su salida de París, la puntualidad de los tiros hasta entonces, la soledad de los caminos, lo desapercibido que estaban los pueblos por donde tenian necesidad de pasar, tantos peligros como dejaban detrás, la libertad que les aguardaba, cada paso que daban hacia Mr. de Bouillé y las tropas fieles que este tenia preparadas para recibirlos, hasta lo templado de la estacion y lo sereno del dia tan hermoso á unos ojos que hacia dos años no miraban mas que las turbas amotinadas de las Tullerías ó las selvas de bayonetas del pue-

blo bajo sus ventanas: todo les causaba alegría á los corazones, todo les hacia creer que la Providencia se declaraba al fin en su favor, y que las súplicas fervientes y puras de aquellos niños que iban sentados encima de sus rodillas, y de aquel ángel visible que los acompañaba bajo el aspecto de M^{ra}. Isabel, habian vencido el rigor obstinado de su suerte.

Entraron en Chalons con tan felices auspicios, que era la única poblacion grande que tenian que atravesar. Las tres y media de la tarde eran, y entretanto se mudaban los caballos, se aproximaban algunos curiosos á los coches. El rey se mostró algo imprudente en asomarse á la portezuela, y el maestro de postas le conoció; mas el buen hombre vió que comprometia la vida de su soberano á la mas insignificante mirada ó al menor gesto de sorpresa, y reprimió dentro del pecho su conmocion; y llamando hácia otra parte la atencion de la multitud, ayudó á enganchar los ca-

ballos al coche del rey, y dió priesa á los postillones para que partiesen. De todo aquel pueblo, aquel hombre fué el único á quien no manchó la sangre de su rey.

Salió el carruage de las puertas de Chalons; y el rey, la reina y Mma. Isabel hicieron esta exclamacion á un mismo tiempo: «¡Nos hemos salvado!» Efectivamente, pasado Chalons, ya no dependia de la casualidad la libertad del rey, sino de la prudencia y de la fuerza: El primer punto de parada estaba en Font-Sommeville. Hemos visto antes, que en virtud de las disposiciones de Mr. de Bouillé, debian hallarse en este punto con un destacamento de cincuenta húsares, para proteger al rey, y en caso necesario replegarse tras él, Mr. Choiseul y Mr. de Guoguelas, los cuales debian asimismo, apenas divisasen el coche del rey, enviar un húsar á dar aviso al piquete de Sainte-Menehould, y despues al de Clermont, de la próxima llegada de la real familia. El rey estaba

bien seguro de encontrar allí á los suyos; pero no halló á nadie, pues hacia media hora que se habian retirado Cheiseul, Guoguelas y los cincuenta húsares. El pueblo parecia inquieto y agitado, y andaba murmurando al rededor de los carruages, ecsaminando con bastante desconfianza á los viageros; sin embargo, nadie enteramente se atrevió á detenerlos, y el rey llegó á Sainte-Menehould á las siete y media de la tarde, que en aquella estacion todavia era dia claro. Inquieto el rey por haber pasado dos de los puntos designados sin encontrar escolta alguna, sacó, por un movimiento natural, la cabeza por la portezuela para ver si entre la muchedumbre habia algun oficial que supiese explicarle el motivo de la falta de los destacamentos. Este movimiento fué su perdicion, porque el hijo del maestro de postas, Drouet, conoció al rey, sin haberle visto jamás, por su semejanza con el busto de Luis XVI que tenia estampado en la moneda.

Sin embargo, como ya estaban en-
ganchados los coches, los postillones á
caballo, y la poblacion ocupada por un
destacamento de dragones que podian fa-
vorecer la salida, no se atrevió aquel jó-
ven á detener por si solo los carruages
en aquel punto.

XI.

Estaba el comandante del destacamento
de dragones paseándose en la plaza, y ha-
bia reconocido tambien los coches del
rey, por las señas que se le habian da-
do, entonces quiso hacer montar á los
soldados, y que fuesen siguiendo al rey;
pero habiendo llegado á noticia de los
guardias nacionales de Sainte-Menchould,
por ciertos rumores sordos, de la seme-

janza de los viajeros con las fisonomías de la familia real, cercaron todo el cuartel, cerraron también la puerta de las cuerdas, y se opusieron á la salida de los dragones. Mientras duraba este movimiento rápido é instintivo del pueblo, ensillaba el hijo del maestro de postas un buen caballo, y partia á todo escape para llegar á Varennes antes que los coches, declarar al instante todas sus sospechas á la municipalidad de aquel punto, y escitar á los patriotas á que arrestasen al monarca; y mientras ganaba el camino de Varennes, el rey, cuya suerte estaba en sus manos, seguia sin ningun recelo su marcha encaminándose al mismo punto. Drouet estaba bien seguro de llegar antes, porque el camino de Sainte-Menehould á Varennes describe un ángulo considerable, y pasa por Clermont, donde se encuentra una parada, mientras que el camino recto, que únicamente es para gente de á pié y caballerías, se aleja de Clermont, y vá á parar en derechura á Varennes, abreviando cuatro

legnas la distancia entre dicho punto y Sainte-Menehould. Drouet tenia pues, tiempo sobrado, y el peligro corria mas que la salvacion; mas por un extraño incidente de la casualidad, la muerte tambien le iba á Drouet á los alcances, y amenazaba sus dias sin que él lo supiese, mientras él amenazaba los de su soberano, ignorante tambien de ello.

Un oficial de los dragones encerrado en el cuarto de Sainte-Menehould habia encontrado medio de montar á caballo, y librarse de la vigilancia del pueblo; é instruido por su comandante de la salida precipitada de Drouet, sospechando el motivo, partió en su persecucion por el camino de Varennes, en la seguridad de alcanzarle, y enteramente resuelto á quitarle la vida. Llegó en efecto á avistarle; pero se quedó á cierta distancia para no escitar sus sospechas, y caer sobre él en momento oportuno, y en un punto aislado del camino; pero Drouet, que se habia vuelto varias veces á mirar si le seguia alguien, le des-

enbrió y adivinó su pensamiento; y como natural del país y conocedor del terreno, se salió de repente fuera del camino por enmedio de los campos, y ganando un bosque, donde se internó con su caballo, logró que le perdiese de vista el oficial, y prosiguió á todo escape hácia Varennes.

El rey llegó á Clermont, y fue reconocido por el conde Cárlos de Damas, que le estaba aguardando puesto al frente de dos escuadrones. La municipalidad de Clermont, que recelaba alguna cosa de la permanencia de aquellas tropas en el pueblo, no puso obstáculo á la salida de los carruages; pero mandó á los dragones que no saliesen, y éstos obedecieron al pueblo. El conde de Damas, tuvo que abandonar á toda su gente, y escapar á galope, con un oficial y tres dragones hácia Varennes, á cierta distancia del rey: auxilio pequeño y tardío.

La real familia, encerrada en su berlina, y viendo que nada se oponia á su marcha, ignoraba todos estos incidentes.

Las once y media de la noche eran cuando llegaron los carruages á las primeras casas del pueblecillo de Varennes. Toda la gente estaba recogida, todo estaba desierto y enteramente silencioso. Recordaremos que Varennes no estaba en la línea de postas de Chalons à Montmedy, y que por consiguiente no debia haber allí tiro alguno; pero que se habia convenido entre el rey y Bouillé que estuviesen preparados de antemano los caballos de Mr. de Choiseul en un punto indicado de Varennes, y los engancharian á los coches para conducirlos á Dun y Stenay, donde estaba esperando Mr. de Bouillé. Sabemos tambien que Choiseul y Guoguelas, que con arreglo á las instrucciones de Mr. de Bouillé debian esperar al rey en Pont-Sommeville con el destacamento de cincuenta húsares, y replegarse despues tras él, no le habian esperado, ni per consiguiente seguido. En vez de hallarse en Varennes al mismo tiempo que la familia real, echaron ambos oficiales con su destacamento, al

salir de Pont-Sommeville, por un camino distante de Sainte-Menehould, que prolonga algunas leguas de distancia entre Pont-Sommeville y Varennes, con el fin de no pasar por Sainte-Menehould, donde la presencia de los húsares habia producido la antevíspera alguna fermentacion. De esto resultaba, que ni Mr. de Guoguelas ni Mr. de Choiseul, confidentes ambos y guias de la fuga, estaban en Varennes cuando llegó el rey, presentándose una hora despues. Los coches se detuvieron á la entrada de Varennes.

Sorprendido el rey de no ver á ninguno de los dos, ni la escolta ni los tiros, escuchaba con ansiedad por si oia el chasquido de alguna látigo de postillon, que seria señal de que llegaban los caballos necesarios para proteger su viage. Bajáronse los tres guardias de corps, y fueron preguntando de casa en casa si sabian dónde estaban los caballos; pero nadie supo darles indicios.

XII.

Se compone el pueblo de Varennes de dos caseríos distintos, pueblo alto y pueblo bajo, separados por un río y un puente, y Mr. de Guoguelas había colocado el tiro en el pueblo bajo, de la parte allá del puente: resolución bastante acertada, porque así pasaban los coches el puente con los caballos sacados de Clermont, y en caso de una conmoción popular, atravesado ya el puente, era mucho más fácil mudar de caballos y seguir la marche; pero era menester que el rey supiese esto, y lo ignoraba. Alarmado profundamente, así como la reina, se bajaron ambos del carruaje y anduvieron media hora por las calles desiertas del pueblo alto buscando los caballos, llamau-

á las puertas de las casas donde veían luz, y preguntando, pero nadie les daba razon. Se vuelven por fin desalentados á los coches, que los posiciones habian perdido la paciencia y querian desenganchar y dejar allí; pero á fuerza de muchos ruegos, de promesas y de dinero, pudieron conseguir que volbiesen á montar otra vez á caballo y pasasen adelante. Partieron pues de nuevo, y los viageros volvieron á la tranquilidad, atribuyendo este incidente á la mala inteligencia, y con la esperanza de verse dentro de breves minutos al lado de Mr. de Bouillé. Atravesaron el pueblo alto sin obstáculo alguno; las casas que estaban cerradas se hallaban en el mas profundo silencio; solo velaban algunos, y estos yacian callados y enteramente ocultos.

Hay una torre entre el pueblo alto y el bajo que los separa á la entrada del puente. Se sostiene aquella en una bóveda maciza, sombría y estrecha, que los coches tienen que pasar muy despa-

cio, y donde al menor obstáculo puede hacerlos detener: resto del feudalismo, y celada siniestra donde la nobleza hacia caer en otro tiempo á los pueblos, y donde por una venganza estraña debia el pueblo esta vez apoderarse de toda una monarquía. No habian hecho mas que penetrar los coches en la oscuridad de aquella bóveda, cuando asombrados los caballos de una carreta que habia al paso y de otros varios obstáculos que allí habian puesto, se detuvieron, y saliendo de la oscuridad cinco ó seis hombres armados, se ponen delante de los caballos, y en los pescantes y portezuelas de los coches, y mandan á los viajeros que se bajen y vayan con ellos á la municipalidad á reconocer sus pasaportes. El que mandaba así á su rey era Drouet, el cual llegado que hubo de Sainte-Menehould, fué á despertar de su primer sueño á varios jóvenes y patriotas amigos suyo, y les hizo sabedor de sus sospechas y la inquietud de que estaba poseido. Dudosos de si serian fundados

sus recelos, y querian aun reservar para sí esclusivamente la gloria de prender al rey de Francia, no quisieron dar parte á la municipalidad, ni despertaron á los vecinos, ni alarmaron el pueblo. Albagaba á su patriotismo mas la apariencia de un complot, y se creyeron por sí solos la nacion entera.

La repentina aparicion, las voces que daban, y el brillo de los sables y bayonetas, obligaron á los guardias de corps à levantarse y echar mano de las armas que llevaban ocultas, preguntando al rey con los ojos lo que debian de hacer; mas este les prohibió que se valieran de la fuerza para forzar el paso. Volvieron pues atrás los caballos y los coches, escoltados por Drouet y sus amigos, y pararon delante de la casa de un tendero llamado Sausse, que era tambien procurador síndico del ayuntamiento de Varennes. Allí se bajaron el rey y su familia, para examinar los pasaportes y averiguar la realidad de las sospechas del pueblo. Al mismo tiempo se esparcen

por todas las calles los amigos de Drouet, dando voces, llamando á las casas, subiéndose al campanario y tacando á rebato; levántanse los vecinos asustados, se reúnen todos los guardias nacionales del pueblo y de los campos vecinos á la puerta de Mr. Sausse, y otros acuden al cuartel del destacamento para seducir á las tropas ó desarmarlas. En vano se empeña el rey en ocultar al principio quién es, pues le contradecian su semblante y el de la reina, viendo lo cual, se declara al alcalde y á los concejales, y cogiendo de la mano á Mr. de Sausse: «Sí, soy vuestro rey, dice, y confío mi suerte, la de mi esposa, la de mi hermana y la de mis hijos á vuestra fidelidad. »En vuestras propias manos están la dicha del imperio, la paz del reino, y hasta el bien de la constitucion. Dejadme partir; no huyo al extranjero, no salgo del reino; únicamente voy á ponerme en medio de mi ejército, á una población francesa para recobrar mi libertad real, de que me privan los facciosos en

»París, y á tratar desde allí con la asamblea, dominada como yo por el terror del populacho. No voy á destruir, sino á observar y asegurar la constitucion, y si me deteneis aquí, pereceremos ella, yo, y quizás la Francia. ¡Os lo ruego como hombre, como esposo, como padre y como ciudadano! ¡Dejadnos seguir nuestro camino, y dentro de una hora estamos en salvo, y con nosotros lo está la Francia! ¡Y si abrigáis en vuestros corazones la fidelidad que profesan vuestras palabras al que ha sido señor vuestro, os lo mando como rey!»

XIII.

Llenos de respeto y enternecidos en medio de su violencia aquellos hombres, vacilan y parece que ceden; sus semblan-

tes, sus lágrimas, manifiestan bien la lucha que traen entre su compasión natural por tan repentino fracaso de la suerte, y su conciencia de patriotas; y el espectáculo de un rey en actitud suplicante que les estrecha las manos, y de una reina ya imponente, ya humillada, que se esfuerza, desesperada unas veces y rogando otras, á conseguir de sus lábios el consentimiento de continuar otra vez su marcha, los trastorna enteramente. Cederían, no atendiendo mas que al efecto de sus almas; pero empiezan á temer la responsabilidad en que incurren por su indulgencia, pues el pueblo les pedirá á su rey y la nación á su gefe. El egoismo los hace insensibles, y la muger de Sausse, á quien su marido consulta con los ojos, y cuyo corazon espera la reina que se ablande mas, es la que permanece mas indiferente. Mientras el rey habla á los concejales, María Antonia fuera de sí, con sus niños en la falda, y sentada en la tienda entre dos fardos, poniendo á sus hijos delante de Mma.

Sausse: «¡Vos sois madre tambien, la
 »dice, y sois muger! La dicha de una mu-
 »ger y de una madre está en vuestras
 »manos! Figuraos lo que debo sentir
 »por estos hijos y por mí marido! Con
 »una sola palabra que digais, os seré
 »deudora de ellos! La reina de Francia
 »os deberá mas que su reino, mas que
 »la vida!» Señora, responde secamente la
 muger del tendero con el trivial buen
 sentido de un corazon en que el in-
 terés sofoca la generosidad: «Yo bien qui-
 »siera poder seros útil. Vos pensais en
 »el rey, yo pienso en Mr. Sausse; por-
 »que una muger no debe mas que pensar
 »en su marido.»

Aun no hay esperanza alguna, cuando
 ni siquiera ecsiste compasion en el alma
 de una muger. Llena de cólera è indig-
 nacion la reina, se retira con Mma. Isa-
 bel y sus hijos á dos piecечitas altas de
 la casa de Mma. Sausse, y allí se des-
 hace en lágrimas, mientras el rey, rodea-
 do abajo de concejales y guardias nacio-
 nales, renuncia tambien á convencerlos,

y sube y baja sin cesar la escalera de madera de la miserable tiendecilla, hablando tan pronto á la reina como á su hermana, y á su hermana como á sus hijos. Lo que no ha podido conseguir de la conmiseracion, lo espera del tiempo y de la fuerza, pues no puede persuadirse de que unos hombres que le manifiestan cierta sensibilidad y una especie de culto, se obstinen en detenerle y aguardar las órdenes de la asamblea. En todo caso cree que será libertado, antes de que vuelvan los partes despachados á París, por las tropas de Mr. de Bouillé, de que sabe estar muy próximo aunque el pueblo estaba ignorante; solamente le maravilla que tarde tanto el socorro en presentarse. Sin embargo transcurrian las horas, se pasaba la noche, y no venia el socorro.

XIV.

El oficial apostado por Mr. de Bouillé en Varennes, que tenia el mando del escuadron de húsares, no estaba enteramente en el secreto del complot, habiéndosele anunciado solamente que debía pasar un tesoro, y él tenia que ir escoltándolo. No llegaba ningun correo ni ninguna noticia de Sainte-Menehould para que reuniese la tropa, ni tampoco Choiseul y Guogaelas, que debian hacer su entrada en Varennes antes que el rey, y comunicar à este oficial las últimas órdenes secretas; de suerte que se veia del todo aislado y sin saber qué determinacion tomar. Otros dos oficiales, que estaban tambien en el secreto del viage y habia enviado Mr. de Bouillé sin tropas

á Varennes se hallaban en el pueblo bajo, y en el mismo sitio que los caballos de Mr. de Choiseul destinados para los coches del rey; más no sabian lo que sucedia en la otra parte del pueblo, y aguardaban, conforme á las órdenes que tenian, que se presentase Mr. de Guoguelas, cuando oyeron tocar á arrebato.

En el entretanto se acercaban velozmente á Varennes, Choiseul y Guoguelas con el conde Carlos de Damas y sus tres fieles dragones, que milagrosamente se habian salvado de la insurreccion del escuadron de Clermont; mas al llegar á las cercanias del pueblo, tres cuartos de hora despues de arrestado el rey, los divisó la guardia nacional, les detuvo y les hizo echar á tierra, antes de permitirles entrar. Pidieron ser llevados á la presencia del rey, y los condujeron; les prohibió S. M. que se valiesen de la violencia, aguardando de un instante á otro que llegasen las fuerzas

superiores de Mr. de Bouillé. A pesar de todo, Mr. de Guoguelas salió de la casa, vió á los húsares unidos con el pueblo en la plaza, y queriendo probar su fidelidad, les dice temerariamente: «Húsares, ¿por quién estais, por la nacion, ó por el rey?— ¡Viva la nacion! contestaron los soldados; siempre estames y estaremos por ella.» Empezó el pueblo á aplaudir, y un sargento de la guardia nacional se encargó del mando de los húsares. Su comandante tuvo que huir, y fué á reunirse al pueblo bajo, con los dos oficiales que tenían los caballos de Mr. de Cheisenl, saliendo los tres del pueblo, y yendo á Dun á dar parte á su general.

Les habian hecho fuego á estos dos oficiales, cuando cerciorados del arresto de los coches, habian tratado de llegar á donde se hallaba el rey. Transcurrió toda la noche con estos acontecimientos, y ya iban llegando armados los guardias nacionales de las cercanías á Varennes, donde hacian barricadas entre el pueblo

alto y el bajo, mientras la municipalidad despachaba propios á las de Metz y Verdun, para que al instante enviasen á Varennes tropas y artillería que evitasen la libertad del rey, pues la fuerza de Mr. de Bouillé se iba aprocsimando.

En el entretanto, el rey, la reina, Mma. Isabel y los príncipes descansaban algunos instantes, sin desnudarse, en casa de monsieur Sausse, entre el raido amenazador y las voces del pueblo inquieto, que á cada momento iba agolpándose en ecido número bajo sus ventanas. Así esteraban las cosas en Varennes, á las siete de la mañana. La reina no dormía. Todas sus pasiones de muger, de madre y de reina, se apoderaron de su alma de tal manera, que sus cabellos, rubios el dia antes, al siguiente estaban ya blancos.

XV.

Reinabā en París un profundo misterio acerca de la fuga del rey. La-Fayette, habia estado dos veces en las Tullerías á convencerse por sus propios ojos del cumplimiento severo de sus órdenes, salió la segunda, à media noche, en la creencia de que dentro de aquellos muros se conservaba como antes el cautivō del pueblo. Mas á las siete de la mañana del 21 de junio, entraron en los aposentos del rey y de la reina las personas de la servidumbre de palacio, y encontrando intacto los lechos y desiertas las habitaciones, esparcieron la admiracion y el terror entre la guardia de palacio; de manera que la familia fugitiva llevaba diez ó doce horas de de-

lantera á los que intentasen perseguirlos; y aun en la suposición de que se acertase el camino y se los alcanzase, no podia esto suceder sino por medio de correos, los cuales serian detenidos fácilmente por los guardias de corps que acompañaban al rey. Por otra parte, solo se opondrian á viva fuerza á la fuga aquellos pueblos ocupados ya para protegerla por los destacamentos de Mr. de Bouillé.

Mas los habitantes de París iban ya despertando, y el rumor principiado en palacio cundia por los barrios inmediatos, y de unos en otros llegaba hasta los arrabales. Se decian las gentes: el rey se ha fágado, y nadie queria creerlo. Se agolpaban al pάλacio para convencerse, se preguntaba á la guardia, se denostaba á los traidores; y todos creian caminar sobre un volcan prócsimo á estallar. Fulminábase imprecaciones contra La-Fayette, cuyo nombre invocaban todos; «Pero ¿es estúpido ese hombre, decian, ó está de acuerdo? ¿Có-

«mo es que sin su cooperacion han podido evadirse tantas personas, por medio de tantas revueltas, cerrojos y «vigilantes?» Se penetraba á viva fuerza para visitar las habitaciones, cuyos rincones escodriñaba el pueblo, y entre asombrado è indignado, se vengaba en los objetos inanimados, del mucho respeto que se habia tenido en aquellas régias estancias. Del terror se trasladaban á la mofa, el uno descolgaba un retrato del rey de una alcoba, y le ponía como un mueble que estaba de venta á la puerta del palacio, mientras una verdulera tomaba posesion del lecho de la reina para vender su mercancía, y decia: «Ahora le toca á la nacion estar con comodidad.» A una jóven quisieron adornarla con un gorro de la reina, y ella decia que iban á mancharle la frente, y lo tiraba y pisoteaba con desprecio y con indignacion. Entraron tambien en la sala de estudio del Delfin, pero enternecido el pueblo, respetó los libros, los mapas y los demás instrumentos del niño rey. Un ia-

menso pueblo llenaba las calles y plazas; se reunían las guardias nacionales, los tambores tocaban generala, y de minuto en minuto sonaba el cañon de alarma. En todas partes se presentaban hombres armados, con gorros de lana, principio de los gorros encarnados; y eclipsaban los uniformes: Sauterre, jefe de motin de los arrabales y cervecero de profesion, conducía á sus órdenes al pié de dos mil lanzas. Comenzaba la cólera del pueblo á sobreponerse á su terror, y se desahogaba en palabras y en acciones injuriosas contra el trono. Se mutilaba en la Greve el busto de Luis XVI, puesto bajo la siniestra linterna (*farol*) que habia servido de instrumento á los primeros crímenes de la revolucion. ¿Cuándo, decían los demagogos, tomará el pueblo justicia de todos estos reyes de bronce y mármol, monumentos vergonzosos de su esclavitud é idolatría? En cualquier parte donde habia retratos del rey, eran arrancados; los hacían pedazos unos, y otros se contentaban con

ponerles una venda sobre los ojos, en señal de lo ciego que estaba el príncipe, se quitaban de todas las muestras las palabras de rey, reina y Borbon; á la nomenclatura de palacio real, se sustituía el de palacio de Orleans; y los clubs, reunidos apresuradamente, prorrumpían en proposiciones frenéticas del todo. El de los franciscanos decretaba, que la asamblea nacional había entregado la Francia á la esclavitud, proclamando la herencia de la corona, y pedía que se suprimiese para siempre el nombre odioso de rey, y se constituyese en república el reino; Danton le inspiraba su audacia y Marat su demencia. Acogíanse y se destruían unos á otros los rumores mas necios y absurdos: los unos, que el rey había tomado el camino de Metz; los otros, que la familia real se había escapado por una cloaca. Camilo Desmoulins escitaba el buen humor del pueblo, para dar una prueba mas insultante de su desprecio. Las paredes de las Tullerías se hallaban casi cubiertas de carteles prometiendo

una moderada recompensa á los que devolviesen los animales dañinos é inmundos que se habian escapado de aquel sitio, y en el jardin se hacian á voz en grito proposiciones ridiculas. «Pueblo, decian algunos eradores subidos en sillas, »seria una desgracia que volviese á nuestro poder aquel rey inicuo. ¿Qué deberiamos hacer con él? Vendria como »Tersites llorando aquellos grandes langrimones de que nos habla Homero, »y nos enterneceria. Si llega á volver »propongo que esté espuesto tres dias »consecutivos al escarnio público con un »pañuelo encarnado en la cabeza; que se »le conduzca acto continuo de justicia en »justicia hasta la frontera, y que al llegar allí á puntapié se le eche del reino.» Freron hacia vender sus noticias del día por los grupos, y en uno de aquellos papeles se leia: «¡Se ha marchado el rey imbécil, el rey perjuro! Se »ha marchado la perversa reina, que reune á la lubricidad de Mesalina la sed »de sangre que consumia á Médicis!

»¡Maldita muger, forja infernal de la
 »Francia, tú eras el alma de la conspi-
 »racion!» Y el pueblo, que repetía estas
 palabras, iba de calle en calle fulminan-
 do imprecaciones odiosas que daban pá-
 bulo á su rencor y escacerbaban sus te-
 mores.

XVI.

Eran las diez cuando anunciaron el de-
 partamento y la municipalidad á la nacion
 el suceso de aquella noche, verificándolo
 por medio de tres cañonazos. Se ha-
 laba ya reunida la asamblea nacional, y
 el presidente le anunció que Mr. Bailly,
 corregidor de París, se habia presentado
 á hacerle saber que el rey y su familia
 habian sido arrebatados de las Tullerías,
 en la misma noche, por los enemigos de

la causa pública. Sabedora la asamblea minuciosamente de esto mismo, oyó la comunicacion con un silencio profundo é imponente, pues parecia que en aquellos solemnes momentos la gravedad del peligro público le comunicaba una serenidad magestuosa, y que se habia reunido toda la sensatez en los representantes de una gran nacion. A los discursos, á los actos y á las resoluciones, se hacia superior un solo pensamiento: sostener y defender la constitucion; á pesar de estar el rey ausente y faltando el trono; apoderarse de la regencia momentánea del reino, llamar á los ministros, despachar correos en todas direcciones, detener á cuantas personas sospechosas saliesen del reino, visitar los arsenales, fabricar armas, enviar á los generales á sus destinos y cubrir las fronteras de tropas: todas estas proposiciones fueron decretadas en un instante. No hubo allí mas que una opinion; se adhirióron todos al dictámen de la izquierda. Anunciase que uno de los edecanes en-

viados por La-Fayette, bajo su responsabilidad y antes que lo mandase la asamblea, para detener al rey, se hallaba en poder del pueblo, que acusaba de traidores á La-Fayette y á su estado mayor; y se remitió orden para que le pusiesen en plena libertad. El edecán entra en el salon, dá cuenta del objeto de su comision, la asamblea le dá otra orden confirmando la de La-Fayette, y pónese en camino el oficial. Observa Barnave un nuevo riesgo en el encono del pueblo contra La-Fayette; sube á la tribuna, y aunque enemigo del general popular, le defiende generosa y hábilmente contra las sospechas de aquel pueblo próximo á volverle la espalda. Dícese que al suceder á Mirabeau en la asamblea hacia algunos dias los Lameth y Barnave, conocieron, como él, lo necesario que era estar en secreto de acuerdo con aquel resto de la monarquía. Háblase de comunicaciones sigilosas entre Barnave y el rey, de convenio para la fuga, de resoluciones aparentes; mas estos rumores, adop-

tados por el mismo La-Fayette en sus *Memorias*, no se habian divulgado entonces, y aun hoy dia no se habian confirmado. «Lo primero á que debemos atender, «dijo Barnave, es á restituir la confianza »del pueblo á quien le corresponde por »derecho. Ecsiste un hombre sobre quien »la inquietud popular querria hacer recaer »desconfianzas que estoy firmemente se- »guro de que no son justas. Pongámonos »entre ellas y el pueblo. Tenemos ne- »cesidad de una fuerza central, de un »brazo que obre, mediante á que no »tenemos mas que una cabeza que dis- »curra. Ha mostredo Mr. de La Fayette »desde el principio de la revolucion las »miras y conducta de un buen ciuda- »dano, y es de suma importancia que »conservase su crédito para con la nacion »entera. Se necesita fuerza en París, pero »tambien se necesita tranquilidad; y vo- »sotros sois quien debe dirigir aque- »lla.»

Se votaron estas palabras como testo de la proclama. Acto continuo, se anuncia

que un orador del lado derecho, Mr. de Cazalès, está en poder del pueblo y espuesto al mayor riesgo en las Tullerías. Se nombran seis comisarios que vayan á protegerle, y le traen. Sube á la tribuna, irritado á la vez contra el pueblo de quien acaba de verse libre, y contra el rey que ha abandonado à sus adictos sin prevenirselo. «Me he hallado á pique, » esclama, de ser hecho pedazos por el » pueblo; y si no hubiera sido por el auxilio » de la guardia nacional de París, que » me ha manifestado una predileccion...» Al oír estas palabras, que manifestaban en el pensamiento del orador realista pretensiones de popularidad personal, se subleva la asamblea, y la izquierda prorrumpe en murmullos. «Mi intencion no » ha sido hablar de mí, añade Cazalès, » sino del interés público. Con gusto » sacrificaré mi débil existencia, y tiempo » hace que este sacrificio he hecho; mas » conviene á todo el reino que no dis- » traigan vuestras sesiones esos tumultos » en los momentos de crisis en que nos

«hallamos, y por consiguiente doy mi apoyo à cuantas disposiciones de orden »y de fuerza se acaban de decretar » Últimamente, á propuesta de varios individuos, decide la asamblea, que mientras dure la ausencia del rey ejerza ella todos los poderes, y que los ministros den inmediatamente cumplimiento á sus decretos, sin necesidad de sancionarlos ni aceptarlos. La asamblea se apoderò al instante, y con mano firme, de la dictadura, y se declaró en permanente sesión.

XVII.

En el entretanto, con el derecho que dà la prudencia y la necesidad resumia en sí todos los poderes; La Fayette se arrojaba con su serena audacia en medio

del pueblo, para recobrar, con riesgo de su vida, la confianza que se le había negado. El primer impulso del pueblo debía concluir con un general infame que le había respondido del rey con su cabeza, y á pesar de esto le había dejado escapar; muy bien comprendió La Fayette su peligro, y lo superó arrostrándolo todo; sabedor bien pronto por sus oficiales de la evasión, acudió á las Tuillerías y encontró allí al corregidor de París, Bailly, y al presidente de la asamblea, Beauharnais. Ambos sentían del tiempo que iba á perderse sin perseguir á los prófugos, mientras se reuniese la asamblea y pudiesen ser ejecutorios sus decretos. «¿Estais creido, les dijo La Fayette, qué es necesario á la salvación pública la prision del rey y su familia, y lo único que puede librar-nos de la guerra civil?—A no dudar, contestaron el corregidor y el presidente.—Pues bien, tomo sobre mí la responsabilidad de esta prision,» replicó La Fayette; y al momento dió orden dando

plenas facultades à todos los guardias nacionales y ciudadanos para prender al rey donde quiera lo encontrasen. Era asimismo una dictadura, y la mas personal de todas, que un solo hombre contrajese este compromiso, haciendo las veces de asamblea y de nacion, atentando por sola su autoridad y el derecho de su prevision cívica, à la libertad y quizás tambien á la vida del gefe legal de la nacion. Esta orden fué la que condujo à Luis XVI al cadalso, porque devolvió al pueblo su víctima. «Por dicha suya», escribe en sus *Memorias*, despues de las atrocidades que experimentaron aquellas angustas víctimas, «por dicha suya, no »se debió su prision á sus órdenes, sino »à la casualidad de haber sido conocido »por un maestro de postas, y á varias »disposiciones mal calculadas.» Asi mandaba el ciudadano lo que tenia el hombre se realizase, y transcurrido algun tiempo, protestaba contra el patriotismo la sensibilidad.

Partió La-Fayette de las Tullerías, y se trasladó á caballo al ayuntamiento. Llenas las calles de una inmensa muchedumbre, desahogábase esta en imprecaciones contra él, pero todo lo arrostraba con aparente serenidad. Llegado que fué á la plaza de Greve, y yendo casi solo, encontró al duque de Aumont, uno de sus gefes de division, entre las manos del pueblo, resuelto á acabar con su vida; y abriéndose paso por entre la multitud admirada de su arrojo, le puso en salvo, recobrando así por la fuerza el imperio que estaba prócsimo á perder juntamente con la vida. «¿De qué os quejais? dice al pueblo. ¿No es cierto que gana cada ciudadano veinte sueldos de renta con la supresion de la lista civil? Y si la huida del rey es una desgracia lamentable, ¿qué nombre dareis á una contrarrevolucion que os quitaria la libertad?» Partió del ayuntamiento con una escolta, y con algunas mas confianza se dirigió á la asamblea. Entrado que fué en el salon, fué á sentarse junto á Camus. Mas este

levantándose con indignacion: «¡Fuera de este sitio uniformes! gritó; en este sagrado recinto no debemos ver uniformes ni armas.» Tambien se levantaron algunos individuos de la izquierda, y gritaron á La-Fayette: ¡fuera del salon! amenazando con terribles ademanes al general acobardado; mas otros individuos, amigos de La-Fayette, se pusieron á su lado é impusieron silencio á los gritos descompasados de Camus. La-Fayette consigue hablar en la barra, y despues de algunas palabras usuales sobre la libertad y el pueblo, suplica á la asamblea que oiga á su segundo, Mr. de Gouvion, á quien se hallaba confiada la guardia de las Tollerias. «Respondo de este oficial, dijo, y tomo sobre mí la responsabilidad.» Con bastante atencion oyóse á Mr. Gouvion, y este aseguró que se habian vigilado cuidadosamente las salidas del palacio, y que el rey no habia podido evadirse por ninguna puerta, lo que aseguró tambien Mr. Bailly, corregidor de París. Acto continuo se presentó en la barra el intendente de la lista civil, Mr. de Laporte,

con el manifiesto que el rey había dejado á su pueblo. ¿Por qué conducto lo habeis recibido? le preguntan.—El rey, responde Mr. de Laporte, lo dejó cerrado con una carta para mí.—Veamos lo que dice la carta, añade un individuo.—No, no, esclama toda la asamblea á un tiempo; es una carta confidencial, y no tenemos derecho á leerla. Igualmente se niegan á abrir una carta para la reina que se había hallado en una mesa de esta señora. La generosidad de la nacion, merced á su carácter, es superior en aquellos momentos al encono de los ánimos irritados.

En seguida se procede á leer el manifiesto del rey entre prolongados murmullos y estrepitosas carcajadas.

«Franceses, decia á su pueblo, mientras he abrigado esperanzas de ver renacer el orden y la felicidad pública, por las resoluciones acordadas entre mí y la asamblea, todo he podido sobrellevar: calumnias, insultos, ultrages, hasta la privacion de la libertad, todo lo he sufrido con resignacion; mas hoy que veo minado

el trono, violadas las proposiciones, comprometida la seguridad de las personas, é introducida la mas completa anarquía en todas las partes del imperio, me creo en el deber de dar cuenta á mis súbditos de los motivos de mi conducta. No temí confiarme en el mes de julio de 1789 á los parisienses, y el 5 y 6 de octubre, à pesar de hallarme ultrajado en mi palacio, y ser testigo ocular de la impunidad de todos los crímenes, no quise abandonar la Francia, temiendo escitar la guerra civil. He venido á establecerme en las Tullerías, privado hasta de las mas insignificantes comodidades de la vida; mis guardias de corps se me han quitado, matándose á mi presercia algunos de aquellos fieles caballeros; con infames calumnias se ha mancillado á la leal y amante esposa que participa de mi amor al pueblo, y ha tomado con bastante generosidad parte en todos los sacrificios que por él he hecho; convocacion de los estados generales, representacion doble concedida al estado llano, reunion de las órdenes, sacrificio del 20 de junio, no

he omitido por la nacion nada; y todos estos sacrificios han sido del todo inútiles, desagradecidos, empleados en contra mia. Preso se me ha tenido en mi propio palacio, tambien se me han impuesto carceleros en lugar de guardias, y se me ha hecho responsable de un gobierno que me han arrancado de las manos. En el encargo de conservar la dignidad de la Francia á los ojos de las potencias extranjeras, se me ha privado tambien del derecho de hacer la paz ó la guerra. Vuestra constitucion es una contradiccion perpétua entre los títulos que me confiere y las facultades que me rechusa. El gefe responsable de la anarquía soy yo únicamente, y la omnipotencia sediciosa de los clubs os priva á vosotros mismos del poder que me habeis quitado. Franceses, ¿era esto lo que aguardábais de vuestra regeneracion? En otro tiempo, una de vuestras virtudes era el amor que profesábais á vuestro rey; aquel mismo amor se ha convertido en ódio, y aquellos homenages en insultos. Desde Mr. Necker hasta el último faccioso, todo

el mundo ha sido rey, esceptuando el rey mismo. Se ha amenazado al rey con despojarle de este vano título, y con encerrar á la reina en un convento. Cuando en las noches de octubre se propuso á la asamblea que fuese á auxiliar al rey con su presencia, declaró esta que su dignidad no le permitia trasladarse al palacio. Se detuvo á las tias del rey, cuando con un fin religioso trataron de tomar su direccion para Roma. Se ha violentado hasta mi conciencia y mi fé religiosa, cuando despues de mi enfermedad quise ir á Saint-Cloud á acabar de reponerme, y temiéndose que me dirigiese á este sitio para practicar mis ejercicios religiosos con sacerdotes no joramentados, y desunciéndose mis caballos, me obligaron á volver á las Tuilerías. Ni el mismo Mr. de La-Fayette ha podido asegurar la obediencia á las leyes, ni aun el respeto debido á mi libertad. Se me ha puesto en la precision de alejar de mi lado hasta los capellanes de mi casa y el director de mi conciencia. En situacion como esta,

no me queda otro medio que apelar á la justicia y amor de mi pueblo, teniéndome que refugiar fuera del alcance de los facciosos y de la opresion de la asamblea y de los clubs, en una culta poblacion de mi reino, para meditar desde allí, con entera libertad, en las modificaciones que ecsige la constitucion, en el restablecimiento de nuestra santa religion, en poner firme el poder real y en consolidar una libertad verdadera.»

Interrumpió la asamblea repetidas veces la lectura de este manifiesto, unas con risas estrepitosas y otras con estremos de cólera, pasó, sin cuidarse mas de él, á la órden del dia, y recibió el juramento á los generales empleados en Paris; y sucesivamente fueron viniendo á la barra diputaciones en crecido número de Paris y los departamentos cercanos, á dar á la asamblea nacional, seguridades de que seria considerada como centro de union de todos los ciudadanos fieles.

En aquella noche misma se espusieron al público, en los clubs de los fran-

ciscands y jacobinos, proposiciones para la destitucion del rey, declarando el primero en una de ellas, que todos los individuos comprendidos en ella, habian hecho juramento de dar fin con los tiranos á puñaladas. Marat, que era uno de sus individuos, dió publicidad á un manifiesto incendiario, y lo esparció por todo París. «Pueblo, decia, esa es la lealtad, el honor y la religion de los reyes. Haced un recuerdo de Enrique III y el duque de Guisa. Enrique III comulga en el mismo altar que su enemigo, y le jura en el ara santa amistad eterna; pero no ha hecho mas que poner los piés fuera del templo, reparte puñaladas á sus pages, hace llamar al duque á su gabinete y le cubre todo de heridas. Llevaos por los juramentos de los principes. En la mañana del 19, se estaba riendo Luis XVI de los suyos, y se complacia de antemano en el terror que os inspiraria su fuga. El Austria sedujo anoche á La-Fayette, y Luis XVI se escapó disfrazado de sotana con el Delfin, su muger, su hermana y toda la demás familia. Ahora estará rién-

dóse de la necesidad de los parisienses, y muy en breve estará nadando en su sangre. Ciudadanos, hace ya tiempo que preparan esta foga los traidores de la asamblea nacional. Muy próximos estais á perderos; daos prisa á pensar en vuestra salvacion. Haced nombramiento al punto de un dictador, y haced que recaiga vuestra eleccion en el ciudadano que haya mostrado mas inteligencia hasta el dia, mas celo y mas autoridad. Obedeced à todo cuanto él mande para castigar á vuestros encarnizados enemigos. Este es el momento mas à propósito de echar por tierra las cabezas de Bailly, La-Fayette, todes los malvados del estado mayor, y todos los traidores de la asamblea. Un tribuno, un tribuno militar, ó sin remedio os perdeis. Hasta ahora he estado haciendo por salvaros cuanto podia hacer un hombre. Si despreciais este consejo, no tengo mas absolutamente que deciros, y me despido de vosotros para siempre. Luis XVI vendrá à bloquearos en París puesto á la cabeza de sus satélites; el amigo del pueblo tendrá

un horno ardiendõ por sepulcro, pero su último suspiro será por vosotros, por la patria y por la libertad.

XVIII.

Todos los que formaban el partido constitucional creyeron deber trasladarse el 22 á la sesion de los jacobinos para reprimir su delirio, y efectivamente, se presentaron en él Barnave, Sieyes y La-Fayette, y prestaron juramento de fidelidad à la nacion. Camilo Desmoulins refiere la sesion así.

«En tanto que la asamblea nacional, decreto, decreta y decreta, obra el pueblo. Voy á los jacobinos, y encuentro á La-Fayette en la calle de Voltaire. La voz de Barnave habia tranquilizado todos los ánimos, y empezaban á dar gritos: ¡Viva

La-Fayette! Pasa revista á los batallones situados en aquel punto; y convencido yo de la precisa necesidad de reunirse á un gefe, cedo al movimiento que me conduce hácia el Caballo blanco. Mr. de La-Fayette, le digo desde enmedio de la mochedumbre, de un año á esta parte estoy hablando mal de vos, y este es el instante de dejarme por embustero. Probad que soy un calumniador, hacedme un hombre execrable, cubridme de infamia, y salvad la causa pública. Me espresaba yo con un fervor extraordinario, y él me estrechó la mano.—Siempre os he tenido por un buen ciudadano, me dijo, ya vereis como os han engañado. Hemos hecho juramento todos de vivir libres, ó morir. No puede ir mejor ahora; en la asamblea nacional no reina mas que una opinion, donde el peligro comun ha reunido todos los partidos.—Pero, ¿por qué, contesté yo, afecta hablar vuestra asamblea, en todos sus decretos, *del rapto del rey*, al paso que este escribe que se ha escapado voluntariamente? ¿Qué humillacion, ó qué traicion en una asam-

blea, hablar así cuando está rodeada de tres millones de bayonetas!—La palabra raptó es una falta de redacción que corregirá la asamblea, contestó La-Fayette. Y después prosiguió: Es una infamia muy grande la conducta del rey; y repitió esto varias veces, estrechándose la mano muy afectuosamente. Me separé de aquel hombre, diciendo para mí, que tal vez el inmenso horizonte que abría la fuga del rey á su ambición le haría volver al partido popular; y luego me dirigí á los jacobinos, esforzándome á creer en sus demostraciones de patriotismo y amistad, y afirmarme en una persuasión que, á pesar de mis esfuerzos, se me borraba de la imaginación á causa de mil reflexiones y recuerdos.»

Entrado que fué Camilo Desmoulins en los jacobinos; estaba en la tribuna Robespierre. El mucho crédito que había adquirido para con el pueblo este jóven orador, por su perseverancia é incorruptibilidad, agolpaba á su auditorio nocturno al lado de él. «No llamaré yo, decía, de-

castre á este acontecimiento. Este dia es el mas hermoso de la revolucion, si sabeis obrar y aprovecharos de él. El rey ha elegido para abandonar su puesto el momento de nuestros mayores peligros interiores y exteriores: la asamblea está enteramente desacreditada; las elecciones próximas traen alterados los ánimos; los enemigos están en Coblenza; el emperador y el rey de Suecia en Bruselas; nuestras mieses están en sazón para alimentar sus ejércitos, pero tambien hay tres millones de hombres levantados en Francia, y toda esa liga europea ha de quedar con facilidad vencida. No temo yo á Leopoldo ni al rey de Suecia; lo que me sobresalta únicamente, es lo que parece que tranquiliza á los demás: que desde esta mañana todos nuestros enemigos están fingiendo hablar en el propio language que nosotros. Está reunido todo el mundo, al parecer tienen todos el mismo aspecto, mas no todos pueden sentir la misma alegria por la fuga de un rey que tenia de renta cuarenta millones, que de todas las pla-

zas disponia, y las entregaba á sus adictos y á nuestros enemigos. Traidores ecisten pues, entre nosotros, ecisten tambien inteligencias entre el rey fugitivo y los traidores que han quedado en París. Leed el manifiesto real, y por él descubrireis todo el complot. El rey, el emperador, el rey de Suecia, de Artois, Condé, todos los fugitivos y todos los bergantes van á caer sobre nosotros mismos. Un manifiesto paternal aparecerá, en el que nos hablará el rey de la paz, de su amor, hasta de la libertad; al mismo tiempo os pintarán por su parte los traidores de la capital y de los departamentos como los autores de la guerra civil: tambien se entrará en transacciones, y quedará sofocada la revolucion entre los abrazes pèrfidos de un hipócrita despotismo, y de un moderantismo meticuloso. ¡Mirad, si no, la asamblea! Hoy mismo llama en veinte decretos *rapto* á la fuga del rey. ¿A quièn confia la salvacion del pueblo? A un ministro de negocios estrangeros, bajo la vigilancia de un comité diplomático. Y

¿quién es este ministro? Un traidor á quien no he cesado de denunciaros, perseguidor de los soldados patriotas y apoyo de los oficiales aristócratas. Y ¿qué es el comité? Un comité de traidores, compuesto de todos nuestros enemigos, con disfraces de patriotas. Y el ministro de negocios estrangeros, ¿quién es? Un traidor, un Montmorin, que hace un mes solamente os manifestaba una *adoracion* perversa por la constitucion. Y ese Delessart, ¿quién es tambien? Un traidor á quien Necker dejó su capa de hipocresía para que tapase sus maquinaciones. ¿No estais viendo la coalicion de todos esos hombres con el rey, y del rey con la liga europea? Esa coalicion vá á ahogarnos, y muy en breve vereis penetrar en este salon a todos esos hombres de 1789; corregidor, general, ministros y oradores: ¿De qué modo podreis escaparos de ellos? Antonio, prosigue aludiendo á La-Fayette, Antonio manda las legiones que van á vengar á César; y Octavio, el sobrino de César, manda las legiones de la república. ¿Cómo

pues no ha de perecer la república? Nos hablan de la necesidad de reunirnos; però cuando Antonio acampó cerca de Lépido, y se reunieron todos los traidores á la libertad con los que se decian sus defensores, no tuvieron mas remedio Bruto y Casio que darse la muerte. A ella nos conduce esa simulada unanimitad, esa pérfida reconciliacion de los patriotas. ¡Sí, eso es lo que os está preparado! ¡Sé que cuando me atrevo á descubrir estas maquinaciones, aguzo mil puñales que han de asesinarme! Preveo la suerte que me espera! Però si cuando apenas se me veia en la asamblea nacional, entre los primeros apóstoles de la libertad, sacrificué mi vida á la verdad, á la humanidad y á la patria, hoy que me recompensan de este sacrificio la benevolencia universal y tantas pruebas de consideracion y afecto, recibiré como un gran favor una muerte que me ahorrará de presenciarse tantos males. He hecho el proceso de la asamblea; ¡á ella le toca ha-

cer el mio!»

XIX.

Este discurso, combinado sagazmente para infundir el aguijón de la sospecha en los corazones, fué recibido como el testamento mortuorio de un mártir de la libertad. Todo el mundo tenía los ojos arrasados en lágrimas. «Todos moriremos contigo,» exclamó Camilo Desmoulins, estendiendo sus brazos à Robespierre, en ademán de estrecharle contra su pecho; porque aquella alma ligera é inconstante se dejaba arrebatarse por todos los impulsos del entusiasmo, pasando de los brazos de La-Fayette á los de Robespierre, como una cortesana que se acomoda á todas las emociones. Con él se levantaron ochocientas personas, ofreciendo en

sus actitudes, sus gestos y su inspiración espontánea y unánime, uno de aquellos cuadros imponentes del poder que ejercen la palabra, las pasiones y las circunstancias sobre un pueblo reunido. Luego que hubo jurado uno por uno de los que componían la sociedad, defender la vida de Robespierre, se anunció la llegada de los ministros y de los individuos de la asamblea que habían formado parte del club de 89, é iban á fraternizar en el peligro de la patria con los jacobinos.

«Sr. presidente, dijo Danton, si los traidores tuviesen la desfachatéz de presentarse delante de nosotros, me comprometo solemnemente á llevar mi cabeza á un cadalse, ó á probar que las de ellos deben rodar á los piés de la nacion á quien han sido infieles.»

Entraron los diputados, y al ver Danton que entre ellos venia La-Fayette, se lanza á la tribuna, é interpellando al general, dice: «Debo hablar y hablaré cual si fuese á esculpir nuestra historia para

los siglos futuros. ¿Por qué, vos, Mr. de La-Fayette, os atreveis á reuniros con los amigos de la constitucion, vos, partidario y signatario de ese sistema de dos cámaras, invencion del clérigo Sieyes, sistema destructor de la constitucion y de la libertad? ¿No sois vos el que á mí habeis manifestado, que el proyecto de Mr. Mounier era muy execrable para atreverse á reproducirlo, pero que se podia hacer aceptar á la asamblea otro equivalente? Os desafio á que negueis este hecho que os confunde. ¿Cómo es que en la proclama del rey se usa vuestro language? Cómo os habeis atrevido á atentar, en una órden del dia, contra la circulacion de los escritos publicados por los defensores del pueblo, á la vez que concedeis la proteccion de vuestras bayonetas á las cobardes plumas, destructoras de la constitucion? ¿Por qué habeis llevado cautivos y como en triunfo á los habitantes del arrabal de San Antonio, que querian derrumbar la última trincheira de la tiranía en Vincennes? Y ¿por

qué la misma noche de la expedición de Vincennes protegisteis en las Tullerías á los asesinos, armados de puñales, que debían favorecer la fuga del rey? Explicadme por qué raro acontecimiento pusisteis el 21 de junio de guardia en las Tullerías la misma compañía de granaderos del oratorio, á la cual castigásteis el 18 de abril, por haberse opuesto á la salida del monarca. Nada de hacernos ilusiones. La fuga del rey es el resultado de un complot; ha habido inteligencia; y vos, Mr. de La-Fayette, vos que respondiais, hace poco de la persona de S. M. con vuestra cabeza, presentaros en esta asamblea, ¿no es venir a que os condene? El pueblo necesita venganza. Se halla cansado de que se burlen de él unas veces, y otras le hagan traicion; si mi voz se sofoca en este sitio, si nuestros miramientos; siempre débiles para con los enemigos de la patria, la tienen continuamente en peligro, apelo al juicio de la posteridad; ella sentenciará entre nosotros des.»

Estrechado Mr. de La-Fayette á responder, no lo hizo sin embargo á tan vivas interpelaciones; se contentó con decir que iba á reunirse con aquella sociedad, porque á ella era donde debían acudir los buenos ciudadanos en tiempos de alarma, y se salió de la asamblea. Aunque esta acordó al día siguiente se mandase al general compareciera á justificarse, él escribió que iría mas tarde, mas no llegó el caso de que se presentase. Con todo, las proposiciones de Robespierre y de Danton no menguaron su crédito para con la guardia nacional. Este último dió aquel día una prueba de audacia; La-Fayette podia citar pruebas irrecusables de la venalidad de aquel orador, siendo entre una de ellas, el haber recibido de Mr. de Montmorin cien mil francos. Danton sabia que su contrario no ignoraba esta circunstancia, pero sabia tambien que La-Fayette no podia acusarle sin perder á Mr. de Montmorin, y sin acusarse á sí propio de participacion en el vergonzoso comercio que sostenian

los fondos de la lista civil. Ambos secretos se neutralizaron mutuamente, é impusieron al tribuno y al general reticencias que amortiguaron el combate. Lameth respondió á Danton, y habló en sentido conciliador. Aquel día no prevalecieron en los jacobinos las resoluciones violentas propuestas por Robespierre y Danton; el peligro sirvió de correctivo al pueblo, haciéndole su instinto conocer, que no convenia dividir las fuerzas cuando no sabian cual era el que les amenazaba.

XX.

Aquella misma noche discutió y aprobó la asamblea nacional un proyecto de manifiesto á los franceses, concebido en estos términos: «Acaba de cometerse un

crimen enorme: el rey y su familia han sido arrebatados (á esta ficcion prolongada del supuesto *rapto* del rey, principiò á escucharse murmullos, que reprimió le sensatéz de la asamblea); pero vuestros representantes triunfarán de todos los obstáculos. La Francia quiere ser libre, y lo será: la revolucion no cejará un paso. Desde luego hemos salvado la ley, mandando que nuestros decretos por sí, fuesen leyes; salvamos á la nacion enviando al ejército un refuerzo de trescientos mil hombres, y hemos salvado el orden poniéndolo bajo la garantía del celo y patriotismo de los ciudadanos armados. En esta actitud esperamos á nuestros enemigos... En un escrito, dictado al rey por los que han violentado su amor, se acusa á la Francia, á la constitucion y á la ley de la impunidad del 6 de octubre! La nacion es mas justa: no acusa al rey del crimen de sus abuelos (aplausos). ¿Luego este rey, que prestó juramento el 14 de julio á esta constitucion, consintió en un perjurio? ¿Se

atribuye á ese puñado que se llaman facciosos, las alteraciones hechas en la constitucion del reino? No somos tan pocos: es un puñado de veinte y seis millones de facciosos (aplausos). Hemos reconstituido todos los poderes conservando la monarquía, porque la creemos útil á la Francia. La hemos reformado indudablemente, pero ha sido para salvarla de sus defectos. Hemos dejado cincuenta millones por año para el esplendor legítimo del trono. Nos hemos reservado el derecho de declarar la guerra, pues no hemos querido que sea patrimonio de los ministros la saagre del pueblo. ¡Franceses! Se encuentran organizados todos los poderes. Cada cual está en su puesto. La asamblea vigila. No temais mas que á vosotros mismos, si vuestra justa conmocion os indujese al desórden. El pueblo que quiere ser libre, se debe mostrar impassible en estas grandes crisis. ¡Mirad á París! Imitadlo! Todo sigue en él su acostumbrada marcha. Los tiranos quedarán burlados. Para someter la Francia

al yugo, sería menester destruirla. Si el despotismo se atreviese á intentarlo y venciera, triunfaria sobre ruinas.» Esta lectura fué recibida con unánimes y prolongados aplausos.

Suspendida por una hora la sesión, prosiguió á las nueve y media, reinando extraordinaria agitación en todo el recinto de la asamblea. *¡Le han preso! ¡Le han preso!* estas eran las únicas palabras que resonaban en el salón, y que repetían las tribunas. El presidente anuncia que acababa de recibir un pliego con varios documentos que vá á leer, y recomienda que se abstengan de toda demostración que tenga por objeto aprobar ó desaprobár sus contenidos. Rasga la cubierta, y en medio de un profundo silencio, lee las comunicaciones de la municipalidad de Varennes y de Sainte-Menebould, de que habia sido portador Mr. Maugin, cirujano de la primera. La asamblea nombra tres comisionados de su seno, que lo eran, Barnave, Pethion y Latour-Maubourg, para que faciliten el regreso del rey á París,

los cuales salen inmediatamente á desempeñar su cometido. Dejemos por un momento á París entregado á los afectos de sorpresa, regocijo y cólera que escitaban en sus moradores la fuga y prision del soberano.

XXI.

Pasaron la noche, tanto el rey como el pueblo de Varennes entre esperanzas y zozobras. Mientras dormian los príncipes, rendidos del cansancio de un largo camino y de un día tan caloroso, é ignorantes de la suerte, el rey y la reina, con centinelas de vista de los municipales de Varennes, conferenciaban entre sí respecto á su terrible situacion. Al lado de ellos hacia oracion su religiosa hermana, Mma. Isabel, que solo

vivia para el cielo, pues aunque permanecía en la corte, siendo estraña à ella por sus virtudes y su abnegacion á todos los placeres, era únicamente por sacrificarse en obsequio de su hermano, y participar al mismo tiempo de las lágrimas y tribulaciones del trono.

Aun abrigaban alguna esperanza los cautivos, seguros como estaban de que noticioso de lo ocurrido Mr. de Bonillé por los oficiales que habia apostados en el camino, habria emprendido la marcha aquella noche para ponerlos en libertad, atribuyendo su tardanza únicamente, á la necesidad de reunir fuerzas suficientes, para oponerse á los muchos guardias nacionales que habian acudido á Varennes al toque de alarma. A cada momento esperaban verle presentarse, y el menor rumor del pueblo, el menor ruido de armas les parecia que anunciaba su llegada. El espreso que la municipalidad de Varennes envió á París para recibir órdenes de la asamblea, no salió hasta las tres de la mañana: necesitaba veinte

horas para llegar á la capital y otras tantas para su regreso; mientras se convocaba la asamblea y deliberaban, debian pasarse otras tres ó cuatro horas mas; de manera que Mr. de Bouillé tenia aun cuarenta y ocho horas hasta que llegasen las órdenes de la corte.

Por otra parte, ¿en qué estado estaría París? Cómo habria sido recibida la inesperada nueva de la evasion del rey? Se habria apoderado de los ánimos el terror y el arrepentimiento, ò derribado el desenfreno popular el frágil dique que una asamblea anárquica y desenfrenada tambien hubiese tratado de oponerle? ¿Habria sido la primera señal de alarma para el pueblo el grito de traicion? Se habria hecho derramar como traidor la sangre de Mr. de La-Fayette, y desorganizándose la guardia nacional habrian triunfado de los buenos ciudadanos á favor de la repentina consternacion de los facciosos? Quién daria las órdenes, y quién seria el que las cumpliese? Por último, ¿no era probable que se postrase á las plantas de

su rey desorganizada y llena de pavor la nacion? Tales eran las postreras y quiméricas ilusiones que forjaba la familia real aquella funesta noche, en la reducida y destemplada habitacion que se les habia destinado.

El rey pudo conferenciar libremente con varios gefes de los destacamentos, penetrando hasta donde él estaba Guoguelas, Damas y Choiseul, pues el procurador síndico y los oficiales municipales de Varennes le mostraban mucha consideracion y se compadecian de él, no obstante el verse precisados á hacer lo que creian de su deber. El pueblo no pasa repentinamente del respeto al ultraje, y en todos los sacrilegios hay un momento de indecision, en que parece se venera todavia lo que muy luego ha de profanarse. En la creencia, tanto la municipalidad de Varennes como Mr. Sausse de que salvaban la nacion, estaban muy distantes de querer ofender al rey, y le custodiaban no menos en el concepto de soberano que en el de cautivo. No se le

ocultaban al monarca estos sentimientos, y se lisongeaba de que à las primeras indicaciones de Mr. de Bouillé venceria el respeto aquel decantado patriotismo, y recobraría é! su libertad. En esta persuacion hablaba á sus oficiales.

Uno de ellos, Mr. Derlons, que mandaba el escuadron de húsares, apostado en Dun, entre Varennes y Stenay, supo la prision del rey á las dos de la mañana por el comandante del destacamento de Varennes, el cual se habia fugado de aquel punto, sin esperar órdenes de su general; mandó montar á caballo à los húsares, y partió á galope á Varennes para libertar al rey á viva fuerza. Llegó á las puertas de la poblacion, y las halló atrincheradas y defendidas por multitud de guardias nacionales, que impidieron se acercasen los húsares á aquel punto. Dejó entonces su escuadron á alguna distancia, y apeándose del caballo, pidió le llevasen á la presencia de S. M., como así se verificó. Su objeto era, en primer lugar, informar al rey de que Mr. de Bouillé es-

taba preparado, é iba á salir con el regimiento Royal-Allemand, y además asegurarse por sí mismo de si era posible que su escuadron venciese aquellos obstáculos y llegase hasta el pueblo alto para libertar á su soberano. Las barricadas le parecieron insuperables para la caballería, y se dirigió á ver á S. M. para recibir sus órdenes: «Decid á Mr. de Bouillé, le respondió el rey, que estoy prisionero y no puedo dar orden alguna; que abrigo el temor de que no pueda hacer nada por mí, pero que le ruego haga cuanto este de su parte.» Mr. Derlons, que era natural de Alsacia y hablaba alemán, quiso decir algunas palabras en aquel idioma á la reina para que no las entendiesen las personas que estaban presentes. «Hablad en francés, le dijo esta, pues nos están oyendo.» Guardó silencio Mr. Derlons, y se marchó desesperado, aunque permaneció con los húsares á las puertas de Varennes, esperando el refuerzo de Mr. de Bouille.

XXII.

Mr. Romeuf, edecán de La-Fayette, enviado por este general y portador de las órdenes de la asamblea, llegó á Varennes á las siete y media. Conociéndole la reina, le aseó con dureza la odiosa misión de que su general le habia comisionado, é inútilmente procuró Mr. Romeuf sosegar su irritación con todas las pruebas de respeto y adhesión que permitia el cumplimiento de sus rígidas órdenes. La reina se indignó, y pasó de las invectivas al llanto, dando rienda suelta á su desesperación; y habiendo Mr. Romeuf dejado la orden de la asamblea en la cama donde dormia el Delfín, tomó la reina el pliego, le tiró al suelo pisoteándolo des-

pues, y diciendo que aquel escrito manchaba el lecho de su hijo querido. El oficial le dijo: «Señora, por vos misma y por vuestra gloria, sobreponaos á vuestro dolor y á vuestro quebranto. ¿Queríais que presenciase otro en mi lugar tal acceso de desesperacion?»

En el interior se activaban los preparativos de la marcha, antes que las tropas de Mr. de Bouillé cercasen la población ó se interpusiesen en el camino. S. M. la retardaba cuanto le era dable; cada minuto que iba pasando tenia una nueva esperanza, y así se los disputaba uno á uno á los que le guardaban. Al subir al coche, fingió una de las criadas de la reina una indisposicion grave y repentina; no quiso la reina partir sin ella, y tuvo que acceder á ello por las amenazas que se le hicieron, y á los gritos del pueblo irritado. Tampoco quiso que persona alguna se acercase á su hijo, la reina misma le tomó en brazos, y subiendo al coche, se dirigió lentamente hácia París toda la familia real, escoltada por cer-

ca de cuatro mil guardias nacionales.

XXIII.

Mientras duraba aquella larga agonía del rey, ¿qué es lo que hacia el marqués de Bouillé? Ya hemos visto que habia pasado toda la noche á las puertas de Dun, á dos leguas de Varennes, aguardando los correos que debian avisarle el arribo de los coches. Serian las cuatro de la mañana, temiendo ser descubierta, y viendo que nadie venia, se volvió á Stenay para poder comunicar con mas facilidad las órdenes á sus tropas, en el caso de que hubiese acaecido alguna desgracia. Á las cuatro y media estaba entrando en Stenay, habiendo llegado entonces los dos oficiales que habia enviado el dia antes, y el comandante del

escuadrón abandonado por sus tropas, á decirle que S. M. se hallaba detenido desde las once de la noche. Sorprendido y admirado de haber sido avisado tan tarde, mandó inmediatamente al regimiento Royal-Allemand, que se hallaba en Stenay. que montase á caballo y le siguiese. El día antes recibió el coronel del regimiento una orden de tener ensillados los caballos, pero no la dió cumplimiento, y así perdió la tropa tres cuartos de hora en prepararse, aun á pesar de los avisos repetidos de Bouillé, que envió á su hijo al cuartel. No podía emprender nada el general sin aquel regimiento; pero así que lo vió formado fuera del pueblo, se presentó á él con confianza, y quiso convencerse por sí mismo de su buen espíritu. «Vuestro soberano, les dijo, que venia á ponerse en medio de vosotros, está algunas leguas de aquí; el pueblo de Varennes le ha detenido. ¿Consentireis que le insulten y le retengan cautivo los municipales? En mi poder obran sus órdenes, os espera y

está contando los minutos. ¡Marchemos á Varennes! Volemos á libertarle y á devolverle á la nacion y á la libertad! Yo soy el primero en ir con vosotros: seguidme!» Estas palabras fueron acogidas con las mas entusiastas aclamaciones; y repartiendo Mr. de Bouillé quinientos ó seiscientos luises á la tropa, se puso el regimiento inmediatamente en marcha.

De Stenay á Varennes hay nueve leguas de mal camino. Procedió Mr. de Bouillé con la vivacidad que le fué posible, y à corta distancia de Varennes, encontró un destacamento de Royal-Allemand detenido à la entrada de un bosque por algunos guardias nacionales que estaban haciéndole fuego. Dió órden á los tiradores de cargar, y poniéndose al frente de la vanguardia, llegó á las nueve y cuarto delante de Varennes. Un poco mas atrás iba el regimiento. Hizo un reconocimiento Bouillé á la poblacion para principiar el ataque, á la sazón descubrió unos cuantos húsares que parecia estaban

asimismo observando la plaza: era el escuadron de Dun, mandado por Mr. Derlons, que habia pasado toda la noche aguardando el refuerzo. Derlons se acercó á su general y le dijo que hacia hora y media que habia salido S. M., añadiendo que habian certado el puente del pueblo, y que las calles se hallaban atrincheradas, que los húsares de Clermont y los de Varennes estaban unidos con el pueblo, y que los comandantes de aquellos destacamentos, Choiseul, Damas y Guoguelas habian sido hechos prisioneros. Irritado Bouillè, pero no desalentado, se decidió seguir al rey costeando el pueblo y arrancarle de las manos de los guardias nacionales. Hizo reconocer los vados para que pasase el rio su tropa, pero aun cuando no habia mas que uno, no se dió con él. En este estado, supo que se adelantaban las guarniciones de Verdun y Metz con alguna artilleria para proteger al pueblo; el campo se iba llenando de guardias nacionales y tropa; los soldados empezaban á titubear, y fatigados los ca-

ballos de andar nueve leguas de camino, no podían precipitar el paso como era necesario para alcanzar al rey en Sainte-Menehould. Iba decayendo la energía con la esperanza; retrocedió el regimiento Royal-Allemand, y Mr. de Beauillé le acompañó silenciosamente hasta las cercanías de Stenay. Los oficiales mas comprometidos eran los únicos que le acompañaban; se internó en el Luxemburgo y forzó la frontera en medio de algunas descargas, con vivos deseos de hallar la muerte mas bien que de librarse del cadalso.

XXIV.

En el mismo instante retrocedían velozmente los coches del rey hácia Châlons, apretando el paso los guardias na-

cionales que se remudaban para escoltarle. Los habitantes de las poblaciones salían á los caminos para ver al monarca cautivo, conducido en triunfo por el pueblo que se había creído vendido; á duras penas podían los guardias nacionales abrirse paso con sus bayonetas y lazzas, por entre aquella muchedumbre que se aumentaba y renovaba á cada instante. Los gritos crecían por momentos, las demostraciones de furor, los escarnios, los ultrages y la burla; marchaban los coches sufriendo una lluvia de oprobios, y á cada vuelta que daban las ruedas concluían los clamores de un pueblo para dar tregua á los de otro. Era aquel camino un calvario de sesenta leguas, con un suplicio en cada palmo que se andaba. Mr. de Dampierre, antiguo gentil-hombre, acostumbrado al culto de sus reyes, único que se acercó para dar un testimonio de respeto á sus señores, quedó despedazado bajo las ruedas del coche, y la familia real tuvo que pasar por encima de su cadáver ensangrentado. La lealtad era el crimen mas

grande para aquella turba de frenéticos. SS. MM., que habian hecho el sacrificio de sus vidas, recobraban al morir toda su dignidad y su espíritu: era la virtud de Luis XVI el valor pasivo, como si el cielo, que le destinaba al martirio, le hubiese infundido antes la heroica abnegacion que no sabe pelear, pero sí morir. En sus venas y en su orgullo sentia la reina demasiado aborrecimiento contra aquel pueblo, para pagarle en desprecio interior los insultos con que la maciaba. Pedia Mma. Isabel en voz baja el auxilio del Ser Supremo. Admirábanse los dos príncipes del enceno de aquel pueblo, á quien se les habia dicho que debian amar, y á quien solo veian como un tigre sediento de sangre. Era imposible que hubiese entrado viva la familia real en París, si los comisionados de la asamblea, cuya presencia imponia al pueblo, no hubiesen acudido á tiempo para contener y guiar aquel nuevo motin.

Encontraron los comisionados los coches de la real familia entre Dormans

y Epernay. Les leyeron al rey y al pueblo las terminantes órdenes de la asamblea, que les daban el mando absoluto de las tropas y la guardia nacional en todo el tránsito, y les prescribían que velasen, no solo por la seguridad del rey, sino tambien por el respeto que se debía al trono en su persona. Barnave y Pethion subieron velozmente á la berlina del monarca para compartir con él sus riesgos y defenderle á todo trance; pero aunque consiguieron preservarle de la muerte, no pudieron librarle de los insultos. El populacho, que no podia ya desahogarse tan directamente, lo efectuaba á mas distancia en todas partes, ultrajando villanamente á todas las personas que daban muestras de compasion y humanidad. Acercóse un sacerdote á los carruages, y manifestó algun respeto y enternecimiento, fué cogido al instante por el pueblo y arrojado á los piés de los caballos, y ya iba á ser inmolado á la vista de la reina, al mismo tiempo que Barnave, sacando todo el cuerpo por una

de las ventanillas, exclamó con un acento imponente: «Franceses, nación compuesta de valientes, ¿deseáis convertirnos en pueblo de asesinos y bárbaros?» M^{ma}. Isabel se admiró de la valerosa acción de Barnave, y temerosa que fuese á precipitarse sobre el populacho y pereciese á sus manos, le sugirió por los faldones de la casaca mientras arengaba á aquellos tigres infernales; y desde entonces la virtuosa princesa, la reina, y hasta el mismo rey, concibieron un oculto aprecio hácia Barnave. Un generoso corazón en medio de tantos crueles, hizo despertar en sus almas una especie de confianza para con el jóven diputado; le conocian nada mas que por su fama adquirida de faccioso y la parte que habia tenido en sus desgracias; pero se sorprendieron al encontrar un defensor respetuoso en el que habian creído ser un enemigo implacable.

Barnave tenia una fisonomía enérgica, pero graciosa y franca, sus modales corteses, su lenguaje comedido, y su acti-

tud melancólica, como debía serlo delante de tanta hermosura, grandeza y abatimiento. En los intervalos de tranquilidad y silencio, le dirigia el rey con frecuencia la palabra, y conversaba con él acerca de los acaccimientos que le rodeaban; le contestaba Barnave como hombre partidario de la libertad, pero leal al trono, no separaba jamás la nacion del rey en sus proyectos de regeneracion. Sagemente mirado con la reina, con Mma. Isabel y los infantes, hacia por ocultar à su vista los peligros y humillaciones del camino. Embarazado por la presencia de su compañero Pethion, aunque no confesó claramente la seduccion de virtud, respeto y admiracion que le habia infundido aquel viage, la mostraba bien en sus acciones, haciendo con sus miradas un tratado de reconciliacion. La familia real llegó à conocer que habia captado la amistad de Barnave, en medio de la decepcion de todas sus esperanzas: en efecto, la conducta de este justificó desde aquel dia la confianza de la reina.

Audáz contra la tiranía, se vió desarmado ante la debilidad, la gracia y el infortunio: este fuè el motivo de su perdicion, pero fuè asimismo lo que engrandeciò su memoria; hasta entonces habia sido elocuente, desde aquel dia dió pruebas de sensible. Pethion, por el contrario, permaneciò frio é inanimado como el mármol; afectó rústica familiaridad con las personas reales; comia delante de la reina, y arrojaba los desperdicios por la ventanilla, á riesgo de darle al rey en la cara; y cuando M^{ma.} Isabel le echaba vino, levantaba el vaso, sin pronunciar la menor espresion de sígura, para indicar que tenia bastante. Habiéndole preguntado Luis XVI si estaba por el sistema de las dos cámaras ó de la república: «Estaría por la república, respondió, si creyese que se hallaba mi país bastante adelantado para esta forma de gobierno.» Ofendido el monarca, no solo no replicó, si no es que nada volvió á hablar hasta París.

Escribieron los comisionados á la

asamblea desde Dormans, para poner en su conocimiento el itinerario del rey, y el día y hora en que debía ser su llegada. Las cercanías de París ofrecían mucho peligro, por la multitud y el furor de las gentes que habían de salir al encuentro; la asamblea redobló su energía y su prudencia para asegurar la inviolabilidad de la persona del soberano; más el pueblo mismo recobró el convencimiento de su dignidad al acercarse a aquella satisfacción que la fortuna le proporcionaba, y no quiso amenguar su propio triunfo. Fijáronse bandos en todos los sitios de costumbre: *el que aplauda al rey será apaleado, y el que le insulte, ahorcado.* El rey tenía que dormir en Meaux; y los comisionados pidieron á la asamblea quedase esta en sesión permanente, con el fin de precaver los acontecimientos imprevistos de la entrada de la comisión en París; y la asamblea se mantuvo en su puesto, accediendo á lo solicitado. Se presentó ante ella el héroe del día, el verdadero autor de la prisión, Drouet, hi-

jó del maestro de postas de Sainte-Menehould, y se le permitió usase de la palabra: «He servido como dragon, dijo, en el regimiento de Condé, mi compañero Guillaume lo ha sido tambien de la Reina. En la tarde del 21 de junio, á las siete y media de ella, llegaron á la parada de Sainte-Menehould dos coches y once caballos. Yo conocí á la reina y al rey, mas temeroso equivocarme, resolví averiguarlo á punto fijo adelantándome á los coches hasta Varennes, por un camino de travesía. Llegué a este pueblo á las once: la noche estaba oscura; todo el mundo dormia ya. Llegaron los coches, deteniéndose algun tiempo por una disputa que hubo entre los correos y postillones, sobre si habian ó no de pasar adelante. Entances dije á mi compañero: —Guillaume, ¿eres buen patriota?—¿Dudas tú de eso? respondió Guillaume.—Pues bien, el rey viene allí: vamos á detenerle.—Volcamos un carro cargado de muebles debajo de la bóveda del puente, reunimos ocho hombres de confianza, y

luego que se presentó el coche pedimos los pasaportes.—Nuestro viage es muy de prisa, señores, dijo la reina.—Insistimos, haciendo marchar á los viajeros á la casa del procurador del ayuntamiento, y entonces Luis XVI nos dijo, saliendo del coche:—Yo soy el rey; esta la reina, y los demás son mis hijos. Tratadnos con el respeto que los franceses han tenido siempre á sus príncipes.—Sin embargo, le pusimos arrestado, se reunieron los guardias nacionales, se nos pasaron los húsares, y despues de haber hecho nuestro deber, regresamos á nuestras casas, en medio de las felicitaciones de nuestros compatriotas: hoy venimos á hacer presente á la asamblea el homenaje de nuestros servicios.»

Ambos dragones recibieron innumerables felicitaciones.

La asamblea decretó que tan pronto como llegase Luis XVI á las Tullerías, se le pusiese una guardia á las órdenes de Mr. de La-Fayette, el cual responderia de su persona. Malouet fué el único

que se atrevió á protestar contra aquella prision, «que destruía á un mismo tiempo la inviolabilidad y la constitucion. El poder legislativo y el ejecutivo no son ya mas que uno.» La proposicion de Malouet fué combatida por Alejandro Lameth, declarando que la asamblea debió adoptar y aun conservar, hasta que se concluyese la constitucion, una dictadura impuesta por el imperio de las circunstancias; pero que siendo la monarquía la fuerza necesaria á la centralizacion de tan gran pueblo, la asamblea volveria à entrar en la division de los poderes y en las condiciones de la monarquía, tan luego como tuviese fin la causa que lo motivaba.

XXV.

A este mismo tiempo entraba el rey cautivo en París, cuya hora era las de las siete de la tarde del día 25 de junio. Todo el tránsito desde Meaux hasta los arrabales estaba ocupado por un inmenso gentío. En los habitantes de los alrededores de París se concentraban con mucha mayor vehemencia las pasiones de la ciudad, de la asamblea, de los periódicos y de los clubs; asomaban á los semblantes de todos, en general, pero su misma violencia las reprimía. La indignación y el desprecio sobrepujaban á la cólera; apenas se atrevían á salir las injurias en voces mal articuladas, el pueblo se mostraba temible, mas no furioso, y aunque había millares de ojos que ful-

minaban la muerte hácia los coches, ni siquiera una sola voz se atrevió á pronunciarla.

No se le ocultó al rey la sangre fría de un ódio concentrado. El sol estaba en extremo abrasador, y reflejando sobre el empedrado y las bayonetas, parecia devorar aquella berlina donde iban apiñadas diez personas. Solo las nubes de polvo que formaban las plantas de los innumerables espectadores ocultaban de vez en cuando como un espeso velo el regocijo del pueblo y la humillacion de las personas reales. El sudor de los caballos, y el hálito febril de aquella muchedumbre oprimida y acalorada condensaban la atmósfera de tal modo, que faltábales aire para respirar á los viajeros, y los dos infantes iban anegados en sudor. El cuidado natural en una madre, hizo á la reina bajar de pronto una de las cortinillas del coche, y decir á la multitud, para enternecerla: «¡Ved, señores, en qué estado se encuentran mis pobres hijos! ¡Nos estamos ahogando!—Nosotros

te ahogaremos de otra manera,» respondieron á una voz aquellos hombres desalmados.

Las violentas oscilaciones de la apiñada concurrencia que interceptaban el paso y espantaban á los caballos, llegaban hasta los mismos coches, y algunos se subían á los estribos, y mirando tan desapiadada como silenciosamente al rey, á la reina y al Delfín, parecían medir la inmensidad de su postrer crimen y recrearse en la humillacion del trono. Cargaba la gendarmería y restableciéndose momentáneamente el orden, se proseguia la marcha en medio del ruido de las espadas y el clamoreo de los que caian derribados á los piés de los caballos. La-Fayette, que temia algun atentado, ó alguna emboscada en las calles de París, hizo presente al general Dumas, comandante de la escolta, que no atravesase por enmedio de la ciudad, dobló las filas de tropa desde el *Boulevard*, la barrera de la Estrella hasta las Tullerías. Estaba tendida la guardia nacional, y los suizos

en orden de batalla, pero ésta vez no inclinaron las banderas aunque pasaba su señor, ni se rindió ningun honor militar al gefe supremo del ejército; los guardias nacionales continuaron descansando sobre las armas, sin hacer saludo alguno, y se contentaron con ver pasar los régios carruages haciendo ostencion de su indiferencia y desprecio.

XXVI.

Los coches entraron en el jardin de las Tullerías por el puente tornátil, y al frente de su estado mayor y de la comitiva, á la cual habia salido á recibir, iba La-Fayette á caballo. Durante su ausencia, tanto el jardin como los terraplenes y la puerta del palacio, lo habia inundado una muchedumbre inmensa, y la escolta

no podía adelantar un paso. Se obligaba á todos estuviesen con el sombrero puesto; el único que se mantuvo sin él fué Mr. de Guillermy, individuo de la asamblea, á pesar de las amenazas é insultos que le dirigian por esta demostracion de respeto, mas al ver que iban á usar de la fuerza para obligarle á que imitase el desacato general, arrojó el sombrero al aire y á una larga distancia que no pudiesen devolvérsele. Entónces fue cuando al descubrir la reina á Mr. de La-Fayette, temiendo por la vida de los fieles guardias de corps que iban sentados en el pescante del coche y los cuales se veian amenazados por el pueblo, le gritò: «Mr. de La-Fayette, salvad a los guardias de corps.»

La familia real se bajó del coche al pié del terraplén, pasando desde luego de las manos de Barnave y de Pethion á las de La-Fayette. A los infantes los tomaron en brazos unos guardias nacionales. Uno de los individuos de la izquierda en la asamblea, el vizconde de

Noailles, se acercó apresuradamente á la reina y le ofreció el brazo; mas indignada esta, rechazó con aire de desprecio la proteccion de un enemigo, y observando un poco mas allá á un diputado de la derecha, le pidió su apoyo. El estado en que se hallaba de abatimiento podia atormentarla, pero no vencerla; el semblante y el corazon de esta muger conservaban toda su entereza y la dignidad del soberano.

La gritería de la multitud, al entrar el rey en las Tullerías, anunció su triunfo completo á la asamblea, y fué tal la agitacion, que fué interrumpida la sesion cerca de media hora. Entró un diputado precipitadamente en el salon, refirió que los tres guardias de corps se encontraban en manos del pueblo, resuelto este á despedazarlos; y partiendo aceleradamente veinte comisionados para salvarles las vidas, volvieron de allí á poco diciendo que se habia sosegado la sedicion apenas se presentaron, y que habian visto á Pethion tapando con su cuerpo la

portezuela del coche del monarca. Acto continuo entrò Barnave, subió á la tribuna lleno aun del polvo del camino, y dijo: «Nuestra comision la hemos desempeñado, con honra y gloria de la Francia y de la asamblea. La tranquilidad pública la hemos conservado y atendido tambien á la seguridad del rey. Nos ha manifestado el rey que jamás habia tenido intencion de traspasar los límites del reino (murmillos.) Con mucha celeridad hemos caminado hasta Meaux, para evadir la persecucion de las tropas de Bouillé. Los guardias nacionales y el ejército han cumplido con su deber, y el rey se halla en las Tulléras.» Pethion añadió, para lisongear la opinion, que aunque al bajar del coche habian querido apoderarse de los guardias de corps, y á él mismo le habian agarrado por el cuello y arrancado de junto á la portezuela, era legal en su intencion este movimiento popular, no teniendo mas objeto que asegurar la ejecucion de la ley que ordenaba prender à los cómplices de la cor-

te. Al instante se decretó que el tribunal del distrito de las Tullerías hiciese averiguaciones sobre la fuga del rey, y que recibiesen las declaraciones de este y de la reina tres comisionados nombrados por la asamblea. «¿A qué esta galante distincion? exclamó Robespierre. ¿Teneis miedo de desagradar al trono por entregar al rey y á la reina á los tribunales ordinarios? Persona alguna, cualquiera que sea su rango y dignidad, puede nunca ser degradada por la ley.» Buzot apoyó este parecer, combatiólo Daport, y venció el respeto al encono. Eran los comisionados nombrados Tronchet, Dandré y Duport.

XXVII.

Entrando nuevamente en sus habitacio-

nes, vió Luis XVI por sus propios ojos toda la humillacion en que habia caído. Se le presentó La-Fayette con apariencias de sensibilidad y respeto, pero en realidad con aire de mando. «V. M., dijo al rey, conoce mi adhesión á su persona; pero jamás le he ocultado, que si separaba su causa de la del pueblo, yo seguiria al lado de este.—Es cierto, respondió el rey. Vos seguís vuestros principios. Estas son cosas de partido... Francamente debo deciros, que hasta ahora creia estar rodeado por vos de una turba facticia de gentes de vuestra opinion, y que no era esta la verdadera opinion de la Francia; pero en este viage he conocido cuán equivocado estaba, siendo la voluntad general.—¿V. M. tiene alguna orden que darme? repuso La-Fayette.—Creo, añadió el rey sonriéndose, que estoy yo mas á vuestras órdenes que vos à las mias.»

Vió la reina mas claramente la amargura de este resentimiento. Obligaba á La-Fayette á que tomase las llaves de

las maletas que se hallaban en los carruages, y se negó á recibirlas. Insistió la reina, y obstinándose él en no tomarlas, las dejó Maria Antonia encima de su sombrero. «V. M. se servirá recogerlas, dijo Mr. de La-Fayette, porque yo no he de tocarlas.—Pues bien, contestó la reina con despecho al tomarlas, encontré otros menos delicados que vos.» S. M. entró en su gabinete, escribió varias cartas y se las dió á un lacayo, que las sometió al instante al escámen de La-Fayette. Fingió indignarse el general de que se le achacase el papel de inquisidor de las acciones de S. M., pues queria que aquella servidumbre conservase toda la libertad en apariencias.

Hacíase el servicio de palacio como de costumbre, pero La-Fayette daba por sí la órden sin recibirla del monarca. Se hallaban cerradas las verjas de los patios y jardines; la familia real entregaba á La-Fayette la lista de las personas que deseaba recibir: en todas las habitaciones, entradas y pasillos que conducian des-

de la cámara del rey á la de la reina, habia centinelas, hallándose siempre abiertas las puertas de dichas cámaras, y el lecho mismo de la reina tenia un centinela de vista, pues infundian sospechas hasta los sitios mas ocultos. Ni aun el pudor del bello seco era respetado, porque todo se observaba, se fiscalizaba y escribia: los movimientos, las miradas, las palabras que mediaban entre el rey y la reina. Si conseguian hablar á escondidas con alguien, era por tolerancia. Continuamente habia un oficial de guardia en un corredor oscuro que se hallaba detrás de la habitacion de la reina, y estaba allí veinte y cuatro horas, sin tener mas luz que una lámpara, cual si aquel sitio fuese un calabozo; por lo que esquivaban ir á él los oficiales de servicio, al paso que algunos de ellos lo solicitaban por pura adhesion, encubriendo su respeto bajo la capa de un rigoroso celo. Saint-Prix, actor de relevante mérito en el teatro francés, ocupaba muchas veces aquel puesto y protegía las breves

entrevistas que tenia el rey con su esposa y su hermana.

Por la noche, colocaba una criada de la reina su cama entre la de su señora, y la puerta de la alcoba que quedaba abierta, ocultándola de este modo á las miradas de los centinelas. El comandante de batallón encargado de vigilar las dos puertas, al ver que dormia la criada y no la reina, se atrevió á acercarse al lecho de su soberana, para comunicarla al oído algunas advertencias y consejos respecto á su actual estado. Al rumor de la conversacion, despertó la criada, y llena de susto al ver un militar junto al lecho real, iba á dar voces, cuando la reina imponiéndola silencio, le dijo: «Tranquilizaos, el señor es un buen francés, que juzga mal de las intenciones del rey y las mias, pero de sus palabras se desprende tener un sincero afecto á sus señores.» De esta manera se servia la Providencia de los mismos perseguidores, para proporcionar algun consuelo á las víctimas. Por último, aunque tan resignado

é impasible el rey, sucumbió al exceso de sus pesares y humillaciones, y entregado á sus pensamientos, estuvo diez días sin hablar una palabra, ni aun con su familia; parecia que la desdicha habia agotado sus fuerzas, y que sintiéndose rendido, deseaba, por decirlo así, terminar sus días anticipadamente. Sin embargo, la reina se postró un día á sus piés en compañía de sus hijos, y acabó por obligarle á romper el silencio diciéndole: «Conservemos todas nuestras fuerzas para seguir combatiendo contra la fortuna, y aunque sea inevitable la muerte, nos queda al menos la elección de la actitud en que hemos de morir. Concluya nuestra existencia como reyes, y no esperemos que vengan á consumir el sacrificio en nuestras mismas habitaciones, sin resistencia ni venganza.» La reina abrigaba en su pecho el corazón de un héroe, y Luis XVI el alma de un sábio, pero ambos carecian de ese don que combina la sabiduría con el valor: esta era la única causa por la que

ninguno de los dos sabia reinar.

XXVIII.

Tal era la evasion del rey, que á no haberse malogrado, hubiera cambiado de un todo la revolucion, mediante á que en lugar de tener esta en el cautivo de París un instrumento y una victima, estando en libertad, hubiera tenido un enemigo ó un represor; en vez de haber sido una anarquía, hubiera sido una guerra civil; en lugar de torrentes de sangre, hubiera habido victorias, habria triunfado con las armas y no con los cadalsos.

En ningun tiempo dependió tanto de una casualidad la suerte de miles de hombres ni el resultado de infinitas ideas. Sin embargo, la casualidad tampoco fué

una sola. Drouet habia sido el instrumento de la pérdida del rey; y si él no le hubiera conocido por la semejanza de su rostro con el sello de los asignados; si no hubiera corrido á rienda suelta para anticiparse en llegar á Varennes, se hubieran salvado el rey y su familia en el transcurso de dos horas. Drouet, hombre oscuro y sin ocupacion alguna, decide de la suerte de una monarquía; sin consultar con nadie, monta á caballo, y dice: voy á prender al rey. Este jóven no hubiera tenido semejante inspiracion, si, por decirlo de esta suerte, no hubiera personificado en sí mismo, la inquietud y las sospechas del pueblo. Un fanatismo patriótico le condujo involuntariamente á Varennes, haciéndole sacrificar á una familia desdichada por lo que él creia bien de la nacion. Se arriesgó por sí solo á efectuar aquella empresa, y por consiguiente á la muerte. Su amor á la patria fué cruel; su inaccion habria producido menos calamidades.

Con respecto al rey, su fuga no era un crimen, pero sí una falta, que pecaba ó en prematura ó en tardía. En tardía, porque habiendo ya sancionado mucho de la revolucion para oponerse de repente á ella, sin parecer que hacia traicion á su pueblo y se desmentia á sí propio: en prematura, porque la constitucion que creaba la asamblea nacional aun no estaba terminada, ni el gobierno convencido de impotente, ni tan á las claras espuesta su vida y la de su familia, que el atender como hombre á su seguridad, le obligase á faltar á sus deberes como rey. En el caso de haber triunfado, Luis XVI. tenia que recurrir á fuerzas estraangeras para recobrar su reino; en el caso de ser detenido, no podia esperar mas que una prision en su palacio. Bajo cualquier aspecto que se considere, la evasion era fonesta; era la senda que conducia á la ignominia, ó el camino derecho al cadalso. Para libertarse de un trono cuando no se quie-

re perecer en sus gradas, solo hay un medio, la abdicacion; el rey debió abdicar á su vuelta de Varennes. La revolucion entonces hubiera adoptado á su hijo, y formádole á su imágen. Pero no abdicó; consintió en admitir el perdon de su pueblo; jurò observar estrictamente una constitucion de que habia huido; fuè á la vista de Europa un rey amnistiado, y le consideró por lo tanto como un desertor del trono que volvia á recibir el castigo, la nacion le miró como un traidor, y la revolucion como un juguete.

XXIX.

Tanto los pueblos como los individuos, tienen un instinto de conservacion que los aconseja y hace precavidos, aun en-

tregados al delirio de sus pasiones, à vista del caos en que van à precipitarse, y aun parece que retroceden repentinamente ante el abismo hácia donde poco antes caminaban. Estas alternativas de las pasiones humanas son breves y pasajeras, pero dan tiempo à los sucesos, motivos de arrepentimiento à los que son cuerdos, y ocasiones de reparar el mal à los hombres de estado, los cuales suelen aprovecharse de tales instantes para comprender el espíritu indeciso y tímido de los pueblos, obligarlos à corregir sus errores, y hacerlos retroceder à impulso de las pasiones mismas que los han llevado à sus excesos. Al día siguiente, el 26 de junio de 1791, concibió la Francia un arrepentimiento de aquellos que salvan à los pueblos, y solo le faltó un hombre de estado que lo llevara à cabo.

Nunca presentó la asamblea nacional espectáculo mas imponente y tranquilo que el de los cinco días siguientes à la salida del rey, cual si gravitando sobre

ella el imperio todo, hubiera comprendido que necesitaba colocarse en actitud conveniente para sostenerlo con dignidad. Aceptó el poder sin pretensiones de usurparlo ni retenerlo; disimuló con apariencia de respeto la desercion del rey; llamó raptó á la fuga; buscó á los culpables al rededor del trono, no mirando en este mas que la inviolabilidad, desapareciendo para ella en Luis XVI el hombre, y quedando solo el gefe irresponsable del estado. Estos tres meses pueden considerarse como un interregno, en cuyo tiempo la razon pública formó por si sola la constitucion. Ya no habia rey, porque estaba cautivo y privado de su sancion; ni leyes, porque no estaba discutida ni redactada la constitucion; ni ministros, porque estaba suspenso el poder ejecutivo, y sin embargo se conservaba el imperio en pié, y obraba y se organizaba, se defendia y sostenia, siendo lo mas prodigioso que procediese con moderacion. Tenia de reserva en un palacio la principal máquina de la cons-

titucion, el trono; y el dia en que se finalizó su obra, le puso en su lugar, y dijo al rey: ¡sé libre, y reina!

XXX.

Deshonró aquel grandioso interregno de la nacion, únicamente una sola cosa, la cautividad momentánea del rey y de su familia. Mas es necesario confesar que la nacion tenia derecho para decir á su rey: si deseas reinar sobre nosotros, no has de marcharte del reino, ni sentar el trono de la Francia entre nuestros adversarios; y en cuanto á las formas de aquel cautiverio en las Tullerías, es tambien preciso confesar que no solo no las habia prescrito la asamblea nacional, sino que se mostró indignada contra la idea de prision; que acordó una residencia po-

lítica y nada mas, y que la aspereza y parte odiosa de la fiscalización, eran propias mas bien de la suspicaz responsabilidad de la guardia nacional, que de la irreverencia de la asamblea. Defendía Lafayette en la persona del rey la dinastía, su existencia misma y la constitución, convirtiéndola al mismo tiempo en garantía contra la república y contra la monarquía. La justicia de palacio, aterraba con la presencia de un rey débil, humillado à los realistas desalentados y à los republicanos reprimidos. Luis XVI era la garantía.

Era la actitud que conservaba Lafayette, fuera de la asamblea, la misma que tenían en ella Barnave y los Lameth, los cuales necesitaban igualmente del rey para defenderse de sus adversarios. Cuando hubo un hombre entre el trono y ellos (este era Mirabeau), habían hecho el papel de republicanos, y minado el trono para destruir con él à su contrario; mas muerto Mirabeau y vacitante la monarquía, se sentían débiles para resistir al

impulso que habian dado, y apoyaban lo que restaba de ella, para poder por este medio sostenerse. Habian fundado los jacobinos, y asombrados de ver su obra, se amparaban á la constitucion que ellos mismos la habian dejado, y renunciaban al papel de incendiarios por el de hombres de gobierno. Mas para incendiar, basta tener un carácter ecsaltado; y para gobernar se necesitaba tener talento y capacidad. Barnave no tenia mas que travesura, pero era tambien hombre de corazon y probó. Sus primeros extravíos en sus discursos habian sido delirios de tribuna, pero quiso probar los aplausos del populacho, y logró mas de los que realmente merecia. No era con Mirabeau con quien tenia que competir en el porvenir, sino con la revolucion en su mayor rango. La emulacion lo arrojaba de la cumbre en que le habia puesto, è iba á presentarse á la faz del mundo tal cual era en sí.

XXXI.

Sin embargo tenia Barnave un motivo mas noble que el interés de su seguridad personal, para reunirse al partido de la monarquía. No tenia ya cabida la ambicion de su corazon para dar lugar al afecto que inspira la debilidad, la belleza y la desdicha. Para un hombre sensible no hay cosa mas peligrosa que conocer á sus contrarios; la odiosidad contra la causa se mitiga por el afecto hácia las personas; se transforma uno parcial sin querer, la sensibilidad desarma á la inteligencia; se enternece uno en vez de discurrir, y sus afectos son transformados en política.

Esattamente fué esto lo que pasó en el alma de Barnave mientras volvía de

Varennés: el afecto que le inspiró la reina mudó al jóven republicano en partidario de la monarquía. No habia conocido hasta entonces à aquella augusta persona, sino por el retrato desfavorable que los partidos suelen hacer de aquellos á quienes no quieren: el trato diario embelleció aquella pintura falsa; empezó à adorar de cerca lo que habia vituperado de léjos, y hasta el carácter que la fortuna le daba en la suerte de aquella mouger tenia algo de inesperado y novelesco, lo suficiente para deslumbrar su orgullosa imaginacion y escitar su generosidad. Oscuro y desconocido este jóven, poco tiempo antes, y á la sazón célebre, popular, poderoso, puesto por una asamblea soberana entre el pueblo y el rey, venia á ser protector de los mismos cuyo enemigo habia sido. Creia sentir estrechadas sus manos plebeyas por las de unos reyes alzadas en ademán de súplica; oponia la soberanía popular del talento y el don de la elocuencia á la soberanía de la sangre de los Borbones;

con su cuerpo sostenia y defendia la vida de los que habian sido sus soberanos; su misma adhesion era un triunfo, y el objeto de esta adhesion era su reina: aquella reina jóven, hermosa, llena de magestad, aunque entregada al terror que sentia por su esposo y por sus hijos; aquella reina cuyos ojos llenos de lágrimas pedian su salvacion á los ojos del jóven Barnave. Como orador influyente de la asamblea, era el primero que tenia suspensa la suerte de la monarquía; era tambien el favorito de aquel pueblo á quien imponia con una mirada, reprimiendo su furor, durante aquel dilatado camino entre la muerte y el trono. Habia sentado la augusta persona á su hijo el Delfin sobre sus rodillas, y los dedos de Barnave acariciaban la rubia cabellera de aquel niño inocente. El rey, la reina y Mma. Isabel habian sabido distinguir á Barnave del inflexible y rústico Pethion, hablándole de su situacion, quejándose de haber sido engañados sobre el espíritu público de Francia, y de-

mostrando arrepentimiento y tendencias de constitucionalismo. Poco ingénuas estas conversaciones, mientras duró el camino por la presencia de los otros comisionados y la afluencia del pueblo, se renovaron secretamente y con mas estrechéz en las visitas que recibia por las noches la real familia. Tratábase de correspondencias políticas sigilosas, y entrevistas secretas en las Tullerías. Barnave, tan inflexible como era antes, mudó de opinion en cuanto llegó á París: la conferencia nocturna que Mirabeau tuvo con la reina en el parque de Saint-Cloud, la ambicionó igualmente su rival; Mirabeau se vendió, y Barnave se rió; y lo que el oro hizo con el hombre de talento, lo alcanzó una mirada del hombre de corazon.

XXXII.

Barnave encontró á sus amigos Dupont y los Lameth con opiniones monárquicas, pero por causas muy distintas de las suyas. Este triunvirato se puso en inteligencia con las Tullerías; los Lameth y Dupont hablaron al rey; y Barnave que no se atrevia ir á palacio, al fin se introdujo en él secretamente. Para estas visitas se tomaban las mas minuciosas precauciones: muchas veces tenian que aguardar el rey y la reina horas enteras al jóven elocuente y orador, en una salita del entresuelo de palacio, con la mano puesta en la cerradura, para que, apenas oian sus pasos, abrir la puerta; y cuando no tenia lugar la entrevista, escribia Barnave á la reina. Contaba mucho con

la fuerza de su partido en la asamblea, pues calculaba el poder de las opiniones, por el talento que abogaba en favor de ellas. La reina dudaba de esto, y Barnave le contestaba: «Tranquilizaos, señora: efectivamente, nuestra bandera está destrozada, pero todavía se lee en ella la palabra *constitucion*, y esta todavía recobrarà su prestigio y fuerza si el rey se une á ella con buena fé y sinceridad. Desengañados de sus errores los amantes de esta constitucion, aun pueden levantarla de nuevo y afianzarla. Los jacobinos intimidan á la razon pública, y los emigrados amenazan á la nacionalidad. No temais à los jacobinos y menos os fieis de los emigrados, pero entregaos en manos del partido nacional que todavía existe. ¿No ocupó Enrique IV el trono de una nacion católica acompañado de un partido protestante?» La reina seguía de buena fé estos consejos tardíos, y convenia con Barnave todo cuanto hacia y las correspondencias que tenia con el extranjero, no consintiendo hacer ni decir nada en

contra de los planes manifestados por aquel para la restauracion del poder real. «Un pensamiento de orgullo, decia la reina hablando de él, pensamiento que yo no puedo reprobear en un jóven de talento; nacido en la oscura clase del pueblo bajo, ha deseado una revolucion para que le allane el camino de la gloria y poderío; su corazon es leal y franco, y si el poder vuelve á nuestras manos, llevaremos escrito de antemano el perdón de Barnave en nuestros corazones.» De este cariño y predileccion de los reyes por Barnave participaba tambien Mma. Isabel. Siempre vencidos concluian por creer, que no habia mas virtud para restaurar la monarquía, sino en los que la tenian proscrita: supersticion de la fatalidad que los inducia á adorar y aplaudir aquella revolucion á la que no habian podido sobreponerse.

XXXIII.

Los primeros actos del rey se resintieron mucho en su dignidad de estas inspiraciones de los Lameth y Barnave, pues les dió á los comisionados de la asamblea, que estaban encargados de interrogarle sobre el suceso del 21 de junio, una respuesta, cuya mala fé escitaba la prevencion mas bien que la indulgencia de sus enemigos.

«Introducidos que fuimos en la cámara del rey y solos con él, dijeron los comisionados de la asamblea, nos ha manifestado la declaracion siguiente:— Las causas de mi salida son los insultos y ultrages que se me hicieron el 18 de abril, cuando quise ir á Saint-Cloud; y habiendo quedado sin castigo

aquellos insultos y ultrages, me pareció que no habia seguridad para mí, ni aun era decoroso que permaneciese en París; pero no pudiendo efectuarlo públicamente, salí de noche y sin ningun acompañamiento. No pensé nunca y menos fué mi intencion extrañarme del reino; no he tenido tratos con las potencias extranjeras, ni con los príncipes emigrados. De antemano me tenían preparadas habitaciones en Montmedy, cuya plaza escogí por estar fortificada, y porque estando mas cercana á la frontera me era mas fácil oponerme á toda clase de invasion. Me he penetrado en este viage que la opinion pública era favorable en un todo á la constitucion; tan luego como me he convencido de la voluntad general, no he vacilado como tampoco he titubeado jamás en hacer el sacrificio de lo que me es puramente personal, á la felicidad general.

«El rey, añadió la reina en su declaracion, anhelaba partir con sus hijos; y yo declaro que nada hubiera podido

impedirme para seguirle. He probado lo bastante de dos años á esta parte, y en circunstancias difíciles, que nunca le abandonaré.»

Aun no se hallaba satisfecha la opinion con este interrogatorio acerca de los motivos y circunstancias de la fuga del rey; y escigia irritada que se interviniese hasta en la voluntad paternal, y nombrase la asamblea un ayo para el Delfín. Noventa y dos nombres, en su mayor parte desconocidos, salieron del escrutinio verificado al efecto, y fueron escuchados con risa de todo el mundo, aumentándose este ultrage al monarca y al padre. Mr. de Fleuriu fué el que nombró Luis XVI, y no llegó á desempeñar este cargo; el ayo del heredero de un imperio fué despues el carcelero de una prision de malhechores.

Remitió el marqués de Bouillé desde el Luxemburgo una carta amenazadora á la asamblea, con el fin de que no fuese el rey blanco del enceno pú-

blico, echándose sobre sí la responsabilidad de haber sido el único que inspiró y llevó à cabo su salida. «Si pierde Luis XVI, decía, un solo pelo de su cabeza, no ha de quedar piedra sobre piedra en París. Muy bien sé el camino, y me pondré á la cabeza de los ejércitos extranjeros.....» Al concluir la lectura de esta carta, prorumpió en estrepitosas risotadas la asamblea, pues era demasiado cuerda para no necesitar de los consejos de Bouillé, y muy fuerte para menospreciar las amenazas de un pros crito.

Mr. de Cazalés acababa de presentar su dimision para *ir á pelear*, y los individuos de mas nota del lado derecho, entre ellos Maury, Montlozier, el abate de Montesquieu, el abate de Pradt, Virieu etc., en número de doscientos noventa, adoptaron una resolución fatal, que al mismo tiempo que privaba de todo contrapeso al partido estremo de la revolución, precipitaba la ruina del trono y perdía al rey, bajo pretesto del culto sa-

grado con que al trono se miraba. Continuaron en la asamblea, pero anulándose, y no queriendo ser considerados mas que como una protesta viva contra la violacion de la libertad y de la autoridad real. Se opuso la asamblea à oír la lectura de su protesta, que era tambien una infraccion de sus poderes, y ellos la publicaron y esparcieron por todo el reino con suma profusion. «Los decretos de la asamblea, decian, han absorbido en un todo el poder real. El sello del estado ecsiste en su secretaría, y la sancion real se ha anulado. Se ha anulado el nombre del rey, del juramento que se presta á las leyes, y los comisionados llevan directamente á los ejércitos las órdenes de las comisiones. Se halla el rey cautivo, y una república interina hace veces de interregno. No queriendo nosotros contribuir á tales actos, pues ni testigos querriamos ser de ellos, sino nos quedase el deber de cuidar de la conservacion de la persona de S. M. En todo lo demás que no tenga

este interés, nos impondremos el mayor silencio, y este silencio será la única espresion de nuestra oposicion seguida á vuestros actos.»

Eran estas espresiones la abdicacion de todo un partido, pues todo partido que protesta, abdica; y aquel dia se introdujo la emigracion en la asamblea. Aquella falsa lealtad que se lamentaba en lugar de combatir, consiguió los aplausos de la nobleza y del clero, pero tambien mereció el desprecio de los hombres políticos. Fué abandonando en su lucha contra los jacobinos á Barnave y á los constitucionales monárquicos, y dió el triunfo á Robespierre, y asegurando la mayoría á su propuesta de no reeleccion como individuos de la asamblea nacional en la legislativa, vino á resultar la convencion. Los realistas quitaron el peso de toda una opinion á la balanza, y esta llegó á inclinarse hácia los últimos desórdenes, arrastrando tras de sí la cabeza del soberano y la de los individuos de aquel partido. Ninguna opinion respetable se de-

sarria impunemente para su país.

XXXIV.

Comprendieron este yerro los jacobinos y lo celebraron, pues al ver que aquella multitud de defensores de la constitucion monarquica se separaba voluntariamente del combate, llegaron à conocer que podian atreverse à todo, y se atrevieron; y así sus sesiones iban haciéndose tanto mas significativas quanto mas insignificantes y tímidas eran las de la asamblea nacional. Por primera vez resonaron en ellas las palabras destronamiento y república, que aunque retractadas al principio, despues se proclamaron de nuevo, y que proferidas primero como una blasfemia, tardaron poco en escucharse como un dogma. No siempre saben los partidos lo

que quieren, y los resultados son los que se lo enseñan. Los temerarios aventuran unas cuantas ideas audaces: si son rechazadas, los hábiles las desaprueban; si hallan aceptación, los corifeos las propalan nuevamente; porque en las guerras de opiniones, también se practican reconocimientos como en los campos de batalla. Los jacobinos eran los que servían de descubierta de la revolución, y los demás, calculaban la resistencia del espíritu monárquico.

El club de los franciscanos remitió á los jacobinos un proyecto de mensaje dirigido á la asamblea nacional, en el que se pedía terminantemente la abolición del trono. *«Hémos aquí libres y sin rey,* decían los franciscanos, lo mismo que al día siguiente de la toma de la Bastilla; falta saber si será conveniente poner otro en su lugar. Nosotros opinamos que la nación debe hacerlo todo por sí misma ó por agentes amovibles elegidos por ella. Estamos en la creencia de que cuanto mas importante es un cargo, mas

limitada es su duracion. Opinamos que la monarquía, y con particularidad la hereditaria, es incompatible con la libertad. Conocemos desde luego que semejante proposicion encontrará gran número de opositores; pero ¿no los ha tenido tambien la declaracion de los derechos? El rey ha abdicado de hecho al abandonar su puesto; aprovechemos nosotros nuestro derecho y la ocasion, y juremos que la Francia no es otra cosa que una república.»

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

